

RAFAEL GÁRCÍA HERREROS

(EUDISTA)

**SAN
JUAN EUDES**

1601-1680

NIHIL OBSTAT

Octavius Tobôn, C. J. M.
cens. Dep.

NIHIL OBSTAT

Aled, Bius M. Falín, C. J. M.
Cens. Dep.

IMPRIMI POTIDST

1 13090tae, die 30 januari. 1e43 Leo Nicoiàs, C. j. M. Praep. Prov.

IMPRIMATUR

B0G0tae, die 4 februarii 1943

t Aloisius Andrade Valderrama

"Vie. Gen.

241-

Este libro se terminó de imprimir el
día 28 de noviembre de 1946, en la
Imprenta Olivieri y Domínguez
calle 4 Núm. 525, La Plata
Rep. Argentina

Reverendo Padre Rafael García Herreros:

Acabo de leer la vida de nuestro santo Fundador, escrita por Su Reverencia, conforme a la insinuación que le había manifestado de dedicar su pluma ágil y apostólica a esa obra de familia.

Ha correspondido a mis deseos de hacer conocer y estimar a San Juan Eudes. El me rece un puesto de relieve en la historia de la Iglesia universal por su espiritualidad tan práctica y tan sublime, sus obras de apostolado que se han desarrollado, a pesar de la oposición de los hombres y de los acontecimientos, sobre todo por el papel que desempeñó en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y al Purísimo Corazón de María a quienes celebró y cantó con un lirismo seráfico.

La obra de Su Reverencia ilustra a nuestra Congregación en este Tercer Centenario de su fundación. Será un monumento que perpetuará el recuerdo de este año jubilar.

Que los Sagrados Corazones recompensen a Su Reverencia por haber ensalzado al egregio sacerdote que ha sido llamado por la Iglesia «padre, doctor y apóstol» de su benéfica devoción.

LEÓN NICOLÁS, Superior Provincial.

Bogotá, 2 de febrero de 1943.

Muy reverendo Padre Provincial:

Me complace presentaros la VIDA DE SAN JUAN EUDES que he escrito por orden ineludible y muy grata de vuestra superioridad, en los cortos ratos que dejan las clases de nuestros seminarios.

Al terminarla siento la tristeza de no ha

ber vencido plenamente todas las dificulta

1

des que oponía a la vulgarización, la hermosa existencia de nuestro Fundador, cuya belleza es de un orden superior, intangible, teológico. Creo que pasa con San Juan Eudes, reverendo Padre, lo que de Santo Tomás de Aquino dice un gran escritor... «su vida no se teje de episodios sino de ideas ... »

Queda, pues, a vuestra disposición, este manuscrito hecho con ocasión del Tercer Centenario de la fundación de la Comuni. dad y agradezco a V. R. el honor con que me ha distinguido al darme ocasión de escribir la primera vida popular de nuestro Fundador.

De V. R. religiosamente,

RAFAEL GARCÍA HERREROS,

Pbro. Budista.

I N D I C E

I.-El Abate don Pedro Bérulle	7
II.-Primeros rasgos	23
III.-La casa de San Honorato	39
IV.-El P. Condren	51
V.-Las empalizadas de la Rochelle	63
VI.-Dos herejes que llegan	73
VII.-Hermana María de los Vallées	87
VIII.-Ante el cardenal Richelieu	97
IX.-La fundación y la mística de una comunidad	105
X.-Los seminarios	119
XI.-El Refugio y el Buen Pastor	131
XII.-Un orador Pasmo de su siglo	151
XIII.-Oportet gloriari in cruce	167
XIV.-El Padre, el Doctor y el Apóstol del culto a los Sagrados Corazones	181
XV.-El escritor místico	209
XVI.-S'anéantir soi-même	227

EL ABATE D. PEDRO BÉRULLE

El abate don Pedro Bérulle aguardaba tranquilamente a las puertas de la mansión de Sieur de L'Estoile. Sus manos blancas tenían abierto un libro empastado en cuero; y ese libro era el Evangelio, que le hacía olvidar la demora.

Aquella tarde había salido por esas calles estrechas de París con el pretexto frívolo de conocer la Biblioteca de su primo segundo Pedro de L'Estoile.

El eclesiástico contaba 31 años. De modales graves sin altivez, de una cortesanía natural y atrayente por ser de raza, con ese aire nobiliario que algunas familias parecen haberse reservado como privilegio, toda su persona respiraba una mezcla de bondad y austeridad, de viril ardor y de profunda paz, de energía perseverante pero contenida.

En él se reunían las extrañas y múltiples virtudes de una raza que conocía sus antepasados hasta Amaury de Bérulle, caballero que vivió en 1339, y Thibaut I de Bérulle, que militó bajo los guiones de Carlos V. Junto con la nobleza de la sangre rodaba por sus venas y por su espíritu la eterna nobleza de la virtud y de la santidad. Bérulle era en aquel tiempo uno de los eclesiásticos más renombrados de Francia por el esplendor atrayente y fascinante de su santidad.

Llamado «El apóstol del Verbo Encarnado», era el hombre que, en medio de una época luctuosísima para la Iglesia por la decadencia casi universal de las costumbres en los clérigos, se presentaba como modelo y dechado de todas las virtudes sacerdotales.

Después de largos esperar a la puerta, él señor de Bérulle fué introducido a la fastuosa residencia de su primo, Sieur de L'Estoile. Extraño personaje este, modelo de caballeros de la época., Alto, de ojos vivísimos e inteligentes, culto hasta parecer refinado, era el alma de todas las reuniones de la alta sociedad de París. L'Estoile no era ciertamente un sabio, ni un moralista, ni un teólogo ' aunque de todo entendía un poco, en todo se interesaba.

Las últimas novedades llegadas a París, los últimos libros, los más extraños cuadros y esculturas, todo lo compraba L'Estoile, haciendo gastos inútiles que arruinaban su fortuna limitada. Llegaba a tal su curiosidad que tenía contratado un hombre ocioso que le recogiera todos los casos y sucesos de los barrios y zaguanes y viniera a contárselos. El sabía los desórdenes de todas las casas, estaba al corriente de todos los enfermos y de todos los muertos de la ciudad. Conocía a fondo las luchas de calvinistas y católicos, sin inclinarse decididamente a ninguno de los bandos. Se había reducido a escuchar, a saber, a indagar.

Como el motivo alegado por el Padre de Bérulle para visitar a su primo era el de conocer la biblioteca, al rato de conversar pasaron a ella. Estantes repletos de libros de teología, de derecho, de matemáticas, de literatura. Cuando Regazon a los anaqueles donde L'Estoile tenía agrupados los autores latinos y griegos, Berulle se quedó repasando esos nombres de Anacreonte, de Safo, de Sófocles que tenía bien conocidos; y rememoró delante de su primo las clases

disciplinas.

Después de visitar la biblioteca, L'Estoile que había comprendido muy bien que su ilustre primo: no había ido a visitarlo sólo por ella, condujo al señor de Bérulle al salón principal de su casa, y allí, al calor de la estufa, comenzaron a hablar asuntos de religión.

De L'Estoile con la vivacidad que lo caracterizaba, se expresó mal de la Iglesia romana, y de los hipócritas que por adularla, exageraban a tal punto su celo por ella, que juzgaban pecado mortal cualquier opinión contraria a la creencia de Roma. Y concluyó su acalorada perorata diciendo: «Yo soy del número de los que no aceptan esa ¡limitada servidumbre, sin creerme por eso ni menos católico, ni menos cristiano».

Bérulle refutó con gran sutileza todos los errores de su primo y lo invitó suavemente a pesar más sus argumentos y a ser más prudente en sus opiniones. Después se despidió amablemente de él, encomendándose a sus oraciones y diciéndole una palabra graciosa al retirarse.

El señor de Bérulle regresó pensativo a su casa. Una preocupación honda anublaba su espíritu. Las mil prevenciones injustas de su primo contra la Iglesia eran el tipo ejemplar de las opiniones falsas que contra la Santa Esposa de Cristo estaban en boga en todas las clases sociales. Así como su primo, había miles de cristianos extraviados o al menos mundanamente ondulosos en su fe.

Cuando estuvo en su casa, de hinojos ante un Crucifijo quiso indagar las causas de ese gran mal y el remedio que habría de ponerse.

La ignorancia entre los fieles en cuestiones religiosas podría ser la fuente del mal. Y esa ignorancia se

12 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

debía en gran parte al descuido terrible de los sacerdotes en la enseñanza del catecismo. Ante su memoria desfilaron la caravana miseranda de los desórdenes del clero, de su ignorancia, de su descuido en la predicación, de su negligencia en la administración de los sacramentos.

El padre Bérulle estaba por su puesto eminente, por su gran sabiduría, por su consumada prudencia al corriente de los desórdenes eclesíásticos de la época. M todo lo sabía, a él todos se quejaban.

Sabía que la ignorancia más vergonzosa reinaba universalmente en los clérigos con contadas excepciones. Los jóvenes que aspiraban al sacerdocio se contentaban las más de las veces con saber apenas leer y entender el latín del Breviario, para juzgarse dignos de la divina dignidad.

Fácil concebir lo que sería la administración de los sacramentos y la instrucción religiosa en tales manos. Había sacerdotes que bautizaban sin ninguna señal; que no sabían la fórmula de la absolución, que no temían cambiar o trasponer a su gusto las palabras sacrosantas de la Consagración (1). Nunca hablaban en la cátedra sagrada: pastores mudos y cobardes dejaban presa de toda clase de supersticiones el xebaño de Cristo.

No era insólito el caso de sacerdotes que sin quitarse la sobrepelliz salían directa y precipitadamente de la iglesia a apurar vasos de vino con sus parroquianos (2).

(1) Saint Vicent de Pan]. M. Maynard. París, 1860, t. II ch. 1. p. 11.

(2) San Juan Eudes se habréde quejar afíos rnás tarde de que las iglesias parecieran cavernas de ladrones, establos de bestias, lugares de profonación, yfie que los ecleslásticos **en fussent incomparablement plus coupables que les laiques.**

SAN JUAN EUDES

13-

«Si hubiérais visto, diría en 1659 San Vicente de Paul, la diversidad de ceremonias en la Misa cuarenta años atrás, os hubiérais horrorizado. No había nada más leo en el mundo. Algunos comenzaban la Misa por el Pater noster; otros tomaban la casulla entre sus manos y decían: 'introibo, después se la ponían. Un día estando en San Germán, vi a siete u ocho sacerdotes que decían la Misa cada uno de un modo absolutamente distinto» (Avis et conférences, pág. 453).

Una cosa amargaba aun más al piadoso Bérulle, y era la gran dificultad de remediar esos escándalos ya, que muchos de los Obispos, según un historiador las tres cuartas partes del episcopado, estaban afectados del mismo mal. Reclutados muchos de ellos entre los segundones de familias nobles, entraban al sacerdocio sin más preparación que una vida las más de las veces licenciosa, y al pasar tan bruscamente de los placeres de la corte a los austeros deberes del sacerdocio, traían a la Iglesia «las almas menos eclesiásticas del mundo».

Pero el gran mal de los Obispos no era tanto sus costumbres poco pastorales cuanto su descuido por la residencia en sus diócesis. Muchas veces se veían jóvenes que sin ser sacerdotes ya tenían sobre sí varios obispados y beneficios.

Tal era el panorama de dolor que ante los ojos de Bérulle se desplegaba trágicamente aquella tarde de 1611. Una idea desde años atrás arraigada en su alma y cada vez más fija, más dominadora, se iba delineando en su mente por inspiración divina: la de la reforma del clero de Francia por medio de un clero formado según las normas del Concilio de Trento. Consultó el caso con los espíritus más ilustres de su tiempo y vio que de todas partes le venían el estímulo y la

14-

RAFAEL GARRCIA HERREROS

aprobación de parte de los más santos y de los más clarividentes. Y al fin, madurado el proyecto, se decidió a llevarlo a efecto por medio de la fundación de la comunidad y sociedad eclesiástica del Oratorio que se dedicaría específicamente a la formación del clero en los seminarios.

«Tres cualidades había dado el Espíritu Santo al clero en sus primitivos tiempos, dice el P. Bérulle: la autoridad, la santidad y la doctrina. Eran su honor y su distintivo. Pero el tiempo y la malicia que todo lo corrompe, destruyeron aquel don Divino, aquel lascículo triple lleno de honor para los eclesiásticos, y dieron la autoridad a los prelados, la santidad a los religiosos y la doctrina a las academias.

Y así conservaba Dios por la maldad de los hombres en las diversas partes de su Iglesia, lo que había unido en el estado eclesiástico.

A los prelados el gobierno, a las universidades la cultura religiosa, a las órdenes religiosas el monopolio de la virtud»; esto parecía decir el señor de Bérulle.

Sin embargo «son los prelados y los pastores» llamados particularmente a la santidad y a la ciencia.

Ese derecho no prescribe.

El 11 de noviembre de 1611 reuníanse a las horas de la noche en la capilla improvisada del «petit Bourbon» seis sacerdotes que prometían solemnemente llevar una vida en absoluta conformidad con el ideal sacerdotal. A la cabeza estaba el padre Bérulle que realizaba así el anhelo que sin pensarlo había hecho prender en su corazón la conversación ligera y reveladora de su primo Pedro, de l'Estoile. Estaba fundada la famosísima comunidad del Oratorio; de Francia.

Era esta una singular sociedad sin votos y casi sin reglas especiales. ¿Para qué más votos - pensaban

SMN JUAN EUDW 15-

que los que obligan la santidad a los sacerdotes seculares? ¿Qué más pureza se puede pedir que la que debe sublimar durante toda su vida a un subdiácono? ¿Qué más obediencia que la que un sacerdote debe a su Obispo? ¿Qué más pobreza que la de un diácono que debe administrar los bienes de la Iglesia para honra del culto y para alivio de los pobres? ¿Qué más estudio que el de un lector que debe conocer a fondo la Sagrada Escritura y saberla explicar? ¿Qué más celo que el de un exorcista y que más respeto por las cosas santas que el de un acólito? No, no hay necesidad de ceñirse con más cadenas a la santidad que con la única, la cadena inquebrantable y poderosa del sacerdocio. Estas extraordinarias exigencias del sacerdocio había que estudiarlas y conocerlas. No había necesidad de multiplicar las reglas, las constituciones al infinito. En tiempo de fervor las órdenes religiosas no tuvieron sino una sola regla simple, poderosa, avasallante, y esa idea era el faro que iluminaba en todas las circunstancias en que pudiera encontrarse el aspirante a la perfección. La pobreza para San Francisco dictaba todas las leyes, resolvía todos los casos; la mortificación para San Bruno; la contemplación y la alabanza de Dios para San Benito.

Así fué en el Oratorio: una idea. Una idea ofuscante, fluminadora, la idea del sacerdocio soberano. La idea de que el sacerdote debe continuar, debe prolongar las virtudes infinitas del único sacerdote Jesucristo.

Esta era la regla, la constitución definitiva del Oratorio que acababa de fundar el padre de Bérulle. No se pretendía una misión especial y un nombre glorioso. No se quería que se hablara de oratorianos sino de sacerdotes: porque no se puede concebir un título más glorioso que éste. Todas las ambiciones, todos los

16-

RAFAEL GARCIA HERREROS

trabajos de la nueva sociedad sacerdotal eran sólo por «la Iglesia inmortal»...

Como un monarca absoluto no se añade el título de marqués ni de duque; como un soberano Pontífice no añade a su suprema autoridad aparte del de pontífice otro nombre, así aquellos hombres ilustrados por el sublime fundador comprendieron que ningún otro título podía honrar más su comunidad que el título de sociedad sacerdotal.

Sus reglas eran las reglas eclesiásticas: «Las estudiamos, dice uno de los antiguos oratorianos, como los religiosos las de sus patriarcas. No hay nada que no esté reglamentado por los concilios, por los sinodos, por algunos de los papas» («Entretiens», P. Lamy, p. 183).

Aquella comunidad de sacerdotes que se daban cuenta de la santidad que exige el sacerdocio, y se ponían a la obra de alcanzarla no tenía algún distintivo exterior ni hábito especial: sólo una modestia

absoluta y una palabra encendida.

Ofrecía una ventaja más la nueva comunidad: «Que si por nuestra malicia y nuestros pecados obligáramos a Dios a retirarse de nosotros ella desaparecería absolutamente sin dejar vestigios porque no tiene más lazo de unión que la caridad: el día que ese lazo divino se rompa ya no seremos más.» (P. Lamy Entretiens sur les sciences, p. 178).

A diferencia de otras órdenes religiosas que se consagran las unas a la predicación, las otras a la enseñanza, otras a la soledad y la oración, el oratorio no excluía ninguna de las obras que podían convenir a la vocación de un sacerdote.

Cualquier: eclesiástico con tal que aspirase intensamente a la perfección sacerdotal podía encontrar su puesto y amaño en el Oratorio de Jesús. Esa multi

SAN JUAN EUDES

17-

plicidad de obras provenía de la unión de comunidad con Jesucristo Sacerdote universal. El oratoriano estaba «conjunto» según la expresión béruliana con Jesucristo y no formaba sino un solo sacerdote con El. Esta realidad la tenía el oratoriano a toda hora presente.

Dos citas nos parecen, imprescindibles para darnos idea del espíritu de la prodigiosa obra del futuro cardenal de Bérulle, «el primero y principal fin (del oratorio) es aplicarse totalmente a la perfección del estado sacerdotal; abrazar todas las obras que le conviene esencial y naturalmente, y de consagrarse además a la instrucción de los sacerdotes y aspirantes a las órdenes sagradas en cuanto concierne no a la ciencia sino al uso que de ella deben hacer, a las ceremonias y a las costumbres eclesiásticas», Así definía Pablo V el fin del Instituto, por una bula aprobatoria.

«¿Es Vd. apto para altos estudios? La congregación del Oratorio le dará tranquilidad, libros y aun cátedras para enseñar. ¿Girasta Vd. del „retiro,? Ella tiene casas de silencio y de soledad. ¿Se siente inclinado a la penitencia? En ella encuentra Vd. ejemplos de la abstinencia de los cartujos. ¿El celo de la casa de Dios le devora el corazón? Ella le dará a escoger misiones y curatos. ¿Gusta de las ceremonias? Ella le puede procurar *el oficio de chantre* en un capítulo.» (P. Arriote, Vie de Condren II Partie Ch. VIII-109).

El Oratorio tenía por norma aceptar todas las obras en que pudiera trabajar un sacerdote de Cristo. Y cumplirlas a plenitud, no de otro modo que las cumpliría el mismo Cristo cuya presencia material se suplía. Pero la obra principal era la formación

18 -

RAFAEL GARCIA RERREROS

eclesiástica de los jóvenes seminaristas que asistían a los cursos en las Universidades.

El reglamento de aquellas casas era de altísima perfección. Al levantarse, todos debían alzar su corazón al Hijo de Dios cuando entró en el mundo y salió de la tumba. La santa meditación hecha de un modo especial, la adorable misa, los sagrados estudios, las horas de adoración, todo llevaba a los clérigos que se hospedaban en ellas a tomar el hábito de la veneración perpetua ante la grandeza del Verbo Encarnado, ante el sacerdocio comunicado a los hombres; y esta continua meditación los inclinaba necesariamente al éxtasis ante las grandes realidades espirituales y ante su propia actividad soberana.

Tenía el Oratorio su mística especial, su concepción propia y específica de la vida espiritual:

menos moral, menos examen riguroso de las propias tendencias, de los propios pecados y más adoración, más postración extática ante la grandeza de los misterios de Jesucristo. En el Oratorio ninguno de los miembros se proponía la imitación de un estado particular del Salvador como se hace en las diversas órdenes ---de las cuales unas honran su pobreza, otras su silencio, otras su ciencia, otras, su contemplación, sino que se trataría de entrar en la universalidad de los sentimientos de aquel a quien Tertuliano llama «Catholicum Patris Sacerdotem».

La comunidad naciente contó entre sus miembros una verdadera selección de espíritus. Jóvenes de la más alta nobleza de Francia quisieron afiliarse en la sublime orden que se gloriaba de ser fundada por Jesucristo «cuyo cuidado particular era honrarlo y animarlo íntima y singularmente en sus divinas funciones de eterno sacerdote» «que no tenía ~otro le espíritu que el espíritu de la Iglesia ni otras reglas

SAN JUAN EUDES

19-

que sus canones, ni otros superiores que sus Obispos ni más lazos que la caridad, ni distinto voto que los votos solemnes del bautismo y del sacerdocio».

En las horas de descanso se reunían todos y se paseaban fraternalmente por las avenidas del jardín. Si se hablaba de historia, ahí estaban M. Gault y M. Bertin que la poseían en sus más íntimos detalles; si se conversaba de teología, los doctores de la Sorbona: Metezeau, Bourgouin, Gibier, Gastoud se elevaban soberbiamente a los más altos y sublimes dogmas; si la charla se guiaba por los senderos de las divinas escrituras, ahí estaban, los PP. Bance y Dorrón que las conocían a fondo en sus textosos idiomas primitivos.

Todos los oratorianos estudiaban a fondo el latín y el griego. Es cierto que lo hacían a pesar propio pues el anhelo se cifraba en las ciencias cristianas, la teología y la Escritura.

Uno de los oratorianos, Tomassin, escribirá más tarde un curioso método de estudiar cristiana y sólidamente a los poetas,

¡Cristiana y sólidamente: dos adverbios unidos que indican una terrible angustia, la angustia y el tormento de un sacerdote consciente de la vanidad y de la tristeza del paganismo, y atormentado por las palabras del cardenal de Bérulle: «el griego y el latín nacieron como todas las lenguas de la confusión de Babel y perecerán como todas las demás».

Maravillosa comunidad la fundada por el cardenal Pedro de Bérulle.

En alguna de sus puertas tenía escrito su célebre letrero: *Entra el que puede y sale el que quiere.*

No tenía más lazo de unión que un amor y que un anhelo...

PRIMEROS RASGOS

El 25 de marzo de 1623 se presentó a las puertas del Oratorio fundado por el cardenal de Bérulle un joven de 22 años que llegaba de Normandía.

Gregüescos ajados por las interminables y polvorientas jornadas en diligencia, zapatos con he~ billade estudiante, sombrero de pluma negra y capa de oscuro color.

Las cortas palabras que el apuesto joven dirigió, al bajarse, al cochero que lo había traído, eran enérgicas y serias.

Mientras abríanle la puerta, el mozo, se estuvo mirando el edificio ante cuyos umbrales estaba. No era ya la primera casa de Petit Bourbon, donde doce años antes se había establecido la comunidad del cardenal, sino la antiquísima, que tenía una leyenda trágica en sus salones y un aspecto austero en toda su fábrica.

Situada en la calle de S. Honorato en París, con sus «mansardes» fuertemente inclinadas, había sido adquirida junto con su bellísima capilla por el cardenal de Bérulle para la comunidad del Oratorio.

El joven que golpeaba con el pesado aldabón de la puerta, llamábase Juan Eudes. Había nacido el catorce de noviembre de 1601 en Ri, pueblecito de Normandía.

,Su padre, Isaac Eudes, y su madre, Marta Corbin, eran conocidos de todos por su honradez y por, su caridad. Generaciones de virtud habían de ser el atavismo limpio que los dos esposos comunicarían a sus hijos.

Isaac era un rico hacendado que profesaba también la medicina. Hombre de mediana cultura, bondadoso y afortunado. Su ciencia médica no se reducía a los remedios caseros de saligrías y masajes: se implicaba también en otros casos más delicados y difíciles.

-¿Córno va la señora María?, preguntaba cuando pasaba en su bello caballo blanco ante la casa de ésta, señora principal del pueblo, hacía días enferma.

-Mal, don Isaac, muy mal.

Y don Isaac bajaba de su cabalgadura, miraba a la señora y le recetaba los principales remedios que para el particular aconsejaba el célebre doctor Fierabrás en su *Méthode Briefve*.

Y después seguía a ver sus granjas, a mirar sus ganados, a pagar sus sirvientes.

Todas las tardes, cuando Isaac volvía de sus cortijOs, bajaba la cabeza y dejaba caminar al paso su caballo blanco. Una pena honda se descubría en su rostro cuando veía a lo lejos su bella casa de piedra: la pena de no ver al racimo juguetón de hijos que salieran a su encuentro, gritándole y mirándolo con sus ojitos azules.

Hacía tres años que Isaac era casado y todavía estaba su hogar yermode hijos. Esta era la única amargura, la única nube que opacaba su cielo; el único dique que interrumpía el hilo tranquilo de la vida feliz de los esposos Eudes.

Habla a seis leguas del pueblo donde vivían un célebre santuario dedicado a la Virgen bajo el título

SAN JUAN EUDES

25-

de Recouvrance. Eudes y su esposa prometieron a la milagrosa imagen iren persona a ofrecerle el primer hijo que les concediera.

Diez meses después de esta súplica y de este voto nacióles un hijo a quien llamaron Juan. A los tres días llevaronlo a las aguas del bautismo.

La alegría del hogar fué indescriptible: a Juan siguieron dos hermanos: Francisco y Carlos. Carlos llegó a ser con el tiempo médico y capitán y logró pundonorosa y sobresaliente posición; y Francisco, estudioso y erudito, se hizo un gran nombre entre los historiadores de Francia con la celeberrima historia de su país en tres volúmenes publicada bajo el nombre de Mezeray, el de su comarca.

Por eso un día, en una agria disputa relacionada con la religión, Carlos el médileo y capitán, al preguntársele con cierto desprecio: «quienes son ustedes los Eudes?», contestó o,rgullosamente: «somos tres hermanos de los cuales el uno, predica la verdad; el otro la escribe y yo (se llevó la mano al puño de la espada), yo estoy pronto a defenderla hasta la muerte, sabe?».

Juan creció en una atmósfera de gran piedad en medio de la calma de su pueblo a donde poco llegaban los ecosde las complicadas insidias, de las múltiples tendencias políticas por que atravesaba Francia en aquella época de Enrique IV en que se iban delineando lentamente las características de la conducta que había de seguir más tarde Richelieu: oposición a Austria y dañina libertad religiosa.

Tarde llegaba el correo y pocos eran los que en Ri entendían la trascendencia de ciertas medidas tomadas recientemente por el gobierno.

Isaac Eudes seguramente imitarla en aquella época a su rey Enrique IV a quien el condestable de Cas

26 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

tilla sorprendió un día a gatas en el suelo llevando a su hijito montado en sus espaldas.

-¿Tenéis hijos?, le preguntó Enrique IV. Y a la respuesta afirmativa del embajador, siguió el monarca haciendo de caballo con su hijo.

Quizás esta era la escena todas las tardes en Ri, en la casa de Isaac.

Juan, el mayor, tenía un excelente natural, un poco taciturno, verdad, pero dulce y tratable.

Una tierna piedad era su distintivo; un día desapareció de casa. Su digna madre, como María, lo buscó largo rato, angustiada, acá y allá. Corrió al templo sin duda para pedir a María la gracia de encontrar a su Juanito; allí estaba arrodillado, recogido ante el- altar de Mamá Linda.

De aquella época, se recuerda un hecho que da idea del dominio absoluto de Juan sobre sí mismo, sobre sus nervios, y más que todo de su caridad. Un día cualquiera, estaba jugando Juan con otros compañeritos y de un momento a otro, se formó, no sabemos por qué, la discusión. Vinieron las palabras fuertes y se pasó a los hechos. Un tal Desdiguieres, levantó su pequeño puño mofletado y se lo puso en el rostro a Juan. Este recordó las palabras oídas a su madre acerca de Cristo y pensó que era el momento de realizarlas al pie de la letra. Dicho y hecho: «ánda, dáme en la otra», fué su palabra de venganza. Tal rasgo es revelador de una psicología. Juan Eudes será siempre el realizador de una doctrina. Más tarde será el práctico de una escuela francesa: otros habrán de ser los teorizantes.

Cuando Juan estuvo mayorcito entró a estudiar con el sacerdote Jaime Blanette en una escuelita parroquial.

El reglamento consistía en ayudar por la mañana

SAN JUAN EUDES

27-

al señor cura en los santos oficios; después ayudarle también a podar los manzanos y ciruelos del huerto. Esta operación se hacía con el consecuente bullicio y rapacidad de los acólitos. Subidos a los palos, más era lo que se comían que lo que podaban y beneficiaban. El Abate Blanette era indulgente, tenía cierto gusto en ver a los muchachos trepados a los árboles, y los dejaba divertirse.

Después, la clase: lección de lectura en la historia sagrada; lección de catecismo; de cálculo: sumar, restar...

Así se pasaban los días y los meses bajo la escuela bondadosa del párroco Blanette, con quien hizo el adolescente su primera comunión el 26 de mayo de 1613. «Todo su exterior aquel día reflejaba el fuego del divino amor de que estaba lleno su corazón».

A los catorce años da otra prueba de su tendencia práctica en el ejercicio de la virtud al hacer voto de perpetua castidad. Esta virtud la practicará Juan con una delicadeza ¡límite durante toda su vida.

De la escuelita pasó Eudes al Colegio Real du Mont en Caen. Este célebre plantel dirigido por los PP. Jesuitas, formaba ante todo a las humanidades. Desde el primer año estaba el alumno en contacto con la gramática latina y con la morfología griega.

El jovencito Juan fué admitido en tercer año visto los adelantos que traía de la escuelita del Padre Blanette. Prueba fehaciente de que no sólo se ocupaba allí en bajar manzanas y en ayudar a la sacristía...

El régimen de estudios de aquel colegio estaba de acuerdo con la maravillosa época de Francia en el siglo XVII.

Por la mañana estudio de latín y griego. Primero la lección de declinaciones y verbos en la cual se retaban unos a otros; luego la traducción del trozo la

28 -

RAFAEL GARCIA IERREROS

tino al francés, y luego el tema, es decir, la versión de frases, y períodos franceses al griego y al latín. Esto daba a los jóvenes una absoluta nitidez de ideas y les formaba definitivamente el gusto literario. Si la frase en romance se podía traducir al latín o al griego estaba bien construida; si no se

podía traducir no era correcta. De esta formación salieron los grandes escritores y pensadores, Bossuet, Fenelón, Descartes, D'Aguesseau, Malebranche, cuyas obras se pueden traducir a las lenguas clásicas sin tener que introducir el menor cambio en muchas páginas

El nuevo estudiante del Colegio Du Mont sobresalió en las clases a tal punto que pronto se colocó entre los primeros puestos y luego tomó definitivamente posesión del primero. Tenía el mozo una tenacidad notable, un aplomo en todo lo que le era característico; su cara tranquila; su paso moderado eran reflejo de toda su fisonomía interior. Juan no era el compañero para quedarse atrás y charlar agradablemente... Era el cumplidor del deber; y ésta ha de ser una de sus características de toda la vida.

Cuando llegó a los cursos superiores, especialmente a la retórica, el joven Juan sobresalió en oratoria latina y francesa; en sus discursos, hechos según las normas de Quintiliano,, se transparentaba y se iba esbozando el futuro y arrebatado orador sagrado. Todos estos triunfos Juan los aceptaba sencillamente y en ellos acrisolaba el pensamiento de poner su vida al servicio de Dios con todos sus talentos.

Sus compañeros lo estimaban más que lo, amaban. Era el escolar que sabía decir rudamente no a cualquier tentación de faltar al reglamento. Pero en su seriedad iba cristalizando una energía incontenible,

SAN EUDES 29 -

un amor irrefragable al deber, a lo recto, que explicará todas sus acciones.

En el colegio estuvo Juan seis años hasta terminar su sexto año de humanidades y adquirir conciencia de su destino.

Pero no por exacto en el cumplimiento del deber, era menos afectuoso y humano en el fondo de su alma.

Juan tenía 17 años. La edad misteriosa llena de horizontes y de lejanías. La edad en que todo joven siente la inconfundible voz del amor, la nostalgia de infinito, invitaciones a lo santo y divino, y siniestras incitaciones a lo engañoso y vedado. Juan conoció también aquella lucha glonosa, sintió en sus entrañas la sed quemante del corazón por agua de amor. Y con divina ventura fué a beberla donde brota inmaculada: en la Santísima Virgen.

Llevado por aquel despertar de la vida íntima, se acercó en un rasgo de ternura adolescente a la celestial Novia de su corazón, y teflido del carmín del amor su rostro, puso en el dedo de la imagen de María, como un símbolo de su rendido afecto, un anillo de oro.

Algún tiempo más tarde escribió el contrato de aquella alianza que quiso sellar con su propia sangre. Aquel extraordinario documento que cifra toda su vida, comienza de este modo: «Oh admirable y amabilísima María, Madre de Dios, Hija única del Padre eterno, Madre -del Hijo de Dios, Esposa del Espíritu Santo, reina del cielo y de la tierra, no me extraña que consientas ser esposa del último de los hombres y del mayor de los pecadores, que osó escoger desde niño por su muy única esposa, y consagrarte totalmente su cuerpo, su corazón y su alma. Es que quieres imitar la bondad infinita de tu Hijo

Jesús, que consiente ser esposo de un alma pecadora, y mísera ... »

Emocionante rasgo de amor juvenil, que duró hasta la muerte.

Cuando aquel adolescente se hizo hombre, y se hizo anciano, siempre mantuvo fresca como una rosa de primavera la ternura de aquel rasgo de los 17 años. Y quiso, como suprema manifestación del amor de una vida, y de la fidelidad a su celestial esposa, que lo enterraran con ese escrito rubricado con tinta roja de sus venas, que nunca había traicionado.

Durante aquel período había sido el modelo, «el piadoso» como se le llamaba. Uno quisiera ver al estudiante con un poco menos de seriedad. Pero la historia nos lo demuestra más bien recogido, callado, moderado. Por otra parte así fueron los grandes espíritus de aquella época: Bérulle, siempre ensimismado; Condren, que se hundía en prematuras meditaciones cuando iba de cacería.

Los dos últimos años Eudes había estudiado filosofía y física. La clase de filosofía comprendía la conferencia del profesor, la repetición y la sabatina cada semana. Al fin del mes venía un concurso oral que duraba todo el día en presencia de los superiores y de los profesores. Era el día temido de todos los alumnos.

Es interesante comparar esta disciplina, esta intensidad de estudios en un colegio de bachillerato hace tres siglos, a nuestros míseros estudios actuales en flamantes edificios modernos.

El certificado del rector acerca de nuestro estudiante fué el siguiente: «Juan Eudes estudió cuatro años humanidades con la distinción de uno de los mejores alumnos, e hizo su curso completo de filo

SAN JUAN EUDES

31-

sofía, sosteniendo tesis públicas con todo aplauso. Durante todo ese tiempo fué modelo de probidad y de modestia» (P. Costil, Fleurs p. 224).

Terminado el sexto año, con todos sus premios y diplomas, Juan regresó a su casa. Llevaba la alegría de un gran triunfo, una íntima y natural satisfacción, pero estaba profundamente preocupado por su porvenir. Era llegada la hora de decidirlo.

Hacía meses el joven sentía rondar en su espíritu un deseo sol---enatural que lo impulsaba a entregar su vida a Jesucristo en el sacerdocio. Isaac, su padre, desde años atrás había olvidado la promesa que al pie de la Virgen de la Recouvrance había hecho de consagrar el primer vástago que quebrantara la tristeza de su esterilidad a Dios: así son los hombres! ... Pero el hijo se lo recordó.

Dos o tres días después de llegado del colegio el mozo abordó el tema de su porvenir a solas con su padre. Y le habló en tono encendido y religioso del sacerdocio y de su vocación a esa dignidad.

Isaac oyó tranquilo, pero luego le dijo que otra cosa pensaban él y su esposa. Juan replicó espontáneamente que en un asunto de tal importancia lo que primaba era su voluntad, y que su voluntad inquebrantable era ser sacerdote oratoriano.

La conversación acabó en silencio y con los ánimos un tanto encontrados. Juan se retiró a su aposento, disgustado y muy triste, al ver que sus padres habían olvidado el voto hecho a la Virgen

cuando él no había nacido.

No se podía porfiar con aquel joven decidido e inquebrantable en sus propósitos. Al fin sus padres le dieron permiso y Juan entró en la universidad para seguir los cursos teológicos. El asunto de entrar al Oratorio quedaría pendiente para más tarde: tenía

32 -

RAFAEL GARCIA HERRERO,S

licencia solamente para seguir los cursos en la universidad eclesiástica de Caen como particular.

Los cursos eclesiásticos duraban seis años. En ellos se enseñaba el *Liber sententiarum* de Pedro Lombardo. Este era un tratado sintético de las proposiciones -dogmáticas a base de explicaciones de los santos Padres y despojadas de las cuestiones inútiles y peligrosas. Sobre tales proposiciones perfectamente riertas, el profesor hacía comentarios y la *expositio philosophica*. Tales comentarios fueron numerosísimos y algunos celeberrimos como los hechos por Santo Tomás y Escoto.

Además del estudio del dogma, tenía gran importancia el estudio de la Biblia comentada y aclarada por los mejores glosadores.

Juan, aparte de sus clases, se daba a una vida de gran piedad pasando largas horas ante el Santísimo, consultando al Señor sobre su vocación. Era la pregunta antigua y nueva de la juventud que teme, que no sabe de la vida, y que busca ansiosa el propio camino.

Y, Dios, en aquellas horas de meditación y de coloquios íntimos, le mostró su voluntad al joven levita: quería el Señor que fuera religioso, que no se expusiera a llevar un sacerdocio mediocre en el mundo con los ejemplos y pérfidas costumbres de la época. Juan consultó para mayor seguridad a su director, y éste fué de la misma opinión.

¿Cuál comunidad escoger entre todas sino una que tuviera por base, por eje y por alma el sacerdocio con todas sus grandezas y todas sus exigencias?

Esa comunidad fué el Oratorio del Cardenal de Bérulle.

Había en Caen una casa del Oratorio donde era superior el P. Aquiles de Harlay-San~ey. El joven

SAN JUAN EUDES

33 -

Eudes veía aquellos hombres modestos, humildes, fervorosos, sin ningún distintivo exterior fuera de su refinada cultura, y sólo con una idea dominante y avasallante, la idea del sacerdocio, y hacia ellos se inclinaron definitivamente todas sus aficiones.

¿Cómo comprenderían ellos la dignidad del sacerdocio ya que así los transformaba? Este misterio sagrado de una idea grandiosa, atrajo plenamente al joven clérigo.

Pero faltaba el consentimiento definitivo de su padre. Con dificultad le había dado licencia para seguir los cursos eclesiásticos de la Universidad: nada se había dicho ni se había resuelto acerca de la vocación a una vida de comunidad.

Isaac era un normando típico: rudo, tempestuoso, irónico. Como buen hijo de Normandía, era sutil y observador. Se dió cuenta inmediata de que entre pecho y espalda de su hijo había otra petición,

otra súplica para él intolerable. Y le respondió violentamente. Después que la tempestad pasó, Isaac recapacitó interiormente y fué, en persona a ver a su hijo: ya no era el tono agresivo de antes, sino más bien bondadoso aunque idénticamente negativo. ¿Cómo era posible que después de los sacrificios hechos por él pagara así a su padre y a su madre?

El joven contestaba a todos los sofismas paternos con tranquilidad y con firmeza. Le explicó a su padre que no era ingratitud en su hijo entregarse a Dios, que éste era el mejor modo de honrar el hogar y engrandecerlo. Pero todo en vano: Isaac permanecía aferrado en su intolerancia.

Cuando Juan tuvo conciencia de la inutilidad de sus súplicas, creyendo haber satisfecho las exigencias del respeto filial, y temiendo que la larga lucha

34 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

debilitara su fortaleza, decidió partir, a ocultar de su padre.

Una mañana, sin dar el último adiós a los seres que amaba, montó en uno de los caballos de su casa, y a la luz de los luceros, que todavía brillaban a lo lejos, emprendió el viaje a París, donde estaba la casa del Oratorio, con la íntima satisfacción de que emprendía también la primera gran jornada del Ideal.

Sólo se oía en aquella madrugada el golpe de los cascos del caballo sobre las piedras de la vía. El joven fugitivo iba en silencio hundido en sus pensamientos, entristecido por no haber podido dar el postrer beso a sus padres antes de lanzarse a la gloriosa y divina aventura de su vida, pero al mismo tiempo gozoso por saber que iba a realizar una sublime empresa, por Voluntad Divina.

Dos o tres leguas había recorrido a trote tendido; estaba alboreando, y los gallos cantaban en las bardas.

De repente el animal paró en seco. Juan miró atentamente, y nada vio que estorbara la marcha. Acercó las espuelas a los ijares e hizo, resonar sobre las ancas de la bestia el látigo de las riendas. Inútil: el caballo parecía petrificado. Varias veces y de diversos modos quiso hacerlo pasar, pero todo fué en vano. Una fuerza misteriosa lo detenía, lo clavaba en aquel lugar.

El joven Eudes comprendió que aquello no era natural, que era la expresión de la Voluntad de Dios, que le ordenaba tornar a la casa paterna, y obtener a fuerza de constancia el deseado permiso.

Vuelve las bridas y regresa al hogar. Y allí de rodillas, suplica a su padre el permiso y la bendición para partir en cumplimiento de su destino divino.

SAN JUAN EUD119 35-

Al fin Isaac, convencido de la realidad de la vocación de su hijo, accedió. Había pasado la tempestad, se habían disipado las nubes y en su corazón bueno se hizo la luz y se hizo campo la justicia. Con su aprobación y con la de su esposa, aunque con las lágrimas de todo el hogar, Juan Eudes partió para el Oratorio de París.

Del triunfo de aquella lucha definitiva de su vida, pendió toda la gloria y el bien que bordó su existencia. Si en aquella época el joven Eudes hubiera cedido a las incitaciones egoístas de su familia.. a las voces de la carne y de la sangre, su nombre se hubiera borrado para siempre de la memoria del mundo, y se hubiera escrito en la arena en que se escriben los nombres de los cobardes. Supo ser

generoso y esculpió su vida en la piedra -de la inmortalidad; a su nombre unció la santificación y la felicidad de multitud de almas. Aquel año era 1623.

LA CASA DE SAN HONORATO

Un noviciado con una idea sublime y eficaz

Veintidós años tenía el hijo de Isaac Eudes, cuando entró al noviciado de los Padres del Oratorio. El superior P. Bérulle lo recibió personalmente. Un poco calvo, de ojos extraordinariamente penetrantes, tenía 48 años en aquella época. El joven ya era conocido del superior del Oratorio por, cartas del P. Harlay.

El P. Bérulle apartó las pruebas de su maravilloso libro «Discurso del Estado y grandezas de Jesús por la unión inefable de la Divinidad con la humanidad» para atender al postulante.

Después de los primeros informes sobre sus padres, sobre sus estudios, luego de preguntarle sonriendo al joven por Normandía, por sus famosas fiestas, por su cidra, etc., terminó el superior su introducción para quebrar la timidez del recién llegado con el célebre adagio, normando:

«Enfin: si bonne n'était Normandie, Saint Michel n' y serait mie ... »

y después pasaron a lo serio. El P. Bérulle le explicó las normas especiales de aquella casa; le dijo

40 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

que allí encontraría compañeros, animados todos de un espíritu profundamente sacerdotal, y que conocían a fondo lo que el sacerdocio exigía.

En resumidas cuentas, hijo, aquí aprendemos a continuar el sacerdocio de Jesucristo; «a Cristo toda su santidad le vino del sacerdocio del que estaba ungido». Esta santidad debe pasar a los sacerdotes, ése es nuestro ideal, nuestra norma. Y nuestro trabajo personal les despojarnos de nosotros mismos y adherirnos a Cristo.

«Nuestro oficio aquí es despojarnos, así como la naturaleza humana de Cristo se despojó de todo»; de su personalidad, para ser animada sólo de la persona divina. Así debemos ser los sacerdotes, en un continuo esfuerzo de unión y de abnegación para prolongar los estados de Cristo.

-Lentamente usted irá aprendiendo todo lo que aquí se enseña acerca del sacerdocio de Jesucristo, y de nuestras obligaciones. Toda la casa tiene un ambiente exclusivamente sacerdotal. «Queda convidado, como oratoriano, a una unión particular con Jesucristo ya que con El se liga de un modo especial».

«Aquí tratamos de adorar continuamente a Dios en Jesucristo». «Usted sabe que eternamente había un Dios infinitamente adorable, pero no había adorador infinito. Había un Dios infinitamente digno de ser amado y servido, pero no había un servidor infinito para rendirle un servicio y un amor infinito. Jesucristo es ahora adorador infinito, ese Hombre, ese servidor infinito en poder, en dignidad, en calidad ... »

«Nosotros debemos unirnos a Cristo en ese estado de adorador. Ese es el distintivo de nuestra casa. Ya ve que no tenemos hábitos ni tenemos tradiciones

nespeciales. Sólo tenemos una idea: el Verbo encarnado, nuestro sacerdote».

En eso interrumpió las palabras sublimes del superior un sacerdote que condujo al recién llegado a su celda.

Cuando Bérulle se quedó solo y tomó de nuevo su pluma, vio que mucho de lo que había dicho al recién llegado eran palabras textuales de su libro.

El joven Eudes, admirado y encantado de su superior, salió acompañado de su cohermano a la pieza que ya le estaba preparada. Con una cortesía, con una delicadeza inesperada, el compañero lo condujo a través de los claustros a su celda. Cuando estuvieron dentro el acompañante le explicó el reglamento. El de la casa de San Honorato era algo especial. Una idea infinita, dominadora, solitaria, eficaz. Y todo lo demás era un corolario. No se aprendía primero cada uno de los puntos, cada una de las constituciones sino que se explicaba ante todo la idea: la reacción en el alma era segura, pasmosa e igual, la actitud del que la comprendía era inevitable.

Todos los moradores de aquella casa tenían el paso modesto sin presunción y traducían en todo su exterior la angustia, la lucha de un hombre que quiere, a pesar de todas sus flaquezas, adaptarse a un ideal divino, a un plan de vida que sólo la naturaleza humana de Cristo desarrolló cabalmente.

Por la mañana la meditación: su norma se podía sintetizar en esta sola palabra: «no tanto mirarse a si mismo como mirar a Dios».

La adoración de los misterios y de los estados de Cristo; la entrega del alma a Jesús para que El grave en ella sus virtudes; el ofrecer a Cristo nuestra corta actividad para ayudarle en su obra de perfeccionarnos.

4 2 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

Después, la santa misa dicha en el Oratorio por el P. Bérulle! El superior encendido, tembloroso de adoración, tomaba a Cristo en sus manos y traducía en su tono el sentido trascendente que daba a estas palabras: «esto es mi Cuerpo».

Después de la santa misa, silencio, estudio, adoración, lecturas espirituales, sagrada Escritura.

En seguida de las dos principales comidas del día se tenía una corta recreación. En ellas los novicios y su maestro, el P. Bérulle, hablaban de su gran pensamiento, de su gran idea continua que era: el Verbo hecho sacerdote en las entrañas de María, el Verbo revestido de nuestra naturaleza humana para cumplir las funciones de Pontífice y de Hostia.

De vez en cuando se hablaba también tranquilamente de las empresas audaces de Richelieu. El P. Bérulle todo lo conocía a fondo y muchas veces se quedaba callado distraído en sus pensamientos mirando las golondrinas que jugueteaban en los alares de la capilla de San Honorato.

Todos los días los novicios y los sacerdotes tenían una conferencia del superior. Sus palabras eran de una elevación, de un giro sublime. Casi siempre versaban sobre el sacerdocio de Jesucristo.

Reunidos en la sala de comunidad o en la capilla, después de adorar profundamente a Cristo en

el acto de hablar a sus apóstoles y de enseñarlos, el gran P. Bérulle tomaba la palabra y comenzaba su enseñanza. Se necesitaban en aquella época ideas fuertes a base de dogma ya que estaban profundamente desprestigiados toda clase de argumentos de fantasía.

Entre los clérigos y sacerdotes que escuchaban aquellas elevaciones, allá en el fondo del salón, inmóvil, mirándolo sin pestañear, tomando de vez en cuando

SAN JUAN EUDES

4 3-

con mano rápida y nerviosa una nota, estaba Juan Eudes.

«Si queremos conocer a fondo el origen del sacerdocio, debemos encumbrarnos al seno inmóvil y encendido de la eternidad. El ser propio, distintivo del Verbo es ser Hijo, ser gloria del Padre, esplendor de su luz eterna, imagen de Dios invisible, imagen de su bondad.

El Hijo es la gloria eterna, infinita, absolutamente perfecta de Dios. Lo es por estado esencial, es decir, en cuanto es Hijo, Verbo. Y lo es por acto incesante, acto de amor a su Padre que le es permanente, sustancial y necesario, acto que es la procesión de una Persona Divina, el Espíritu Santo.

El Hijo es la gloria del Padre... Serlo, complacerse en ese estado, ejercerlo perfectamente... ¿No es una especie de sacerdocio en el sentido amplio de la palabra? ¿Acaso el sacerdocio es otra cosa que el honor y la gloria de Dios?

Omnis pontifex <lonstituitur in iis quac sunt ad Deum ... »

Todo el auditorio sentía el vértigo de estas palabras sublimes. Algunos no podían seguir el vuelo soberano de las ideas del superior, pero Juan Eudes marchaba cerca sin temor de alturas.

«Ese sacerdocio eterno se puede defender teológicamente en un sentido amplio y no estricto. Es necesario convenir que si una Persona Divina se hace Hombre ella será ante todo sacerdote de Dios, ya que la gloria de Dios es el fin universal y en cierto sentido único de sus obras.

Además un sacerdote es un mediador entre Dios

4 4 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

y los hombres. Sólo un Dios puede serlo plena y cabalmente.

El sacerdote une a Dios, piélago infinito de luz y de ser, abismo fulgurante de belleza, océano insondable e infinito de perpetua luz, y al hombre.

Al hombre, que es «un puñado de polvo y de pecado», que hoy alienta y mañana no es... Un pobre ser que rompe el silencio durante un instante y mañana se calla para siempre.

Por éso el único sacerdote verdadero, el único posible, es el Verbo de Dios humanado. El por su divinidad, es oído, su oración llega directa e infinita ante Dios, y siendo Hombre representa a la humanidad. «*Omnis pontifex ex hominibus assumptus pro hominibus constituitur in iis quae sunt ad Deum*».

Este es el verdadero sacerdocio, en su sentido más estrecho y exigente. «Vos sois o buen Jesús, en la casa de vuestro Padre Eterno Hijo y servidor a la vez; Hijo único y servidor único, solo Hijo por

naturaleza entre los Hijos de Dios, y solo servidor escogido y singular entre todos los servidores de Dios».

La voz del P. Bérulle tomaba modulaciones increíblemente sinceras y arrebatadas.

«Fuera de Cristo, el único sacerdote verdadero y posible, todos los demás sacerdotes o están unidos a El y participan de su sacerdocio, o sólo tienen un sacerdocio falaz sin ninguna realidad. El aceite con que Cristo fué ungido sacerdote fué su misma divinidad «que llenó, santificó desde el momento de su encarnación la humanidad sagrada a la manera como el bálsamo penetra la pasta con que se une, al modo como el fuego entra en el hierro enmohecido o como el sol que penetra un globo de cristal lo hace fulguroso con sus resplandares.

SAN JUAN EUDES

4 5 -

Tal es la unción sacerdotal de Jesús, por eso su sacerdocio es eterno y por eso es la fuente de todo sacerdocio» (*Ocumes de Bérulle, Préface*).

«Cristo es sacerdote eterno y su oficio esencial es el sacerdocio. Antes del título de salvador y de redentor y de rey y de juez soberano campea su título de sacerdote de Dios». (ibid).

Notas de su sacerdocio son: la vocación divina y la eternidad. La vocación sacerdotal de la naturaleza humana de Cristo es su misma vocación a la unión hipostática». Otra vez la voz del maravilloso teólogo del sacerdocio, tomó su extraordinario acento de convicción:

«Sois, oh humanidad santa, la única escogida entre todas las criaturas para ser existente y subsistente en el Verbo, y la única llamada entre todas a entrar por este medio en estado de filiación no adoptiva sino propia y natural, y para soportar y recibir las comunicaciones íntimas y secretas, las comunicaciones divinas (en cuanto lo puede permitir vuestro ser creado) en virtud de este estado, de esa, subsistencia divina que os ha sido tan liberalmente comunicado». Bérulle: *Elévation a Jésus le Verbe Incarné 11, 2*).

En esa vocación sacerdotal no influyó ningún mérito anterior de parte de la naturaleza humana de Cristo, sino sólo como dice San Agustín, el mérito de congruo de la madre del futuro sacerdote, María Virgen.

Cristo es el perfecto adorador, el universal sacerdote del Padre, el verdadero religioso de Dios.

Su sacerdocio lo ejerce ante todo para con Dios, por medio de su perfecta virtud de religión. «Jesús es el solo adorante por estado de las personas divinas

4 6 -

RAPAEEL GARCIA HERREROS

que los ángeles adoran en el Cielo, por sus acciones de entendimiento y de voluntad pero no por estado».

Su religión es universal, inmenso océano de amor, de adoración, de alabanza, de respeto que contiene la adoración de toda la creación. El es el perfecto religioso incesantemente aplicado a honrarlo». (Olier, *Traité de saints ordres*).

Su religión es adecuada, abraza todos los deberes posibles, honra todas las cualidades diversas y las grandezas de Dios, sin dejar ninguna por darle el honor y respeto debidos». (Olier, ibid).

Los serafines honran el amor de Dios, los querubines su luz, los tronos su Teposo, las dominaciones su soberanía, las potestades su poder. Pero no hay sino Jesucristo que comprende todos los deberes que se pueden ofrecer a la divinidad plena y absolutamente».

Un reloj lejano le indicó al P. Blérulle que ya terminaba la hora. Y concluyó: «¿Qué haré en vista de cosas tan altas y tan grandes? Debo abismarme en ese océano, perderme en sus grandezas. Debo recogerlas todas, adorarlas todas, con todas las excelencias que acompañan un estado tan alto y tan elevado como la unión personal de esta naturaleza creada al Verbo increado».

«Dios me dé fuerza para elevarme, para unirme a esa naturaleza, y por ella al Verbo y por el Verbo eterno al Padre que lo ha engendrado y que nos lo ha dado.

«Oh sacerdote excelente y único; oh sacerdote cuyo sacerdocio es eterno e indefectible; oh mi centro, oh mi vida, oh mi todo; recibid mis homenajes, aceptad mis transportes, no rechazéis mis ardores, mi amor, mi alegría a vuestros pies».

SAN JUAN EUDES 47 -

Cuando el P. Bérulle bajó de la tribuna temblando y pasó entre las filas de sacerdotes que estaban doblegados ante el peso inmenso de sus palabras, se quedó un instante mirando al joven normando Eudes que, pálido, con los ojos cerrados, guardaba en su alma toda la pesadumbre y todas las exigencias de aquellas palabras.

EL PADRE CONDREN

Estas eran las pláticas que semana tras semana se escuchaban en la casa de San Honorato.

El cardenal de Bérulle fué arrancado de su soledad por exigencias de su patria. En 1625 tuvo que acompañar a Enriqueta de Francia hacia Inglaterra con la esperanza de ver restablecida una paz espiritual entre las dos naciones. Ese mismo año se preparaba Juan Eudes a su ordenación sacerdotal que debía tener lugar endiciembre.

Al mismo tiempo que escuchaba las elevaciones soberbias del «apóstol del Verbo Encarnado» el joven aspirante estudiaba teología moral, pastoral y ceremonias.

En el año 1622 el superior permitió anunciar al joven Eudes la palabra divina no sólo en la capilla de la casa, sino en París bajo la dirección de sacerdotes experimentados de la comunidad. Su palabra era exaltada, llena de un fervor juvenil que desconcertaba en el aspecto tímido y melancólico del seminarista.

Vino a reemplazar al cardenal en la dirección de la casa del Oratorio el Padre Carlos de Condren.

Del P. Carlos decía Santa Juana de Chantal: «Dios ha dado a la Iglesia nuestro bienaventurado fundador

para instruir hombres; pero yo creo que al Padre Condren lo ha hecho capaz de instruir ángeles».

El nuevo director del joven Eudes era una maravilla de inteligencia, de penetración, de prudencia, de gracia, de discernimiento... «Cuando lo recuerdo -dice su biógrafo Amelote- me parece que la vida de Jesucristo no le era sólo una gracia sino que le era como una modalidad propia de su naturaleza. Al considerar la bondad, la franqueza, la modestia, la libertad de espíritu se imaginaba uno de cerca la persona del Maestro.

En él era una necesidad cumplir lo que dice San Pablo, a saber, que el Hijo de Dios debe ser todo en nosotros. Cuando considero sus disposiciones me parece como vaciado en el corazón de Dios y como una imagen animada por el prototipo» (*La vie du Père de Condren*).

Tal era el nuevo formador que vino a continuar la obra sacerdotal comenzada por el Padre Bérulle en Juan Eudes.

Las conferencias semanales siguieron con un público eclesiástico cada vez más numeroso.

Es importante que entremos de nuevo en el salón donde el P. Condren hablaba. Porque allí se estaban dando las ideas que iban a acarrear el camino definitivo, en el espíritu de los sacerdotes de la época.

La espiritualidad de Condren era la continuación lógica de las grandes enseñanzas de Bérulle. Este que le había conquistado su alma estupenda quedaba pasmado personalmente ante la grandeza de

las consecuencias que su discípulo sacaba de sus principios. «Muchas veces mandábale dictárselas y ese nuevo Abrialiani se sentía feliz de aprender de este nuevo

SAN JUAN EUDES

5 3-

isaac los secretos del cielo y las copiaba de rodillas con la cabeza descubierta».

En el salón de conferencias, presidido por un gran Cristo esculpido, aguardaban los jóvenes oratorianos y también algunos sacerdotes seculares y laicos la hora de la enseñanza. En los asientos se veía lo más selecto de los eclesiásticos de París. También en un sillón, aparte, estaba con su escepticismo un tanto elegante el duque Gastón de Orleans, hijo de Enrique IV y hermano de Luis XIII. El duque, en los momentos cortos que le dejaban libres sus intrigas y sus continuas revueltas, gustaba oír, por cierta tendencia a todos los extremos, las sublimes enseñanzas que se escuchaban en aquellas conferencias.

Disimulado entre otros clérigos de edad, rígido, silencioso, escuchaba el joven Eudes las palabras que le iban dando un criterio nuevo, misterioso, altísimo del sacerdocio.

Ese criterio, después, cuando el Oratorio decaerá de su misión magnífica hará el distintivo peculiar de Juan Eudes y de su instituto.

A la hora exacta entraba el P. de Condren. Su naturaleza era en aquella época riquísima, generosamente dotada para todos los ejercicios de la milicia y para todos los más altos estudios.

Cuando joven (ahora tenía 57 años), Condren, por mandato de su padre que deseaba verlo capitán de galeras, iba todas las tardes a cazar. Pero entre el saco de pertrechos llevaba sus libros de teología y en lo más espeso del bosque se sentaba a leer. Entre las ramas vecinas se columpiaban tranquilas las perdices y a su vista pasaban rápidas y triunfales las liebres. De vuelta se recordaba que no podía llegar con las manos vacías y mataba unas presas con lo que su padre

5 4 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

seguía haciéndose alegres planes sobre el futuro capitán de galeras.

El Padre Bérulle hablaba sobre todo del sacerdocio, de la unión del Verbo con la naturaleza humana en la subsistencia de Cristo. Este era su sacerdocio, la gracia de unión.

Condren recalcaba sobre el sacrificio, y tenían sus palabras una austeridad, un rigor doloroso y sangriento. Eran la imagen de su alma y aún el eco de su constitución física y de su formación varonil.

«Así como el universo, así como el mismo Dios necesita un sacerdote así también necesita una hostia. Es el único modo de corresponder al Sér infinito. Nuestro deber para con Dios es no sólo servidumbre de obediencia a sus voluntades sino también de adoración y sacrificio». (*Idée du sacer. et du sacrif.*)

El sacrificio responde a todo lo que Dios es. Lo mira como al soberano Señor al cual todo sér le debe la inmolación. Lo considera en su propia e incomparable grandeza y perfección, y como sobrepasando todo nombre, toda luz, todo pensamiento.

Al ofrecerle todo a Dios profesamos que El es todo; al destruirle todo protestamos que El no es

nada de lo que hay en el mundo... «<L'Idée du sacerdoce»).

Pero ¿qué es el sacrificio de un hombre ante la grandeza de Dios? ¿En qué puede contribuir la pérdida de nuestro ser a la gloria de una grandeza infinita? Aunque destruyéramos el universo para decir que merece el señorío universal, todo no sería sino como una gota de rocío bebida por el sol ... »

Condren, el maestro de novicios digno de tener por discípulos una jerarquía angélica, se demoró un

SAN JUAN EUDES

55 -

momento mirando intensamente a su auditorio inmóvil, y continuó:

«Ese abismo de majestad -que es Dios- agota en un momento todas mis alabanzas; y mis adoraciones no parecen delante de su Esencia.

Yo siento profundamente que debo dar mi ser para honrar ese Ser de seres, pero aunque mil veces me destruyera en su presencia, nada sería mi sacrificio en vista de su grandeza» (Amelote, op. cit. uno, p. 134).

¡Sólo Jesucristo! ¡Sólo El es el verdadero holocausto, el perfume suavísimo delante de Dios. Lo que no puedo presentar de respeto, de alabanza a la infinitad de Dios, lo veo realizado en El, pues solo, es más grande que todo el universo, cuya Persona es igual al principio que lo engendra...

Nuestro Señor Jesucristo es Dios y hombre. No es en cuanto Dios como desempeña el papel de hostia... es en su naturaleza de hombre divinizado. Su humanidad hipostáticamente unida al Verbo, es la materia de su sacrificio.

Hostia perfecta, llena de una indeficiente hermosura. Hostia divinísima por estar unida personalmente al Verbo; poseída en una unión prodigiosa, incomparable por la persona del Hijo; Hostia santa, con una santidad infinita, la misma del Verbo; santidad obrada en la naturaleza de Cristo por el Espíritu Santo. La gracia de unión hace a Jesucristo una persona divina, y por consiguiente un ser esencialmente agradable a Dios. Pero además está la gracia santificante que diviniza su ser. La gracia de unión y la gracia habitual hacen un portento de su santidad sin límites.

56-

RAPAEI GARCIA HERREROS

Hostia santa y divina, Hostia también ofrecida... Al ver que de nada servían los antiguos sacrificios, Jesús se ofreció; «Me habéis formado un cuerpo, entonces dije: Héme aquí, vengo a hacer vuestra voluntad, oh Dios mío!» (Ibid 65).

La oblación de Cristo no es pasajera ni de un momento. Durante su vida se ofreció como una víctima que debía ser inmolada... Después de su resurrección se ofrece como víctima ya inmolada y siempre viva delante de Dios para adorarlo» (pág. 65).

Otra vez el P. Condren se demoró un momento. Su rostro pálido y perfilado como el de una estatua de madera, estaba hecho un ascua. Su gran sobrepelliz de lino temblaba íntegramente.

El sacrificio no sólo pide santificación en la Víctima, ni tan sólo oblación, pide también la inmolación, la consumación, la comunión. La pasión de Jesucristo es la culminación de su sacrificio, y es el gran misterio del Hijo de Dios. En toda su vida Cristo fué víctima; «podemos recorrer el cielo y

la tierra, la tierra y el mar y nunca lo hallaremos sino en la cruz. En ella, oh Cristo, Tú duermes, en ella comes, en ella descansas. En ella te ha encontrado todo el que te ha encontrado; nadie te busca, nadie te encuentra sino crucificado (*Medit. in passione et resurrect. Dómini, cap. IV*).

Pero especialmente cuando llegó la hora suprema, Cristo fué plena y magníficamente la Hostia inmaculada, la Hostia pura.

<Oh Dios, qué misterio es vuestra muerte, qué suplicios los que la prepararon, qué abismos los abismos de tu pasión! ¡Qué padre tan terrible en las exigencias de su santidad! ¡Cómo vió el Hijo de Dios, consagrado víctima desde el primer instante de su encarnación, llegar el instante de la inmolación

SAN JUAN EUDES

57-

y se lanzó con alegría en medio de un océano de dolores, de agonías «como un cordero mudo ante el que lo trasquila, como un carnero emisario de abominación lanzado al desierto en medio de las fieras salvajes con todas las maldiciones del pueblo!»

«Oh pasión dolorosa, oh pasión amorosa, oh pasión amada, oh flagelación, oh punzantes coronas, oh cruz, oh desnudez, oh terribles horas de agonía de nuestra Hostia; oh llagas, oh sed, oh último suspiro! »

«¡Oh muerte! Murió el que es la vida, porque la víctima debía ser inmolada. Dios, ser infinito no podía ser adorado sino por un ser infinito sacrificado. Y ahí estaba la perfecta Hostia fría, sin vida. Pero los restos del sacrificio supremo, el cuerpo por una parte y el alma por otra, unidos ambos a la persona divina del Verbo, ambos de valor infinito. Sacrificio perfecto de adoración, sacrificio perfecto de expiación».

Al llegar aquí el P. Condren dijo esta frase maravillosa: cadoremos, a Dios en este misterio, en toda su sublimidad, en sí mismo, y no como lo comprendemos.

«Elevemos nuestra ciencia, y penetremos por la fe en el corazón de Dios en medio de sus misterios considerados en sí mismos, no a la medida reducida de nuestra bajeza...

La víctima después de su inmolación debe ser consumida, inflamada por el luego que es la figura de la gloria del Señor».

Así se cambiaba y se transformaba en Dios. La consumación de Cristo no se hizo por el fuego, sino por la verdad representada por el fuego, es decir, por la gloria de Dios, «En el momento de la resurrección

58-

RAFAEL GARCIA HERREROS

el Padre Eterno, encontrando a su Hijo inmolado en la tumba vino en su luz y en su claridad divina a consumirlo en El sin dejar rastro de su flaqueza y de su estado primero, de su estado de carne grosera, pasible, mortal, de modo que consumiéndole totalmente le hizo pasar a su estado divino, como el hierro pasa al estado de fuego», (Olier *Explicat, * Des cérémonies de la grande Messe. Lib.VII Chap. 11, col. 403*).

El P. Condren miró el magnífico reloj de péndulo que había en el fondo del salón y cuyo caminar monótono era lo único que se escuchaba en la sala, como una voz lejana de la tierra con su

perpetuo ir y venir. Y vió que sólo faltaban cinco minutos para terminar.

«La última parte del sacrificio es la comunión, es el participar a la víctima. Dios ha comulgado al Sacrificio infinito de su Hijo al recibirlo en su seno en el día de la Ascensión, «esa vuelta, esa entrada del Hijo de Dios en su Padre, se llama comunión en cuanto por este misterio todo Jesucristo está en el seno del Padre Eterno, es recibido, y es como comido por su Padre, si es que se puede hablar así de una cosa tan espiritual y tan divina» (*Idée du sacerdot.*, p. 53)..

Jesucristo es nuestra víctima y la verdadera víctima del Padre. Su oblación primera se hizo en el templo virginal del seno de María, su oblación visible en el templo de Jerusalén. Esta oblación precedió treinta y tres años a la inmolación. La inmolación de Jesús tuvo lugar en el Calvario; la inflamación se realizó en la resurrección; y la comunión en la Ascensión.

En el seno del Padre que es su templo sobre el altar sublime, que es la misma persona del Verbo, en el fuego que es el Espíritu del Padre y del Hijo, la

SAN JUAN EUDBS 59-

adorable, la humilde y amorosa Víctima se consume eternamente.

Así consumida en el fuego del Espíritu Santo se da en comunión a su Padre «y estos misterios comenzados una vez continúan siempre como misterios de eternidad, permanentes y siempre idénticos. El Padre continúa recibiendo a su Hijo en su seno y Jesucristo continúa consumido y abrasado en el seno de Dios como su Padre».

El reloj dió impasible la hora de terminar, y el padre Condren concluyó sus palabras celestiales.

Ya era tiempo, porque uno de los asistentes ofuscado por la luz de su discurso dejó oír a su alrededor este grito intraducible por su sinceridad: *Je suis plein, plein, jusq'a a la gorge!...* Era el oratoriano, P. Desmares, que habría de ser uno de los mejores oradores de su tiempo.

Cerca de él el joven Juan Eudes, inmóvil, saciado de lo sublime, cerraba los ojos impasible, sin pronunciar una palabra.

.....

Quando el subdiácono Eudes estuvo solo en su celda temblando por las exigencias que el estado vietimal de Cristo reclama de sus sacerdotes, escribió en borrador estas palabras que más tarde habría de publicar: «Oh, Salvador mío, en honor y unión de la oblación y sacrificio que hacéis de Vos mismo a vuestro Padre, me ofrezco para ser una hostia sangrienta y no sangrienta de vuestra voluntad, y una víctima inmolada a la gloria de vuestro Padre. Unidme a Vos en esta cualidad, oh buen Jesús, mezcladme en vuestro sacrificio a fin de que sea sacrificado en Vos y por Vos. Y ya que la hostia que es sacrificada debe ser inmolada y consumida en el fuego, hacedme morir a

RAFAEL GARCIA HERREROS

60 -

mí mismo, es decir, a mis vicios y a mis pasiones, y a todocuanto a Vos desagrada. Consumidme en el fuego sagrado de vuestro divino amor y haced que de ahora mi vida sea un continuo sacrificio de alabanza y de amor hacia vuestro Padre y hacia Vos» (*Royaume de Jésus*) .

Ya por la noche cuando todo era silencio en la casa de San Honorato, el joven clérigo Eudes, silencioso y trémulo se paseaba a la luz vacilante de una lámpara lejana por los corredores interminables de la casa, pensando en su sacerdocio próximo y diciendo: el que ha sido llamado a la participación del sacerdocio de Jesucristo debe también entrar con El en la cualidad de hostia. Debe mirarse como hostia perpetuamente inmolada con Jesús a la gloria de Dios. Por consiguiente debe estar separado, despojado como una hostia pura y santa del pecado, del mundo, de todas las cosas profanas. Debe morir a todo para no vivir sino en Dios. Debe quemarse y consumirse en el fuego sagrado del amor divino, Y toda su vida no debe ser sino un sacrificio. Sí; un sacrificio completo de nuestras inclinaciones, de nuestros intereses, de nuestros gustos, de nuestras comodidades, de nuestra salud, de nuestra vida por la gloria de Dios, por la salvación de las almas ... » (Memorial V partie X).

LAS EMPALIZADAS DE LA ROCHELLE

En el famoso sitio de la Rochelle (1627), Richelieu hizo alarde de su genio y de su estrella.

El Cardenal deseaba cimentar la unidad francesa y entendió que nunca se lograría ésta mientras hubiera en el territorio francés establecido un gobierno extraño al gobierno central. Esto era lo que sucedía en la Rochelle ciudad gobernada por los hugonotes y que se regía como una monarquía u oligarquía independiente dentro de los mismos linderos de la patria. Para acabar con esta irregularidad que era el óbice capital para la idea nacionalista y católica del gran ministro, emprendió Richelieu el cerco de la ciudad hugonote, y lo continuó personalmente durante dos años. La ciudad pidió auxilio a Inglaterra y ésta mandó en su ayuda al expedicionario Buckingham.

Hay al frente de la ciudad una isla, Ré, que es la clave de toda operación sobre la Rochelle. Richelieu lo comprendió genialmente y envió a defender la entrada en la ciudad a Toiras, enérgico capitán de las fuerzas reales.

A la llegada de Buckingham con pertrechos, cañones y hombres para ayudar a la Rochelle en su lucha contra la corona, se halló con la isla de Ré, ocupada.

Había que empezar por desalojarla para ayudar eficazmente a la citada ciudad.

Richelieu logró con su talento, y con su munificencia, que marinos audaces aprovisionasen a los soldados que en él impedían acercarse a los ingleses, y así logró después de once meses de sitio, apoderarse por hambre de la ciudad rebelde.

Mientras esto pasaba en la costa occidental, mientras el eclesiástico primer ministro del Rey Luis XIII en traje de capitán, con botas de campana se paseaba a lo largo del dique construido bajo su dirección inmediata, acariciando con su mano fina los gavilanes de plata de su espada, todo con fines políticos y temporales, en Argentan (Normandía) vemos en otra escena quizá no estrategia tan brillante humanamente pero con un lustre divino que supera infinitamente la estrategia y la fortuna de Richelieu, a un joven sacerdote, el padre Juan Eudes, cuidando heroicamente a los apestados de aquellas campiñas, ese mismo año de 1627.

Abrasado de amor, arrebatado, con el semblante de un serafín, no podía contener las lágrimas al pensamiento de que, el Dios de caridad, el Verbo encarnado se dignaba hacerse eucarístico entre sus manos y al imperio de su voz, el mismo día que se dignó nacer y reposar en los brazos de María.

Aquellos ardores, aquél éxtasis de amor fueron día por día aumentando hasta llevarlo a las más íntimas relaciones con el Salvador, hasta iniciarlo más tarde en el conocimiento extraordinario del divino Corazón en cuya propagación se había de empeñar, y de cuyo culto y de cuyas enseñanzas habría de ser el primer apóstol y el gran Doctor.

Después de la ordenación, (20 diciembre de 1625), un período de extraña enfermedad lo obligó a una absoluta soledad y silencio. Durante aquel tiempo en que todo ministerio exterior le fué

prohibido, el P. Eudes se entregó al estudio más y más acendrado del Verbo encarnado, del sacerdocio, del sacrificio de ¡Cristo.

«Tres eternidades son necesarias -decía- para celebrar la santa misa: una para prepararse, otra para ofrecerla, y la tercera para agradecerla».

1 «Adorar a Jesucristo en la cruz como a soberano sacerdote que se inmola a si mismo, y como hostia inmolada para gloria de Dios y para nuestra salvación» fué su principal oficio. «Darle las gracias por ese sacrificio y por haberle comunicado -de un modo tan generoso esas dos cualidades de sacerdote y de hostia». Y se entregó continuamente a lo largo de aquellos meses de silencio al espíritu del divino sacerdote.

El P. Condren aconsejaba a sus dirigidos prohibirse toda clase de lecturas -excepción hecha para la Sagrada Escritura -durante un año... Esto hizo Juan Eudes durante dos años. Ninguna lectura profana, ninguna disipación exterior; de allí el conocimiento extraordinario que alcanzó en la Sagrada Biblia y en los libros espirituales.

A fines de 1626 su salud mejoró y el P. Eudes regresó de su retiro de Aubervilliers a París por orden del P. Bérulle, a escuchar a los mejores predicadores de la época.

En esas observaciones estaba cuando fué informado por su padre de que la peste hacía tremendos estragos en las aldeas cercanas a Argentan. Bajo el nombre genérico de peste se clasificaba en ese tiempo toda

66-

RAFAEL GARCIA HERREROS

clase de enfermedades contagiosas y epidémicas. Era un flagelo terrible consideradas la poca ciencia médica de entonces, la falta casi total de aseo y de policía y autoridad suficiente para un caso como éste.

Los pueblos que eran víctimas de la epidemia quedaban desiertos, sólo con sus enfermos y moribundos; al mismo tiempo, se levantaban como de la tierra bandadas de audaces bandoleros que merodeaban por todas partes, haciendo su agosto.

Casi todos los sacerdotes huían descuidando sus debères pastorales, (Boulay, *Vie du vénérable Juan Eudes*, pág. 149, l). Y aun los obispos no eran suficientemente valientes para quedarse en sus puestos y cumplir con su deber.

Juan Eudes tenía para esa fecha 26 años de edad. Estaba en toda la juventud, en el enipuje más incontenible y generoso de los años. En él se juntaban el brío de la mocedad con el más exquisito anhelo sobrenatural de darse sin medida, a semejanza de Cristo.

El joven sacerdote se ofrece a su superior para ir en socorro de aquellos infortunados. El P. Bérulle después de probarlo durante algún tiempo, convencido del llamamiento sobrenatural de que era depositario su súbdito, le permite ir a donde lo requiere la caridad. A pie, con su solo breviario y con un altar portátil de equipaje, marchaba apoyado en el bastón duro y rápido del heroísmo. Quizá en el silencio, polvoroso del camino pensaría muchas veces que iba al encuentro de la muerte sagrada de los mártires. Visitó sucesivamente a San Cristóbal, San Martín y otros varios pueblos. Todas las puertas de los sanos se le cerraban temerosas de contagio, sólo se le abrió

la de un pobre eclesiástico cuyo nombre merece ser guardado: se llamaba el P. Laurens.

El cuadro que por todas partes se encontraba era terrible y desastroso. Desde un principio vió muy bien que era la hora del heroísmo la que estaba sonando en su vida. De casa en casa, de choza en choza iba derramando su caridad inexhausta y junto con la buena palabra, junto con la gracia de la confesión y de la extremaunción, los remedios materiales. Cerca de aquellos cuerpos jennegrecidos por la fiebre, retorcidos por la desesperación el joven sacerdote realizaba una mística: la mística del sacerdote-hostia cuya teoría maravillosa había aprendido de Bérulle y de Condren. Sin temor de coger el contagio iba renovando la estampa del Salvador ante los enfermos.

Mientras esto pasaba en Normandía, allá en la Rochelle el cardenal soldado charlaba alegremente con los sitiadores, teniendo sólo en cuenta la idea de la unidad y preponderancia francesas.

Pasó Juan Eudes así dos, tres meses. Ya no tenía para él aquello la cortina de humo de un ensueño romántico, sino la realidad fría de la muerte por todas partes, de la desolación general. Y tuvo un momento de temor, de repulsión. Necesario, si, para que se acisolara el mérito de su obra.

Vencido que fué ese momento de agonía de su alma, siguió tranquilo trabajando en aquel cementerio de vivos. Al fin la peste cesó en Argentan, para comenzar en Caen. San Juan Eudes volvió a presentarse como voluntario del heroísmo. En esta ocasión optó por no pedir a nadie hospitalidad, como que conocía el egoísmo humano. En un tonel

68-

RAFAEL GAUMA HERREROS

abandonado que existía en las inmediaciones de la ciudad, descansaba los cortos rates que tomaba reposo a la vuelta de sus penosísimos trabajos. Aún hoy día se señala el lugar donde las gentes se cuentan por tradición que estaba colocado el tonel.

La comunidad del Oratorio es herida a su vez por la peste. El Padre Eudes que con permiso de su superior se alojaba lejos de la casa para evitar el contagio, cuando ve a los suyos en peligro, se ofrece a su cuidado. Pasado el peligro en casa, regresa a los enfermos de la ciudad, y viendo que la peste no cedía, y que más bien aumentaba por todas partes, dirige sus miradas hacia el cielo y hace volver los ojos de todos los habitantes hacia la Viraen María. Hace colocar estatuas de la celestial señora en todas las puertas de la ciudad y en el puente Saint Pierre (P. Hérambourg Liv. LI. ch. XIII, p. 123).

A las súplicas de la Madre de Dios, salud de los enfermos, la epidemia se retira de la ciudad.

Pero todos aquellos trabajos, todos aquellos heroísmos, tantos peligros, tantas privaciones no se hacían sin que su cuerpo se resintiera. Y después de haber beneficiado a todos con su caridad el Padre Eudes cayó a su vez enfermo. Sintió que iba a morir... ¡Morir jioven!, después de seis años de sacerdocio de toda santidad y de toda excelsitud! Tuvo la alegría de que era llegada la hora de caer en manos de Dios a quien había amado, y a quien había deseado amar infinitamente. La ocasión de un bello morir es tan preciosa, pensaría con el P. Lallemand, que ningún hombre cuerdo la debe dejar perder cuando se presente.

Pero no: Dios quería que lograra la felicidad de llegar a una alta edad y de poder realizar la frase del pensador: no hay cosa más hermosa que un

sacerdote blanqueado por los años, doblegado por los trabajos emprendidos por la causa de su Dios.

Después de este primero y espléndido torneo en la palestra del heroísmo, el P. Eudes se internó en la casa del oratorio de Caen por orden de sus superiores, cuatro años. En 1632 dió con sus compañeros seis misiones, en las diócesis de Coutances. Con tanto cielo, con tanta unción predicaba, que sus primeros ensayos pasaron por obras maestras.

Después de dos nuevos años de retiro y de estudio, el P. Condren superior de la comunidad, lo estableció jefe de las misiones del oratorio en toda la Normandía.

Los obispos Bayeux, de Saint Malo, de Lisieux lo emplearon sucesivamente en sus diócesis de 1635 a 1641.

En 1638 dió principio en la iglesia de San Esteban de Caen a una misión de increíbles resultados. En el adviento de 1639 y en la cuaresma de 1640, en San Pedro, tuvo maravilloso éxito espiritual.

En 1642 la misión de Ruán, no le reservó menos triunfos para la causa de Dios. Siguen las misiones de San Malo y de San Ló. En ellas, multitudes de hugonotes volvieron a la fe católica. Un día, el orador arrebatado ante los pecados de los hombres exclamó con voz inimitable, llena de verdad: «Misericordia, Dios mío, misericordia». Y como electrizado el auditorio cayó de rodillas sollozando y dándose golpes de pecho.

Una carta pinta el carácter activo, encendido, del santo cuando se trataba de los intereses divinos: «No sabría decir las bendiciones que Dios da a esta misión de Vasteville. Ciertamente es prodigioso. Hace ya tiempos que no predico en la iglesia porque

70-

RAFAEL GARCIA HERREROS

es absolutamente insuficiente, aunque no es pequeña. Los domingos no bajan de 15.000 las personas que vienen. Hay doce confesores, pero, sin hipérbole, cincuenta quedarían apenas bien para tanto trabajo. Hay gentes que vienen de ocho y diez leguas de distancia. No se oyen sino llanto y gemido de los pobres penitentes. Los Trutos que en el tribunal de la penitencia se ven, son maravillosos. Pero, lo que me aflige es que no podremos confesar ni la cuarta parte de la gente. Hay penitentes que aguardan ocho días para confesarse y donde hallan un sacerdote, se lanzan a sus pies suplicándole que los oiga en confesión.

Ya llevamos seis semanas... qué bien tan grande son las misiones; cuán necesarias y qué mal es oponerse a ellas.

Si los que han obstado, si los que han impedido que hubiéramos realizado muchas en estas diócesis supieran el mal que han hecho...

Pidamos hermanos al señor de la mies que envíe obreros a su viña, y digámosle con toda nuestra alma: Dómine messis, mitte operarios in messem tuam.

¿Qué están haciendo en París tantos doctores, tantos bachilleres, núentras las almas perecen a millares, por falta de una mano que las salve?

Si yo pudiera, me iría por todo París, a gritar a la Sorbona y a todos los demás colegios: fuego, fuego, que abrasa el universo. Venid señores doctores, venid bachilleres, venid abates, venid señores eclesiásticos a ayudarnos a apagarlo».

DOS HEREJES QUE LLEGAN

Con una terquedad apasionada y extraña, dos jóvenes estudiaban en una casa de campo al pie de los Pirineos. Hasta quince horas pasaban diariamente al frente de una gran mesa rodeados de libros. Leía el uno en alta voz en latín y el otro con rápidos ojos buscaba concordancias de lo que escuchaba en el infolio que ante su vista tenía. Aquellos dos jóvenes eran Cornelio Jansen y Duvergier de Hauranne. El libro que se leía, era un folleto de Baio *De libero hominis arbitrio et ejus potestate* y el que se consultaba y seguía con avidez era un tratado de San Agustín en que se encontraban ciertas ideas capaces de ser acomodadas y de refrendar y autorizar aparentemente el libro de Baio. (Lancelot, *Mémoires touchant la vie de S. Ciran*, tomo 2, pág. 308).

Jansen, el que buscaba afanosamente las frases oscuras del obispo de Hipona era un joven de veinte años, pálido, nariz aguileña, mirada vivísima, frente prominente y modales pesados.

¿Qué móvil llevaba a aquéllos jóvenes a consumir su tiempo y su mocedad en aquel trabajo fatigoso y aparentemente inútil? ¿Qué fuerza los ataba a aquella mesa y les enclavaba los ojos y la mente en

esos manuscritos oscuros en latín? ¿Quizá sólo había en ellos la inclinación natural de la juventud que desea descollar, lucir aún a costa de la verdad? En aquellos tiempos la única ciencia abierta era la filosofía y la teología en que el entusiasmo de conquista suele acarrear muchas veces el peligro y la desolación del error. Pero además de ese anhelo de distinguirse con una teoría nueva, con una explicación peregrina, en aquellos dos jóvenes, y en Jansen especialmente, obraba la resolución inquebrantable de defender y de justificar a su antiguo maestro y homónimo, el viejo Jansen, que había sido, a su vez discípulo de Baio, cuya defensa había tomado sobre sí para realizarla personalmente y por uno de sus discípulos. Tal era la obra y el anhelo que aquellos dos jóvenes traían entre manos: justificar las doctrinas de Miguel Baio (1642).

Para comprender fundamentalmente la discusión debemos tomar el agua desde su fuente.

La gracia actual es eficaz por el simple consentimiento del hombre. Así enseñaba un jesuita en España en el siglo XVI. El jesuita se llamaba Luis Molina. La gracia actual es eficaz intrínsecamente, independientemente del consentimiento humano enseñaba en España otro teólogo, no jesuita sino dominicano, el gran Báñez quien, además, se presentaba como eco de Santo Tomás.

Según los Tomistas, la eficacia de la gracia procede únicamente de su cualidad: hay gracias eficaces de suyo y otras ineficaces. Son de especie diversa; las primeras alcanzan indefectiblemente su resultado, las otras no lo alcanzarán nunca. Según los Molinistas la ineficacia de la gracia proviene únicamente de la falta de correspondencia por parte de aquel a

quien se concede. No hay una diferencia entre una gracia eficaz y una ineficaz. La misma gracia puede ser eficaz en uno e ineficaz en otro; todo depende de las disposiciones del sujeto.

¿Cómo se salva el hombre? ¿En qué medida puede trabajar en su propia salvación? ¿Cómo

anudar con la libertad humana la previsión divina gobernadora universal? Sobre este problema vertiginosamente atractivo había lanzado relámpagos de luz seguidos de espesa sombra el genio de San Agustín.

Pelagio, como bien sabemos, había exaltado en el siglo V intemperadamente la naturaleza humana hasta el punto de pretender que puede obrar su salvación sin la gracia. San Agustín, para confundirlo, insistió en la necesidad de la gracia, en su gratuidad absoluta como sobre la gratuidad de la predestinación, con cierta apariencia de socavar un poco las capacidades naturales del hombre caído.

Las grandes líneas de la herejía eran: en estado de naturaleza inocente el hombre poseía una rectitud perfecta como un derecho natural. En el estado de naturaleza caída el hombre ha quedado tan inútil que aun ha perdido su libertad y no puede sino pecar. Todos los movimientos del hombre, aun los más irresistibles son pecado...

Algunos mandamientos resultan imposible de cumplir a nuestra naturaleza; se necesita una ayuda especial y eficaz: esa gracia es dada a algunos; los cuales no pueden resistir a ella. De aquí se sigue lógicamente que Cristo no murió por todos... Y si Cristo no murió por todos, si yo no sé si por mí murió, la actitud que con El debo tomar es de temor, de angustia, y de sumisión fatalista. Ante Cristo el silencio tembloroso del siervo delante del amo que vendimia lo que no ha sembrado. Ante la Virgen el

76 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

mejor medio de alabanza es un himno de silencio... (Brucker. p. 379).

Los dos jóvenes estudiantes Jansenio y Duvergier Haurane, abate de Saint Cyran siguieron durante toda la vida unidos en la misma idea y a ella ganaron multitud de adeptos. Su exterior atrayente, su elocuencia y su talento de primer orden fueron ocasión e instrumento de su éxito entre eclesiásticos de alto valer, y entre lo más refinado de la sociedad.

Saint Cyran se dió cuenta de que mientras no fuera respaldado por una sociedad religiosa de prestigio, su trabajo sería demasiado penoso y casi inútil. ¿Cuál comunidad sería su víctima? La más prestigiosa y de más letras en aquel tiempo, al lado de la inaccesible Compañía de Jesús, era el Oratorio del cardenal de Bérulle. Pues bien, la comunidad del Oratorio cayó en el lazo que le tendiera el hipócrita novador. No que todos los oratorianos entraran en sus doctrinas, ni que todos hicieran pública aceptación de las enseñanzas heterodoxas de Saint Cyran, pero debemos admitir que muchos y aun de los más prestigiosos cayeron en el error, o a lo menos se dejaron influenciar por el novador apartándose de la obra principal para la cual se habían congregado, es a saber, la reforma del clero. (Cir. *L'oratoire de France* Perraud, p. 211 - Boulay, tomo . 1, p. 505).

¿Cómo, pudo orden tan excelsa, tan sabia, fundada en el conocimiento profundo de los misterios de Cristo Encarnado, dejarse engañar y caer en los brazos del jansenismo? Para explicarlo claramente debemos remontarnos un tanto en la historia íntima de la comunidad.

SAN JUAN EUDES

77-

El cardenal de Bérulle era un teólogo amante de las cumbres más blancas y más atrevidas sagrada ciencia. Sus pensamientos y sus escritos se elevaban siempre audaces a la contemplación de Dios y del Verbo.

El espíritu sublime del cardenal se diferenciaba de la escuela y del espíritu jesuíticos.

Fundados por un glorioso soldado español, los jesuítas poseían un espíritu militar, audaz, de combate y de conquista. Su espiritualidad era y es práctica cual un plan de batalla: la batalla inmortal por el reino de Dios y por la colonización de las almas. La arte primera y esencial de su mística, consiste en la mirada constante y enemiga contra si mismo, contra las propias pasiones, y contra las malas tendencias.

En tanto que la devoción nacida en la mente y el corazón de Bérulle en su largo contacto con San Pablo, y en su silencio ante Dios, presenta modalidades distintas. Tal devoción, eminentemente teológica, consistía en la mirada más o menos estática del hombre que se pierde en la contemplación de la divinidad, y de los misterios del Verbo Eterno.

Los fundadores imprimieron en su obra y en su enseñanza el carácter y el broquel de sus almas y de sus culturas.

San Ignacio fué un soldado, en tanto que Bérulle un académico, vástago de una familia de togados, cuya juventud se había formado en el silencio y en el estudio bajo los grandes árboles de Serville, y en los bancos de la universidad. Otra la vida al aire libre, sin contacto mayor con los libros, que llevara el ínclito capitán Iñigo de Loyola.

Estos matices distintos, estas tendencias espirituales con orientaciones diferentes se tradujeron en las

78-

RAFAEL GARCIA HERREROS

obras de los dos fundadores. Entre los jesuítas, férrea la disciplina y aquilatado el espíritu de combate. Entre los oratorianos, una amplia libertad en el modo de pensar, que ponía en peligro la disciplina, y por otra parte una gran inclinación a las excelsas doctrinas agustinianas sobre la gracia, acordes con la sutil inteligencia del fundador.

Debemos apuntar como motivo humano del desacuerdo, el hecho de que ambas comunidades, la del español y la del francés se dedicaban a análogos oficios, a saber, la instrucción de la juventud, la predicación y la dirección de las almas. Los jesuitas tenían la posesión tranquila del campo donde araban por la simiente divina, cuando aparecieron los oratorianos. Algunos no vieron con buenos ojos la llegada de una comunidad de hombres instruídos, de lamás alta sociedad, con una doctrina de una hermosura incomparable, que ganaba las almas más selectas, deseosas de la unión y contemplación de los misterios del Verbo más bien que de la lucha acerada y directa contra las propias pasiones.

La Compañía de Jesús y el Oratorio, nacidos para completarse y no para combatirse, auxiliares la una del Papa y el otro de los obispos consagrados a la reforma, la una de los seculares y el otro de los regulares, conocieron, no obstante lamentables rivalidades de el principio. «Rivalidades que se pusieron de presente con la publicación de la obra del Padre Bérulle intitulada *«Tratado de las grandezas de Jesús»*».

El P. Gerasse y el P. Philipeau, sin comprender quizá la ortodoxia del libro, lo criticaron acerba e injustificadamente.

A la cabeza de aquel tratado se hallaban a estilo de usanza las aprobaciones de Monseñor Cospéan,

Mons. Camus, Mons. Roche, y por último se hallaba el nombre fatal del abate Cyran.

Este es el nudo sutil, casi invisible de una serie larga de malas consecuencias para la obra del Oratorio, para la Iglesia de Francia y para el prestigio inmarcesible del gran cardenal.

El abate Saint Cyran comprendió rápidamente que unido con los oratorianos, respaldado por su grande, merecida y real fama, podría esperar una lucha victoriosa en la difusión de sus ideas y podría enfrentarse a sus mayores enemigos que eran los jesuitas.

La aprobación que le diera a la obra de Bérulle contribuyó a la entrada en el oratorio de las ideas del brillante heresiarca. El abate Saint Cyran después de la muerte del cardenal de Bérulle desplegó su carta de errores ante algunos teólogos oratorianos resentidos por muchas pequeñas rencillas con los jesuitas. En esas tesis nuevas los oratorianos vieron ocasión propicia para la franca disputa.

Este espíritu querrelloso y de emulación trajo a la comunidad del Oratorio un olvido casi total del fin principal para que habían sido fundados: la reforma del clero y la educación sacerdotal de los sacerdotes jóvenes en los seminarios.

De las tesis y ambiciones heréticas de Jansenio provino al oratorio el abandono de su principal aunque no única misión, la de los seminarios, la más urgente de todas.

Es verdad que no todos cayeron en la herejía y es cierto que en esa lucha muchos oratorianos se aliaron a Jansenio siguiendo solamente la universal norma de guerra: los enemigos de mis enemigos son mis amigos (Cf. Leherpeur, A. George y el Dict. de theol. cat. fasc. XCIII, pág. 1131) Y hay que convenir

80-

que ambos bandos lucharon tan rudamente que parecía que «ni unos ni otros hubieran leído nunca el Evangelio». (*Dict. d'histoire et geog. Bérulle*, pág. 1127).

El resultado final no es menos cierto: la rivalidad entre jesuitas y oratorianos hizo que éstos abandonaran casi totalmente el fin fijado a ellos en la bula de Pablo V. Ya no se entregaba «a la instrucción y a la educación de los sacerdotes y de los que aspiran al estudio de las órdenes sagradas», ya la nueva comunidad no respondía al anhelo del Concilio de Trento, ya no se les enseñaba a los eclesiásticos el uso *de la ciencia* sino la misma ciencia: lo cual no necesitaban...

El cardenal de Bérulle murió en 1629, dos años más tarde de la peste de Argentan y del sitio de la Rochelle.

San Juan Eudes en medio de sus trabajos apostólicos oía el ruido sordo de la lucha que habría de tomar intensidad inaudita bajo el superiorato de los inmediatos sucesores del apóstol del Verbo Encarnado.

Condren, su sucesor, había palpado el mal y no había podido poner remedio eficaz a causa de la libertad de opinar que reinaba en el Oratorio. Un tanto desalentado resolvióse a formar por su parte un grupo de sacerdotes que fuera del Oratorio cumpliera la misión de éstos. Estos sacerdotes fueron, entre otros, el señor Olier, futuro fundador de los sulpicianos.

Después de Condren, Bourgoing vió su comunidad literalmente asaltada por todas partes de la herejía jansenista. Entre los asistentes del P. Bourgoing en su Consejo general estaban el P. Seguenot, amigo decidido de Saint ~Cyran; y los Padres Brueil y du Juanet sinceros partidarios del jansenismo. (Dict. *de theol. Bourgoine*, pág. 27).

SAN JUAN EUDES

8 1 -

Estamos acercándonos al año 1643 en que San Juan Eudes, amamantado con la espiritualidad beruliana, sacerdotal y sublime, se dió cuenta plena de que la indeficiente luz que alumbró el genio del cardenal había caído al suelo y ya no estaba alumbrando; a la época en que el Padre Eudes se sintió comisionado por Dios para recoger el tesoro espiritual de la casa paterna donde los hermanos lo estaban disipando y deshonorando y llevárselo; lejos a cumplir el encargo paterno.

Varias causas resolvieron a Juan Eudes a dar el paso trascendental en su vida, a apartarse del cuerpo. no del alma del Oratorio, a abandonar el Oratorio histórico permaneciendo plenamente en el Oratorio ideal, en el soñado por Bérulle.

La verdad de esta afirmación la sintetiza el historiador oratoriano, P. Valroger, al decir: «creo firmemente que el espíritu del cardenal Bérulle había pasado al P. Eudes cuando salió del Oratorio para fundar su Congregación, que entonces quedaba más oratoriano que los demás, miembros del Instituto. Estos al descuidar los seminarios no habían cumplido con los deseos del Concilio de Trento nide su fundador».

Varios motivos de distinta importancia pero todos influyentes explican la salida del P. Eudes de la desolada casa del Oratorio. El primero, la lucha con los Sesuitas, sus antiguos maestros a quienes él guardaba una entrañable y noble gratitud. El segundo, el abandono de los seminarios, para dedicarse los oratorianos a los colegios y oponer cátedra oratoriana a cátedra jesuítica. En tercer lugar, la admisión por parte de muchos Padres del Oratorio de las teorías funestas de Jansenio. El P. Eudes que hablaba siempre en sus misiones de la misericordia infinita de

8 2 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

Cristo para con los pecadores, que la palpaba continuamente en el tribunal de la confesión, no podía escuchar tranquilo de los labios de sus cohermanos las enseñanzas impías acerca de un Cristo inmisericorde que no había muerto por todos.

Hay otro motivo, quizá el más definitivo para la salida del P. Eudes de la comunidad y fué el escuchar las enseñanzas acerca de la devoción de María Santísima que ya estaban en boga entre los jansenistas.

Esta causa nos parece de una importancia absoluta y quizá subestimada hasta hoy.

San Juan Eudes tenía desde niño una confianza total para la Virgen, un amor apasionado e incondicional. Los sermones más fervorosos, los esieritos más ardientes, los raptos, los éxtasis, todo en él tenía por objeto a su Señora. San Juan Eudes, escuchó las enseñanzas jansenistas acerca de la Virgen, las cuales fueron más tarde recogidas en un libro mañoso e hipócrita que so cara, de salvar la devoción de Jesús, minaba la de María.

Copiamos algunos de «los avisos saludables a los devotos indiscretos» libro que tuvo mucha boga en todos los pasillos de Port-Royal y en todos los conventos jansenistas de la época.

En boca de la Santísima Virgen pone el autor las siguientes palabras: «No me améis más tiernamente, ni más sensiblemente que a Dios... No tengáis más confianza en mí que en Dios... No paséis más tiempo, en honrarme a mí que a Dios... Yo no soy el fin sino un medio. No os demoréis demasiado en el medio sino marchad rápidamente al fin ... »

En estos ejemplos vemos cómo los jansenistas con argucias aparentemente ciertas minaban y socavaban

SAN JUAN EUDES

83-

el culto de la Madre de Dios. San Juan Eudes comprendió perfectamente la intención torcida y malévolamente y arremetió duro contra el engaño. Esto hará decir a sus enemigos acerca de él: «Su devoción a la Vírgenes baja, rastrera, grosera y la más supersticiosa que se pueda imaginar. Aún ha tenido la i temeridad de quemar por sus propias manos el libro *Monitoria B. V., ad cultores suos indiscretos*.

HERMANA MARIA DE LOS VALLÉES

Hubo un momento en la vida de San Juan Eudes en el cual, con la sensación de haber hallado un nuevo camino y de que ese camino era el suyo propio, el varón de Dios se dedicó a imprimir rumbos nuevos a su vida.

Hasta entonces San Juan Eudes había llevado una vida más o menos tranquila, ocupada siempre en sus misiones, honradísimo por los obispos en cuyas diócesis trabajaba, estimado como uno de los miembros más sobresalientes del Oratorio, sin tener tiempo para mezclarse en estériles luchas teológicas que agitaban a sus hermanos, aunque lamentándolas profundamente.

Pero en 1641 San Juan Eudes cambia casi súbitamente. Este viraje inesperado se debe, o por lo menos tiene íntima relación, con el encuentro con una pobre mujer de 51 años de edad, quebrantada por enfermedades misteriosas, ojos abrasados, de palabra entrecortada y extraña.

Es curioso que San Juan Eudes, el arrebatado misionero, conocedor de los más altos y delicados estados místicos, que encendía a los pueblos en llamaradas de contrición y que turbaba el camino tranquilo del pe

cado a tantas almas, haya él mismo sentido una influencia tan poderosa en su alma, de una humilde mujer.

«En este año de 1641 en el mes de agosto Dios me hizo uno de los más grandes favores que de su bondad he recibido en toda mi vida; porque fué entonces cuando tuve la felicidad de conocer a la Hermana María Des Vallées por medio de la cual su divina Majestad me ha hecho multitud de gracias muy señaladas. Después de Dios, a la Santísima Virgen mi adorada Madre y mi amada Señora debo este favor». (*Memorial de los beneficios de Dios*, artículo 39).

Llegamos ciertamente a un punto difícil, aunque muy estudiado de la vida del Santo. Y sobre todo a un punto que para el mundo, para el «*animalis homo*», puede sólo hacer florecer una sonrisa de compasión.

Sin embargo debemos hacer notar ante todo que aquella mujer había sido dirigida por los mayores maestros místicos de la época: el celeberrimo P. Cotón, el P. Saint Jure, el señor de Renty, el señor de Bernières, el señor Boudon.

¿Por qué este preámbulo, este como pudor de decir abiertamente que María Des Vallées, la pobre doliente de Coutances, estuvo en la cuna de las grandes fundaciones de Juan Eudes y las meció cuidadosamente? -Decir que en este año de 1641 el santo la encontró en su camino en el cual lo habría de sostener e iluminar siempre con su mirada de «águila»? ¿Acaso San Vicente de Paúl no tuvo la ayuda inteligente de la señorita Legras, el señor Olier la de la Madre Inés y María Rousseau, San Pedro Fourier la de Alice Leclerc? ¿Acaso, San Francisco de Sales no debe mucho de sus empresas al sostén, a la ayuda que le prestara Santa Francisca de Chantal? María Des Vallées fué,

al decir de un santo sacerdote, la flor de la vida de Eudes.

El retrato que conservamos debido al pincel de Felipe de Champagne tiene este mote: María Sponsa J. C.: María prometida de Jesucristo. ¡Qué rostro aquel tan inolvidable! Rostro curtido, de piel dura y pálida. Boca sinuosa de los grandes amantes. Por sus ojos, que son todo en su rostro desprovisto de belleza, brotan cuatro lágrimas. ¡Sus ojos! Inolvidables, extraños: alargados, dolorosos, encendidos. María Des Vallées no es lo mismo que las demás santas, que las grandes ayudantes de los fundadores. Su vida tiene modalidades diferentes por la intensidad y por la complejidad.

Hermana María de los Vallées era una joven del pueblo. Todos la llamaban hermana porque tenía un aire místico, que suplía ampliamente el hábito.

Hermana María de los Valles nació en 1590 en Saint Sauveer Lendelin (diócesis de Coutances), en una pobre choza de labriegos. A la muerte de su padre, a la miseria se unió la brutalidad de su padrastro. Para librarse de aquella fiera se concertó en una casa, pero desgraciadamente se halló que allí sus amos vivían y obraban «peor que si fueran demonios».

María sale de allí en busca de su pueblo. Nuevas molestias en vista de los desórdenes e impiedades, que eran pan de cada día en aquella época. Busca una mujer casada y se refugia en su casa. Nuevas complicaciones: eran la manifestación interminable de su descontento, de su inadaptabilidad ante el pecado. Aquella señora no vivía, ni mucho menos, como lo exigía la austeridad y la moral del matrimonio. María la convierte a la vida piadosa. Tenía ella entonces 19 años; era bella y Sobre todo lista, inteligente como pocas. Esta es la época tempestuosa de su vida, mezcla de

90 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

candor, de sencillez y de violentos impulsos. Su imaginación y sus sentidos pudieron ser impresionados por aquella desencadenada *tempestad de tentaciones*, pero su alma, su voluntad quedaron siempre virginales.

Multitud de jóvenes la pretendieron y María hacía esta maravillosa oración a Dios: «Dios mío, si éste es el que me escogiste, haz que lo ame como tú quieres que lo ame; si no, haz que le cobre aversión».

Y Dios le enviaba siempre una extraña aversión a todos los jóvenes que la deseaban como esposa. Uno de ellos, furioso por la negativa, urdió una venganza común en los novios de la época: acudió a una bruja llamada Grinelle para obtener un filtro. Y un día en las fiestas de San Marcouf lo lanzó contra la doncella. A la Grinelle la quemaron más tarde en Coutances por sus brevajes malditos. Desde esta fecha empieza para la hermana María de los Vallées una vida de tormentos increíbles. Fué aquel día, 2 de mayo de 1609. Tres años más tarde fué conducida a presencia de su Obispo, monseñor de Briroy, quien juzgó que era un caso auténtico de posesión. De ella también atestiguaron el Arzobispo de Rouan, monseñor Joyeuse, y su coadjutor, monseñor de Harlay; los obispos de Coutances, los señores Briroy, Matignon, Auvry y multitud de religiosos y eclesiásticos. Alguno que leyere esto pensará inmediatamente en la socorrida palabra: histeria. Un doctor de la escuela de altos estudios de París pretendió cínicamente probar que Santa Teresa de Jesús, la doctora del Carmelo, era una neurótica...

¿Cuáles son las señales que el ritual romano exige para conjeturar que una persona está poseída de Satanás? Son tres, que no cambian a pesar de toda la ciencia moderna: primero, hablar una

lengua desconocida haciendo uso de muchas palabras de ella; segundo,

SAN JUAN EUDES

9 1

descubrir las cosas alejadas y ocultas; tercero, manifestar una fuerza que sobrepasa las fuerzas naturales considerada la salud y la edad del sujeto; estos signos cuando se encuentran juntos o cuando son absolutamente comprobados son fuertes indicios de posesión; por ejemplo, si una persona que desconoce el latín y la teología, expresándose en latín discurriera acerca de los grandes problemas teológicos (Garrigou Lagrange; *Los trois âges de la vie intérieure*, III, pág. 809).

En la histeria hay fenómenos semejantes, pero no específicamente iguales. Nunca se llega hasta disertar en lengua extraña acerca de asuntos altísimos.

Actualmente la Iglesia al corriente de todos los adelantos de la psiquiatría, mantiene las mismas reglas y las mismas enseñanzas sobre la posesión y los exorcismos. Hoy lo mismo que antaño, la Iglesia recomienda al exorcista que se guarde de creer fácilmente y a la ligera en la posesión o en la obsesión. Después de tomar consejo de un médico, la intervención diabólica sólo será aceptable cuando el sujeto presenta circunstancias completamente inexplicables por las leyes naturales, como las que hemos enumerado más arriba.

De la posesión de María de los Valles atestiguaron cuatro obispos de los más notables de aquella época. De modo que negarla es algo temerario. Y Garrigou Lagrange acepta el hecho de María de los Vallées como perfectamente auténtico.

Olgamos a la santa mujer: «¿Por qué estoy poseída y de dónde me viene esto? Yo nunca me he entregado al demonio, mis padres no lo han hecho porque no tenían ningún motivo ni yo les he dado ocasión para eso. Dios lo ha querido; lo acepto, pues, de todo corazón. Y por amor de quien me ha dado esta prueba así quiero vivir y así quiero morir. Si para mí lo mejor

9 2 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

hubiera sido ser religiosa, Dios me hubiera hecho esa gracia. Si Él hubiera previsto que yo obraría mejor mi salvación con una corona real en mi frente, me la hubiera dado ya que es tan bueno. Pero ya que estoy con los diablos y poseída en cuanto al cuerpo por ellos, eso quiere decir que ese estado es el escogido por Dios para mí como el más propio para mi salvación».

Juzguemos lo que queramos de este caso, no se puede negar que María de los Vallées tenía una cabeza bien puesta y guardaba en todos los momentos de sus extrañas crisis un completo dominio de sí misma.

Una nueva prueba aguardaba a María de los Vallées: el demonio la puso en imposibilidad física de comulgar durante 36 años. Un deseo ardentísimo de acercarse a Cristo en la Eucaristía y una absoluta imposibilidad para ello. Viene después una época en su vida en que sufrió su alma los tormentos de los condenados, las penas de daño y las penas de sentido. Su espíritu se levantó nuevamente sobre su dolor y ofreció su indecible martirio como víctima para librar a otros de ser condenados real e irremisiblemente. De 1621 a 1633 apuró el mal de doce años que consistió en una participación íntima en el estado y el dolor de Cristo hecho pecado y maldición por nosotros.

María de los Vallées estaba en esta situación de dolores, de purificaciones pasivas, de inmenso amor a la divina voluntad, cuando llegó San Juan Eudes a Coutances a dar una serie de misiones. Su talento para la conducta de las almas, su experiencia de las cosas sobrenaturales, eran demasiado

conocidos para que Monseñor de Matignon, y M. Le Pileur no lo invitaran a estudiar el caso extraordinario de la pobre y dolorosa esclava de la voluntad divina.

La Hermana María vivía en una dependencia de la rectoral al cuidado del anciano M. Potier.

SAN JUAN EUDES

93-

El misionero normando, desconfiado, inteligente, iluminado, no pudo menos de aceptar el hecho de que María era una probada de Dios; que era una mujer íntimamente unida con Cristo y que participaba en su carne de los dolores del Salvador. El P. Eudes con esa luz especial de los santos que se conocen comprendió el provecho que podía sacar de aquella alma escogida unida íntimamente con Dios, que recibía continuamente pruebas auténticas de ese amor divino, y empezó a tratarla desde entonces. Cada vez que sus ocupaciones se lo permitían el P. Eudes irá a conversar con María. Una orientación nueva se precisa con nitidez absoluta en su actividad hacia un triple fin el cual sólo borrosamente había visto hasta entonces: la fundación de una Comunidad sacerdotal y de la Orden de Nuestra Señora y de la devoción del Corazón de Jesús y de María (Boulay tom. I pág. 352. *Le Doré les SS. CC.*, pág. 61).

Respecto de la enunciada empresa, o sea la de fundación de la Congregación de Jesús y de María, la Hermana María de los Valéles le transmitió esta confirmación: que el establecimiento proyectado era muy agradable a Nuestro Señor, que Él levantaría la comunidad sobre tres fundamentos: la gracia que sería dada a todos los que en ella entraran para hacer el cuerpo de la Congregación; la divina voluntad que quería hacer en ella su habitación; y la cruz que quería darle sus tesoros.

En cuanto a la orden de Nuestra Señora de la Caridad, cuya necesidad hacía tiempo San Juan Eudes había palpado, solamente después de dos meses de conocer a María de los Vallées el santo tomó las providencias necesarias para llevarlas a efecto. (8 de diciembre de 1641).

94 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

Recordemos también este texto referente a la fiesta de los SS. CC. «La Hermana María al saber que algunas personas murmuraban en contra de la fiesta del Sagrado Corazón de la Bienaventurada Virgen María (8 de febrero), se quejó a N. S. quien le aseguró que había sido Él quien la había instituido y que castigaría a sus sapositores».

No afirmamos que el P. Eudes fuera sólo el ejecutor de las ideas de María de los Vallées. Pero no podemos negar que fué una ayuda poderosísima y casi definitiva en todas sus empresas. María de los Vallées que, como mujer no veía las dificultades de ninguna obra, lo forzó a la realización de aquellos proyectos largo tiempo antes concebidos en su alma. San Juan Eudes con su trato se convenció que la voluntad divina era de que se retirara del Oratorio y fundara la comunidad que habría de cumplir los designios de Bérulle que no había llevado a cabo el oratorio ya que de 60 casas que poseía sólo una, la de Saint Magloire, se dedicaba a la formación de los clérigos.

Cuando María murió en 1656 el P. Eudes escribió en una carta a su cohermana: «ha querido Dios quitarnos lo que más amábamos en el mundo que era nuestra Hermana María... La he confesado tres veces en estos ocho días, he rebuscado y examinado toda su vida y puedo asegurar con toda verdad que no le he hallado pecado venial en toda su vida».

VIII

ANTE EL CARDENAL RICHELIEU

El pincel del gran artista Gerome hizo de la escalera del «palacio del cardenas el motivo de un hermoso cuadro. Por los lujosos peldaños baja un capuchino vestido de gris, con los ojos imperturbablemente clavados sobre el breviario abierto. Es el famoso, el íntimo, el exclusivo confidente del cardenal Richelieu. Ante el histórico fraile se arquean algunos cortesanos con profunda venia aduladora, y a la espalda de él levantan otros la cabeza, trocándo la forzada ceremonia de respeto en muecas de ira y miradas de odios.

Por esa escalera que veía trepar la adulación y la esperanza de favores regios y veía bajar el despecho y las intrigas frustradas, subió en noviembre de 1642 un venerable sacerdote oratoriano como una sombra. Su paso se sintió sólo por el ruido del rosario que llevaba prendido a la cintura.

Aquel sacerdote era el Padre Eudes, superior de la casa del Oratorio de Caen, quien venciendo la fatiga de los grandes trabajos que acababa de terminar en Saint-Lo acudía a Richelieu para obedecer a un llamamiento oficial.

Estaba el cardenal en el apogeo de su gloria y en los términos de su vida. Ese mismo año con la toma de

Brisach. se había dividido y paralizado el Imperio español en el Rhin; ya hacía tiempo estaba liquidado el problema de la Rochelle que se oponía a la unidad nacional, y por fin, ese mismo año Tomás de Savoya y de Turín se rindió a la fortuna sin par del gran ministro francés.

Recibido deferentemente entró en audiencia el Padre Eudes, misionero del Oratorio.

¡Qué diferencia de caracteres y de aspectos las de los dos, la del Santo y la del cardenal. El Santo tenía la voz humilde, aunque naturalmente hermosa y sonora. Los ojos limpios y tranquilos, iluminados, sí, por la pasión interior, la pasión de Cristo. El cardenal era absolutamente distinto. Voz ronca y baja a causa de largos insomnios, y mirada finísima «como la vaina de una espada». Su cabeza, emergiendo de su hábito escarlata, campeaba con suprema elegancia, alargada y magra. Cuando entró el sacerdote Eudes a quien había llamado, de una sola mirada sondeó al visitante. El Padre Eudes con tono reposado y digno se excusó de la tardanza en venir a su cita a causa de misiones y trabajos apostólicos. El cardenal sonriendo finamente lo alentó con palabras delicadas, y luego entró en materia. Le contó que lo conocía por referencias solamente de su hermana María Magdalena, duquesa de Aiguillon, que sabía del éxito extraordinario de sus misiones en toda Normandía, especialmente en Coutances y en Caen. Y que había oído rumores de que pensaba retirarse del Oratorio para fundar una Comunidad que se dedicara a cumplir con la misión abandonada por aquél en su lucha con los jesuitas.

Richelieu habló al Padre Eudes del problema que interesaba tanto a la Iglesia como al Estado, de la conversión de los calvinistas. Le explicó que todas las prevenciones en contra del catolicismo eran debidas

por una parte a la ignorancia y a la corrupción del clero, y por otra a la malicia de los pastores

protestantes. Continuando sobre este tema el cardenal le hizo observar que ante todo era menester buenos obispos llenos de celo y del espíritu de su estado.

El Padre Eudes emocionado grandemente ante la buena acogida que le dispensaba el cardenal, le dió las gracias y le habló con todo su fuego interior del poco fruto que se lograba en las misiones a causa de la escasez de buenos sacerdotes que no dejaran perder el trabajo de los misioneros. Y aprovechando la buena acogida de Richelieu le habló de todos sus proyectos, aún del reglamento que deseaba implantar en su futuro seminario. El cardenal le ofreció ayuda en todo y le prometió como primera providencia recomendarlo a su sobrina la duquesa de Aiguillon, que quedaba comprometida a enviarle 1500 libras para comenzar. Le prometió también la aprobación de sus proyectos por parte del rey.

Cuando el Padre Eudes se retiró, el cardenal se quedó un momento en silencio, bajo la impresión extraña aquella figura sacerdotal tan noble y tan bella que acababa de ver y meditó un momento en la brillante soledad de su cámara en su vida tan sinuosa y tan poco eclesiástica. Vió quizá en ese instante que el móvil principal de todas sus empresas era perfectamente distinto y alejado del móvil que debe guiar a un sacerdote y a un obispo.

¿Cuál era el motivo íntimo que lo guiaba para la ayuda que quería prestar al santo misionero en su empresa de fundar una comunidad; acaso la gloria de Dios? ¡Dudoso! El cardenal Richelieu poco tenía que ver en la Iglesia Católica como institución divina. Cada vez que los intereses políticos de su país se habían mezclado con los intereses de la religión, no ha

100 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

bía vacilado en sostener y hollar a la Iglesia, para que sobre ella se levantara la majestad efímera del Estado.

El cardenal tenía dos motivos perfectamente naturales y humanos que lo llevaban a ver con buenos ojos la erección del seminario. El primero era la unidad de Francia puesta en peligro por la presencia de banderías extrañas, que eran los reductos calvinistas. Quería Richelieu una Francia unida, compacta, y para eso necesitaba unidad religiosa.

Había otra causa más oculta, la debemos exponer si queremos ser imparciales y verídicos. El gran cardenal Bérulle había muerto en 1629 hacía ya trece años. Estos no habían sido suficientes para amortiguar la rivalidad del ministro político para con el genio cristiano y francés del apóstol del Verbo Encarnado.

Creyó erróneamente lastimar en algo la obra de Bérulle sosteniendo al Padre Eudes en salirse del Oratorio. Fué una gran equivocación permitida venturosamente por Dios. Eudes al hacerlo no hizo sino honrar la memoria del cardenal de Bérulle y realizar plenamente sus designios primeros.

Richelieu conoció a Bérulle y vió con ojos turbios el aprecio que la reina y la princesa Enriqueta hacían de él. Pero sobre todo vió en aquel sacerdote a un varón que con su palabra y su ejemplo se oponía, no a sus planes de grandeza de Francia, sino de una grandeza inconsistente, basada en un nacionalismo exagerado. Y comprendió que a ese hombre habría que eliminarlo ya que no podría dominarlo.

En Richelieu primaba por encima de todo el hombre de Estado. Como ministro, con la misma mano con que somete a los protestantes de Francia, que se oponen a la unidad nacional y que confabulan con Inglaterra llama también a Gustavo Adolfo, rey de

Suecia, campeón del protestantismo en contra de una nación católica, representada por los austriacos. A la muerte de Gustavo continúa ayudando al ejército protestante en sus victorias fatales al mando de Bernardo de Weimar. Con la misma mano contradictoria respalda las autoridades de los luteranos de Alemania que quizá sin su ayuda hoy no existirían.

Pero no hay contradicción: nos hemos equivocado. Era su conducta perfectamente lógica, como lo hace notar el historiador del cardenal de Bérulle, Houssaye (T. 3, *Le cardinal de Bérulle et le cardinal Richelieu*), cuando persigue en Francia a los reformados persigue a los enemigos de la autoridad real y cuando sostiene el imperio protestante de Alemania sostiene a aliados que, *par leur haine pour l'Espagne, font particulièrement estat d'estre bons francois*.

Bérulle, al contrario, era ante todo hombre eclesiástico y nunca cometió el crimen ni el craso error político de posponer la Iglesia a la Patria. Primero Dios.

Su madre había sido íntima amiga de madame Acarie, esposa de Pedro Acarie, uno de los más famosos y valientes «ligados» o partidarios de un gobierno plenamente católico en Francia, a fines del siglo XVI. .

Su interés por el matrimonio de Enrique Con el príncipe de Gales estaba inspirado ante todo por la esperanza, que resultó desgraciadamente fallida, de restaurar la paz religiosa en Inglaterra y aún atraer al Catolicismo a los súbditos ingleses. Ese mismo deseo sobrenatural y santo fué el que lo llevó a insinuar a Richelieu la necesidad de la toma de la Rochelle.

Este criterio católico y francés chocó con el del primer ministro Richelieu que era ante todo y sobre todo nacionalista. Hizo que no viera con buenos ojos las alianzas audaces y fatales de Richelieu con los príncipes protestantes de Alemania. Las relaciones se

102-

RAFAEL GARCIA HERREROS

enfriaron y vino la íntima y mutua antipatía. Richelieu vió en él a un émulo, un reproche vivo de su conducta extraña y lo barrió poderosamente de su camino.

Bérulle era demasiado extático, estaba demasiado unido con el Verbo y sumido en su contemplación para pelear un puesto humano y le dejó el campo libre.

No sabemos hasta qué punto fué desinteresada la ayuda del cardenal Richelieu al siervo de Dios. Pero sí sabemos que de todo se vale Este para hacer sus grandes obras.

Recordemos que más tarde San Juan Bosco encontró uno de sus mayores apoyos en el genial ministro Cavour.

LA FUNDACION Y LA MISTICA DE UNA COMUNIDAD

En silencio caminaban seis eclesiásticos por la ancha vía que conduce al santuario de Nuestra Señora de la Délivrande. Cuando llegaron al portal de piedra descansaron un momento y entraron al Santuario, temblorosos, profundamente recogidos y conscientes de la gran responsabilidad que tomaban sobre sí.

A la cabeza de aquellos hombres estaba el P. Eudes, que cumplía en aquel momento, 24 de marzo de 1643, una de las obras capitales de su vida con la fundación de la Congregación de Jesús y de María, que se iba a dedicar únicamente a realizar lo que soñó el cardenal de Bérulle y que por un misterioso designio de la Providencia había sido irrealizado por el Oratorio.

Ante el altar milagroso de la Virgen, el P. Eudes consagró a la celestial Señora, su persona y la de sus hijos espirituales y la de los herederos de su misión. Tomaron a Jesús como fundador, superior y Padre de la comunidad, y a María como a su fundadora y Madre; y les prometieron solemnemente con su gracia, vivir y morir en toda la perfección que les fuera po

sible, con una entera abnegación de la propia voluntad.

La capilla en absoluto silencio y soledad, era testigo del acto trascendental y sublime. Ese mismo acto se viene realizando aflo tras aflo, en el secreto de los oratorios de los seminarios, esa misma fecha 24 de marzo.

El P. Eudes había escogido ese día porque era la víspera de la fiesta en que la Iglesia celebra la Encarnación del Verbo de Dios en las entrañas purísimas de María y porque, según una tradición, ese mismo día se instituyó la Santísima Eucaristía y luego el Sacerdocio en la solemne noche del Jueves Santo, víspera de la redención del mundo.

La puerta de la comunidad y del seminario fundado por el P. Eudes estaba abierta a todos los eclesiásticos o a los que desearan llegar a serlo; a los que quisieran hacer algún retiro, revestirse de las costumbres necesarias a un eclesiástico, aprender las ceremonias o seguir los cursos de alguna universidad.

Seis cosas debían enseñarse especialmente a los eclesiásticos en la nueva congregación: primeramente piedad, virtud y perfección, a base de conocimiento profundo de la santidad y dignidad del estado sacerdotal, de las obligaciones que exige, de la ciencia en la oración, de la comprensión del adorable sacrificio y del oficio divino. Segundo, ceremonias para ejercer las funciones eclesiásticas, conocimiento de las rúbricas del Breviario y del Misal y estudio del canto gregoriano. La tercera cosa que debía estudiarse en los seminarios sería teología dogmática y moral de la cual debían darse diariamente lecciones y frecuentemente conferencias. Además, catequesis y oratoria sagrada. Por último estudio de la Sagrada Escritura, especialmente del Nuevo Testamento y de los Salmos.

La comunidad estaba dedicada a la Santísima Trinidad «como primer principio y último fin de la dignidad y santidad sacerdotal. Y también a la más digna de las comunidades que haya existido sobre la tierra, es decir, a la Sagrada Familia de Jesús, José y María. Sus patronos principales eran ya desde aquella época los Corazones de Jesús y de María que moralmente no hacen sino uno, solo».

El instituto se componía de dos clases de miembros: unos, eran sacerdotes o aspirantes al sacerdocio; los otros, en corto número, eran laicos reservados al ministerio de las cosas temporales.

El fin de la comunidad era absolutamente sacerdotal: conocer el sacerdocio, vivirlo y comunicarlo a los demás. Era la misma concepción sublime que habían renovado en la Iglesia el cardenal Bérulle y el P. Condren. La misma grandiosidad ¡limitada!, la misma infinita luz acerca de la consecuencia necesaria y esencial de la Encarnación del Verbo, su sacerdocio.

El día se comenzaba con una hora de meditación en que se recitaba la celeberrima oración *Ave Cor Sanctissimum* y para terminar se decía una profesión de humildad *Dómine nihil sumus*.

Después se rezaban en común las diferentes partes del Oficio Divino; un cuarto de hora antes del mediodía tenía lugar el examen particular. El descanso consistía en recrearse modestamente empleando el último espacio de tiempo en resolver algún caso de teología moral. Por la noche la oración en común; el resto de tiempo, estudio, lecturas piadosas, predicación, ministerio sagrado.

Lentamente se fueron redactando las constituciones de la nueva comunidad animadas en el espíritu del Oratorio ideal que fundó Bérulle y que no alcanzó a perpetuar por la flaqueza de todas las obras humanas.

108-

RAFAEL GARCIA HERREROS

El 24 de mayo de 1643 dos meses después de fundada la comunidad comenzaron los trabajos de misiones por los pueblos. La primera fué en Saint Sauveur-le-Vicomte, en la cual se dedicó el primer altar a los Sagrados Corazones de Jesús y de María. De Saint Sauveur se encamaron a pie a Valognes que sólo distaba tres leguas.

El camino ancho rodeado de fresco verdor convidaba a la conversación íntima, estaba bordeado de setos vivos y multitud de manzanos cargados de frutos sazonados. Pasteando por aquellos «ellos», por aquellas granjas, se veía numerosos bueyes de frente ancha, vacas de piel pintada y por acá y por allá riachuelos de plata que a trechos aparecían y a trechos se perdían entre el pasto.

Por tres leguas se prolonga este paisaje normando entre Saint Sauveur y Valognes. Iban los primeros Eudistas contemplando el sol que caía por el lado del mar.

Con el P. Eudes, el P. Manoury que tenía 29 años y era bachiller en teología, hombre un tanto austero y callado. A su lado el P. Manchón de 26 años, naturaleza fecunda y lleno de personalidad atractiva y elegante de un gran predicador. El P. Jourdan, 35 años, carácter serio, moderado, piadosísimo. Estos fueron los primeros compañeros, las piedras angulares de la fundación.

El P. Eudes tenía mucho que decir a sus compañeros y aprovechó el trayecto hacia Valognes.

Como el P. Manchón se quedara mirando durante largo tiempo el espléndido atardecer, el sol que caía por el lado del mar y que ponía una mancha de luz en los lomos robustos de las vacas, el P.

Eudes, el hombre de una sola idea sublime e implacable, empezó a decirles a los compañeros mirando el sol: «Oh

SAN JUAN EUDES

109-

belleza eterna, eterna bondad, arrebatadme vos sola, poseiedme eternalmente, absolutamente. Que no quede campo en el espíritu para nada sino para Vos».

«Haced que no viva sino para amaros ¡oh Dios, que no pase un momento en mi existencia que no esté empleado sino en vuestro amor» (Reino de Jesús, p. 390).

-Sabe, P. Manchón, cuál es la cosa del mundo más extraña y más deplorable? (Catechisme).

-No, Padre.

-Es ver que no hay nada en el mundo tan bello, tan bueno, tan amable, y que merezca ser tan amado y tan servido y tan honrado como Dios. Y sin embargo no haya nada tan poco amado y tan poco adorado de la mayoría de los hombres, «ni que sea más perseguido ni más ofendido».

-Y de donde proviene eso?

-De que los hombres no lo conocen. Y sin embargo El es Dios, Dios vivo!

La voz del P. Eudes tomó un tono de energía inesperado. «Dios es la belleza, la claridad, la bondad, la perfección, la santidad, la grandeza, la majestad inefable, que comprende todo lo que de bello, de precioso, de grande y deseable hay en el cielo y en la tierra. Más bello, infinitamente más perfecto, más poderoso que todo lo que se puede imaginar» (Oeuvres 11, 389).

¿Para qué estamos en el mundo? Para conocer a Dios y conocido adorarle. A Dios lo debemos adorar como origen y centro de todas las cosas, y sobre todo de las comunidades religiosas. Nuestra vida entera con sus dependencias, nuestros ejercicios de piedad, todo debe estar encaminado a su adoración y a su gloria. (Constit. partie III Pl L).

Todas nuestras oraciones como todas nuestras acciones deben empezar por la adoración.

110-

RAFAEL GARCIA HERRIROS

«Adoremos con Jesucristo a la Santísima Trinidad», porque de otro modo nuestra adoración es impotente. ¿Qué puede el hombre, criatura pequeña y efímera ante el piélago de constelaciones vivas que es la divinidad.

Aunque el hombre recogiera todas sus fuerzas, aunque lanzara el grito más poderoso que puede lanzar un alma a su adoración, se quedaría en la zona de lo humano y no llegaría jamás al trono lejano infinitamente de Dios.

El hombre por sí mismo tiene una imposibilidad absoluta para adorar a Dios adecuadamente, para satisfacerlo en su culto. Como una gota de rocío es absorbida velozmente por el sol, así la adoración humana es absorbida por Dios y queda la adorabilidad divina sin correspondencia cabal.

¿Qué hará el hombre en su impotencia íntima para adorar? No hay sino un solo adorador posible y eficaz que es Jesucristo. El, por ser Dios y por ser hombre tiene los dos extremos necesarios para la adoración: la humana flaqueza, la infinita humillación de su humanidad y al mismo tiempo su alteza divina. Su voz de adorador no regresa impotente a mitad del camino como una flecha cansada,

sino que sube derecha hasta la Divinidad y agota su adorabilidad infinita.

El P. Eudes hablaba estático a sus primeros hijos que lo oían absortos. Sólo el P. Manchón no dejaba de mirar la planicie normanda y el sol que caía a lo lejos.

-Para adorar a Dios, Cristo vino a la tierra. Fué éste, junto con la salvación de la humanidad, el fin de la Encarnación.

Adoremos con Jesucristo a la Santísima Trinidad!

Y ¿cómo adorar a Cristo? Para ello debemos participar de su vida, prolongar su vida en nosotros. Esta

SAN JUAN EUDES

111-

debe ser la idea fundamental de nuestra espiritualidad.

Esa unión, esa participación de la vida de Cristo, se hace por medio de la gracia, que es una participación de la vida divina. Esa gracia que en Cristo existe en plenitud absoluta, nos es conferida por el santo bautismo y se aumenta en nosotros por los demás sacramentos. Por medio de esa gracia que es a manera de una savia divina, nosotros poseemos la misma vida de Cristo, vida divina. «Jesús, hijo de Dios, hijo del hombre, rey de hombres y de ángeles, siendo no sólo nuestro soberano señor sino también nuestro jefe y siendo nosotros hueso de sus huesos y carne de su carne, estando unidos a El por una unión íntima como no es posible pensar en otra, la misma unión que existe entre los miembros y la cabeza, unidos, con El por medio de la fe y de la gracia del bautismo, la vida cristiana la constituye una continuación y perfeccionamiento de la vida de Cristo. Todas nuestras acciones deben ser prolongación de las acciones de Jesús en la tierra; debemos ser como otros tantos Cristos en la tierra para continuar su vida y sus obras; debemos hacer y sufrir lo que en la vida hacemos ordinariamente, en el espíritu de Jesús santamente, divinamente en sus propias disposiciones admirables».

¡Prolongar la vida de Cristo... ¡Prolongar la adoración de Cristo hacia su Padre: este es el fin de la vida cristiana y el fenómeno maravilloso que se obra en el alma en gracia.

¿Cómo lograr esa prolongación maravillosa?

La gracia, es cierto, nos pone en ese estado de unión pero la voluntad informada por la gracia y levantada por ella debe ejercer también su actividad; la libertad humana tiene en esta obra, definitiva preponderancia.

Su papel consiste ante todo en renunciarse. Debemos

112-

RAFAEL GARCIA HERREROS

renunciar a todo lo que se oponga a esa unión con Cristo, a esa substitución voluntaria que debe obrar en nosotros la gracia.

Para alcanzar esa inefable unión en que el alma realiza acciones que son atribuibles a la persona, a la hipóstasis del Cuerpo místico que es Cristo, debemos anonadar, debemos renunciar a Satanás, a sus obras, a sus pompas, como lo prometimos en el santo bautismo.

«Renunciemos enteramente a todo lo que es nuestro y del viejo Adán, anonademos a los pies de

Cristo en cuanto es posible nuestro espíritu, nuestro amor propio, nuestra propia voluntad, nuestra vida y nuestro sér. Y supliquemos a Cristo que emplee su divino poder para anonadarnos a fin de que se establezca en nosotros, reine en nosotros, obre según sus deseos en nosotros, de modo que ya no seamos más, que no vivamos más, que no obremos, que no hablemos sino por El y de El». (*Reino de Jesús*, I parte, c. 16, p. 156).

¿Cuál es ¡el motivo íntimo de este programa sarigriento que nos toca realizar ayudados por la gracia, si queremos unirnos a Cristo y formar una sola persona moral con El?

Todo lo que poseemos está de tal modo desarreglado y depravado a causa de la corrupción del pecado, que no hay nada, en nosotros en cuanto tal, que no sea contrario a Dios, que no ponga obstáculos a sus designios, que no se ponga a su amor, que no, vaya en daño para su gloria, por eso debemos renunciarnos si queremos ser de Dios; por eso debemos olvidarnos, debemos aniquilarnos.

Además Nuestro Señor que es nuestro jefe, quien nada había que no fuera santo y divino, vivió en total despojo de todo lo suyo, y en anonadamiento pleno de su espíritu humano de su propia voluntad y

SAN JUAN EUDES

1 1 3 -

de su propio amor. A tal punto que nada hizo de su propio sentido, de su propio gusto sino que cumplió siempre la voluntad de su Padre (p. 185 del *Reino de Jesús*).

El finde toda la vida cristiana es la adoración plena y cabal de la divinidad. Para lograrlo debemos unirnos a la adoración del único adorador. Y para alcanzar esta unión debemos desaparecer, a nosotros, anonadarnos por medio de una larga y dolorosa abnegación de todo lo que es nuestro; en nuestra obra positiva debemos adherir, apegarnos a Cristo. «Si queremos formar a Jesús -el adorador- en nosotros y que viva y reine perfectamente en nuestros espíritus, debemos trabajar por anonadarnos a nosotros mismos, quiere decir, nuestro propio sentir, nuestra propia voluntad, nuestro amor propio, nuestro orgullo y vanidad. Este es el primer principio, el fundamento principal, el primer paso de la vida cristiana (*R. de J.*, segunda parte, cap. 16 p. 274).

El segundo paso es conformarnos con El, unirnos a El. Adherir a Jesucristo, este es el fin de la vida cristiana, de las actividades sobrenaturales del cristiano para poder adorar plenamente. Ese adherir nace con la gracia pero se perfecciona con el esfuerzo personal. «Nuestro cuidado y preocupación principal debe ser formarlo y establecerlo dentro de nosotros y hacerlo vivir y reinar de modo que El sea nuestra vida, nuestra santificación, nuestro poder, nuestra riqueza, nuestra gloria».

Para eso debemos poseer las ideas de Cristo, sus virtudes.

Después de un rato de silencio en el esplendor del paisaje que anochecía, el P. Eudes empezó a trazar a sus discípulos la pauta minuciosa de este trabajo continuo de adhesión a Cristo.

1 1 4 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

«Desde el momento que despertemos, recordemos el gran amor con que el Hijo de Dios en el momento de su encarnación, salió del seno de su Padre, lugar lleno de delicias, de reposo y de gloria. Inmediatamente después debemos decir: Te adoramos oh Señor Jesús y te bendicimos y te amamos con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma y cen todas nuestras fuerzas».

Al vestirnos recordemos que Cristo se vistió por su encarnación de nuestra mortalidad, de

nuestra humanidad, de nuestra miseria y de un estado en el cual hubo menester de vestidos como nosotros.

Después de vestirnos haremos la meditación: Debemos adorar a Dios, anonadarnos a nosotros mismos, entregarnos al espíritu de Cristo para en ese espíritu hacer nuestra oración.

Entre el día hacerlo todo en el espíritu de Dios. Diremos frecuentemente: «Oh Jesús, renuncio a mí mismo, a mi propio espíritu y a todo lo que es mío. Me doy a Vos y a vuestro Espíritu Santo para hacer esta acción según vuestro espíritu y por vuestro amor».

La tendencia, y aplicación de nuestro espíritu a Cristo la debemos llevar a todos nuestros actos aun los más pequeños. Cuando platiemos diremos: «Oh Jesús, que todas las conversaciones con mi prójimo estén consagradas al honor de las divinas conversaciones que tuvisteis con los hombres. Hacedme partícipe de vuestra dulzura, de vuestra humildad, de vuestra modestia, de vuestra caridad».

Quando comamos diremos: «Oh, Jesús, os ofrezco esta comida en honor de las que tomásteis en la tierra; renuncio ya todo amor propio y deseo comer en unión del mismo amor con que os sometisteis a la necesidad de beber y de comer. Que cada bocado sea

SAN JUAN EUDIOS

115-

un acto de adoración a la Santísima Trinidad por el beneficio que nos hizo al darnos el Hijo de Dios y a la Madre de Dios para que comieran :con nosotros en la tierra».

Al trabajar nunca dejaremos de empezar nuestras obras con estas palabras: «Oh, Jesús, este trabajo sea en honor de los que soportásteis en la tierra».

Quando leamos algún libro iniciaremos nuestra lectura de este modo: «Oh, Jesús, os ofrezco esta lectura en honor de vuestra santa lectura (Lu,c. 4, 16). Quiero leer en unión del mismo amor, y de las mismas disposiciones con que Vos leísteis».

Quando debamos tomar nuestra pluma para escribir, diremos: «Oh, Jesús, que todas las palabras y letras que voy a escribir sean otros tantos actos de alabanza y de bendición hacia Vos. Conducid mi espíritu y mi pluma para no escribir nada que no sea de Vos, por Vos y para Vos; imprimid en mi corazón y en mi alma la ley de vuestro divino amor y las virtudes todas de vuestra santa vida».

Los primeros discípulos del santo lo oían maravillados de la espiritualidad que les estaba inculcando. El P. Eudes siguió hablando largo tiempo del método que quería siguieran sus hijos para cumplir todas las acciones humanas y divinizarlas. - Cómo debían estar enfermos y estar en salud, predicar y estudiar. El fundador les enseñaba disposiciones divinas aun para las acciones más - caseras y más humildes---- «Quando tengamos necesidad de una sangría adoraremos a Jesucristo en el amor incomprensible con que soportó llagas tan dolorosas en su santo Cuerpo y derramó hasta la última gota de sangre preciosa por la gloria de su Padre y por nuestra salvación. Nos daremos a El para sufrir en este mismo amor la ligera desgarr

116-

RAFAEL GARCIA HERREROS

dura y el corto dolor de la sangría. Y para sacrificarle la sangre que va a salir abandonándonos con todo corazón a su santa voluntad en todos los accidentes que nos puedan sobrevenir...

El P. Eudes acortó y sintetizó su enseñanza trascendental en que trazaba toda su mística porque ya a lo lejos se oían las campanas de Valognes que anunciaban la fiesta del día siguiente. - El fin de la vida cristiana es la adoración de la Trinidad. Hay un solo adorador perfecto y cumplido que es Jesucristo. El adora por medio de sus estados y de sus actos. Debemos unirnos a El y unir nuestra adoración a la suya. La unión la logramos por medio del bautismo y también por medio de nuestra abnegación personal. Este trabajo requiere toda nuestra voluntad y nuestro continuo cuidado, debe ocuparnos durante todos nuestros momentos. Todas nuestras acciones aun las más peiqueñas deben estar dirigidas a continuar las acciones de Cristo. Así llenaremos el ideal cristiano, el ideal de la vida.

Ya muy cerca apareció la silueta magnífica de la iglesia de Saint-Malo, donde desde el día siguiente iban a iniciar una misión los primeros hijos del Corazón de Jesús y de María.

LOS SEMINARIOS

El fundador de seminarios

Cuando contemplamos nuestros espléndidos seminarios actuales donde los jóvenes pasan doce o trece años preparándose al divino sacerdocio bajo una severa disciplina, perfectamente estudiada y experimentada, ejercitándose en todas las virtudes y asimilándose todas las ciencias especialmente las divinas, y cuando reflexionamos en nuestro clero virtuoso, ilustrado, generoso, cumplidor de sus deberes, difícilmente nos podemos dar cuenta y formar idea de la preparación al sacerdocio del clero en el siglo XVI y XVII

Basta recordar las palabras que escribe M^{on}señor Bougaud en su Vida de San Vicente de Paúl: «Hace derramar lágrimas la historia de aquel obispo (Mgr, Donnadieu) que penetrado por el celo de la santidad del sacerdocio había exigido que los ordenandos de su diócesis se presentasen la víspera de la ordenación para prepararse a ella con una confesión general: a eso de las tres les hacía una exhortación común y por la noche comisionaba visitadores para recorrer las posadas donde los ordenandos se alojaban y así conocer los que llevaban mala conducta y excluirlos por aquella vez de la ordenación »(tomo 19, pág. 153-154).

Tal preparación notoriamente insuficiente estaba dando los más amargos frutos. «Una cosecha abundante y siniestra de malos sacerdotes», las almas menos eclesiásticas del mundo.

Tímidos ensayos se habían hecho para remediar la preparación de los aspirantes al sacerdocio, intentando aplicar en ellos el decreto *Cum adalescentium aetas* del Concilio de Trento, en 1566, refrendado por el Papa Pío IV.

Es cierto que en Roma se había fundado ya desde 1565 un seminario para dar el ejemplo y para obedecer al decreto del Concilio. En Francia se hicieron ensayos de seminarios clericales en cada Diócesis aunque con pocos resultados y sin un definido delineamiento. ¿A qué se debía esta remisión, esta indolencia en empresa tan importante? El 12 de mayo de 1563 el Cardenal de Lorena explicó ante el Concilio de Trento el motivo inveterado, la causa suprema del mal en el cristianísimo reino de Francia: el concordato de Boloña, según el cual, dignidades eclesiásticas se conseguían, las más de las veces, sólo a precio, de intrigas y de dinero sin tenerse en cuenta la dignidad de los beneficiarios (Concil. Trid. act. 11, p. 548-549).

Hasta el año 1633 poco se había logrado. Aquel fracaso consecutivo en la formación de seminarios había producido el tipo del sacerdote ignorante, vicioso y descuidado que manchaba y hacía sollozar la Iglesia divina de Cristo.

La comunidad del Oratorio había sido fundada especialmente con el fin de proveer a la Iglesia de santos y sabios pastores. Para que «vivan sometidos a los obispos y se consagren a la formación de clérigos haciéndoles cultivar la ciencia, menos por la misma ciencia que por los servicios que se puedan prestar al prójimo (Bula Sacrosanctae).

Esta idea y exclusivo fin del Oratorio en sus comienzos, por una permision particular de la Providencia no fué realizada y el celo de los oratorianos se desplegó, como se ha visto, en otras obras, especialmente en la de los collegios. San Juan Eudes se dió cuenta de que nada servía consumirse en las misiones si las semillas dejadas en las almas no eran después beneficiadas por la labor del párroco. «Mirad esas gentes, decía, después de una misión en las mejores disposiciones, pero ¿qué se puede esperar bajo la conducta de pastores como se hallan por todas partes? ¿No es en cierta manera casi necesario que olviden las verdades saludables que los han conmovido durante la mision y que caigan en los primeros desórdenes?

Antes de la santificación del pueblo debería ser la del clero. El Santo estaba tan convencido de eso, que en Remilly lo vemos añadir a las misiones para el pueblo ejercicios destinados especialmente a los eclesiásticos.

Del Oratorio debían de salir más tarde los fundadores de seminarios. Fueron ellos Carlos de Condren, S. Vicente de Paúl, S. Juan Eudes y Juan Jacobo Olier.

Hay un misterio que ronda sobre el hecho de que la comunidad esencialmente sacerdotal no hubiera podido realizar plenamente su finalidad. Esa comunidad por una extraña debilidad de las obras humanas a pesar de su grandeza inicial no superada, se opacó en parte por el error de sus miembros que prefirieron entretenerse en una discusión sutil, y sobre todo empequeñecerse en una lucha por precedencia, en lugar de entrar abiertamente en el espíritu magnífico de su vocación.

Conviene para mayor inteligencia de este capítulo, importantísimo y distintivo de San Juan Eudes, hacer

122 -

RAFAEL GARCLA HERRIDROS

un rápido y somero recuerdo del modo cómo la Iglesia formó a través de los siglos a los que debían ser los continuadores de Jesucristo en su ministerio. En los tiempos primitivos los clérigos se formaron bajo la directiva, vigilancia y dirección de los obispos. San Timoteo y San Tito fueron instruídos y dirigidos por San Pablo; San Agustín fundó en Hipona una casa episcopal que llegó a ser célebre y que dió muchos obispos formados en ella e imbuídos en la misma idea de fundar obras semejantes en sus propias diócesis. El palacio del Papa Gregorio el Grande era a modo de un seminario donde sacerdotes y monjes vivían con jovenes que aspiraban al sacerdocio.

Luego la orden de San Benito abrió multitud de escuelas anexas a sus conventos donde se caldearon, durante siglos, generacions de jóvenes ambiciosos de vida sacerdotal y apostólica. Los concilios tenidos en Toledo de España en el siglo VI y VII dieron nuevo y fuerte impulso a la obra de la educación clerical. Esos concilios decretaron que se educara con cuidado a los niños y jóvenes, que se dedicaran al sacerdocio: que a la edad de 18 años se les separara, y se les promoviera a órdenes mayores a la edad de 20 años si perseveraban sus deseos. Hasta el siglo XIII no era ordenado ningún aspirante que no hubiera pasado al menos un año en las escuelas episcopales.

Viene después la época de las universidades, si muy gloriosa para la Iglesia, sin embargo dolorosa e inconveniente porque en ella cayeron en desuso las escuelas preparatorias al sacerdocio. Es la época de Salamanca, París, Bolonia, Oxford. En ellas se enseñaba por deslumbrantes maestros entre los cuales sobresalieron San Alberto el Grande, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, Escoto, todas las ciencias humanas especialmente filosofía y derecho y la ciencia

divina de la sagrada teología y la sagrada Escritura. En 1552 se hace tal vez el primer ensayo más cercano a lo que tenemos actualmente, en Roma, debido al empuje prudente y práctico y al celo de San Ignacio de Loyola, que con la creación del seminario germánico para la formación de los clérigos preparados a la lucha contra el protestantismo, ponía los primeros fundamentos del seminario moderno.

A los jóvenes no se les aceptaba sino a la edad de 18 años. Consagraban tres a la filosofía, cuatro a la dogmática y tres a la moral.

Posteriormente fué dictado el decreto del concilio de Trento, en el cual ordenaba a los obispos fundar en su diócesis (*singulae cathedrales*) un colegio en que los niños de doce años, nacidos de legítimo matrimonio y que dieran esperanzas de ser útiles al servicio de la Iglesia, fueran educados.

Después del concilio de Trento aparece la magna figura de San Carlos Borromeo, el verdadero reformador de la Iglesia de Dios. El trazó reglamentos donde estaba prevista y determinada con admirable sabiduría la dirección de un seminario. De modo que San Carlos puede ser considerado después del concilio de Trento como el mayor legislador de los seminarios.

Todo esto sin embargo no pasaba de ser empresas audaces. El decreto del concilio existía, pero eran rarísimos los obispos a quienes por una u otra circunstancia era posible realizarlo.

A tal punto se presentaba lamentable y luctuosa la situación que no puede un cristiano menos de estremecerse al leer las palabras que escribe Monseñor Bougaud, y que hemos transcrito arriba.

Tres sacerdotes: Vicente, Eudes y Olier se disputan el primer puesto en la realización práctica de la obra. Todos tres misioneros apasionados de las almas,

mas, todos tres auxiliados por el cardenal Richelieu. Para San Juan Eudes los seminarios eran ante todo -debemos declararlo- escuelas y academias de santidad destinadas a formar a los ordenandos en las funciones sacerdotales. Diferían pues de los actuales seminarios, aquellos fundados por Vicente de Paul, Olier y Eudes, en que los clérigos no se albergaban sino para prepararse inmediatamente a las órdenes sagradas. En ellos se recibía junto con los ordenados otros sacerdotes promovidos a algún beneficio y que deseaban aprender el modo de cumplir bien con los oficios a su cargo. Recibíanse también clérigos deseosos de hacer algún retiro espiritual. Pero el principal objetivo eran los estudiantes que seguían estudios en las facultades de teología.

El hecho de que en los seminarios mismos no se dieran las clases de teología, derecho, filosofía, etc., se explica fácilmente. Esas clases abundaban en todas las universidades de Francia fuera del seminario, además de que faltaban al principio personas bastante competentes. Pero poco a poco se formó ese personal y sobre todo se notó que era preferible para la unidad de pensamiento y para el prestigio mismo de los seminarios que en su propio seno se proveyeran los jóvenes de alimento intelectual a más del alimento espiritual y sagrado.

Respecto de los seminarios menores ni San Juan Eudes ni el señor Olier los tuvieron en cuenta. Aquél no creía conveniente que en su seminario se admitieran jóvenes estudiantes de humanidades ni siquiera de filosofía; para eso estaban los colegios. Esa educación humanística se suponía. «Pero se podrá admitir a los que estudian teología escolástica, sea que tomen las clases fuera de la casa o en ella

si ahí se les enseña». (George, Le père Eudes, pág. 155)

SAN JUAN EUDES

125-

Los jóvenes hacían sus estudios por lo general en las facultades de teología y, San Juan Eudes contaba que se llegaría algúndía a enseñar teología en su seminario. Los seminarios eran pues para la enseñanza practica y para el conocimiento de la mística del sacerdocio. El reglamento era más o menos el siguiente:

Levantarse a las cuatro y media desde la Anunciación hasta la fiesta ele san Miguel y desde este día hasta la Anunciación a las 5.

Media hora para vestirse y arreglar la celda. En ese tiempo se repasaba él tema de la meditación escogido la víspera.

Luego de rodillas se adoraba a la Trinidad y a Nuestro Señor, diciendo: Gloria Patri y Adorémoste, Cristo.

De cinco a seis en estío y de cinco y media a seis y media en invierno, la meditación.

Luego el oficio divino. En seguida la santa Misa, el desayuno y después clases en la universidad. A las 11 examen particular, almuerzo seguido de una corta oracion en la capilla. A la mesa se servia por turno. Durante la comida se leía la santa Biblia, el Martirologio en latín y en lengua vernácula algún libro «de edificación y de utilidad». En el recreo se barría, se arreglaba la huerta y se conversaba modestamente hasta la una.

Ala una, estudio de canto gregoriano y sermones. Después de las vísperas se iba a la universidad o se estudiaba en casa.

Además de esto cada uno debía leer diariamente de rodillas la Santa Escritura y hacer un cuarto de hora de lectura espiritual, lo mismo que un cuarto de visita en la capilla.

El primer seminario fundado por San Juan Eudes lo fué el 25 de marzo de 1643, simultáneamente con

126-

RAFAEL GARCIA HERREROS

la Comunidad que lo debía regentar. En 1647, el P. Eudes recibía autorización del arzobispo de Ruan de recibir clérigos de toda Normandía. De Caen paso el Padre Eudes a fundar en 1650 en Coutances, ciudad episcopal de la misma provincia arquidiocesana de Ruan. Ese seminario y esa diócesis tuvieron el honor de levantar la primera capilla que en el mundo se ha levantado al Corazón de Jesús y de María.

Vienen sucesivamente los seminarios de Lisieux, Ruan, Evreux y Rennes.

Además de la obra portentosa de los seminarios San Juan Eudes fué el apóstol del sacerdocio por medio de la fe. Estaban a él reservadas las grandes realizaciones esbozadas por el cardenal de Bérulle. El Padre Eudes pensó desde el principio que una fiesta especial consagrada al divino sacerdocio de Cristo sería de una gran utilidad para encender el aprecio y el conocimiento de la dignidad sacerdotal. Desde 1649 sometió a la aprobación de los doctores Basire y Le Moussu un oficio del sacerdocio compuesto por él mismo.

Monseñor Auvry lo autorizó en 1652 para su diócesis de Coutances donde se celebró por primera vez. Fué la primera fiesta sacerdotal litúrgica en la Iglesia. El oficio y la misa escritas por el gran apóstol son de una magnífica hermosura. Con entusiasmo se cantan en ella las grandezas, las virtudes, los deberes del sacerdocio católico. Con un arte y una piedad inspirados el santo desplegó ante los ojos de los sacerdotes las relaciones estrechas que unen su ministerio al del sacerdote por esencia, Cristo, así como al Padre y al Espíritu Santo.

El oficio del sacerdocio escrito por San Juan Eudes fué adoptado en San Sulpicio en 1660. Junto con el celeberrimo seminario del señor Olier otras casas

SAN JUAN EUDES

127-

religiosas también adoptaron el oficio y la misa del Santo, para cantar el adorable misterio del sacerdocio de Cristo. Escribió San Juan Eudes un gran libro *Memorial de la vida eclesiástica*, en que se destacan con un entusiasmo y un lirismo espléndidos las dignidades y los deberes de los eclesiásticos.

Al lado del magnífico volumen del *Memorial de la vida eclesiástica*, el santo escribió también: *Advertencias a los confesores*, *El buen confesor*, *El predicador apostólico*, *Tratado del Oficio Divino*, *El santo Sacrificio*.

EL REFUGIO Y EL BUEN PASTOR .

Al llegar, el hombre de correo a la casa de una pequeña comunidad religiosa de Caen una rapazuela corrió a recibir las cartas esperando quizá una para ella de su madrecita que la había abandonado y estaba en París.

No, hay carta para usted, niña, díjole el mensajero embozado en una capa vieja salpicada de escarcha; pero hay una para la hermana Taillefer, que viene de París.

La hermana Taillefer hacía las veces de superiora en aquella pobre casa. Era la carta de letra fea y enérgica muy conocida para ella, del Padre Eudes. La hermana que era joven, leyóla y ¡luego cayó de rodillas y así estuvo un rato. Después, personalmente tocó la campana y reunió la pequeña comunidad en el cuarto desmantelado que le servía de sala de conferencias y con su voz aguda y enérgica leyó la carta siguiente:

«Una alegría os anuncio, poneos de rodillas para recibirla. No de mi parte sino de parte del amabilísimo Jesús y de su santa Madre. Al fin, después de años de espera paciente, el miércoles 8 de febrero, fiesta del Santísimo Corazón de María fueron firmadas las le

132-

RAFAEL GARCIA HERREROS

tras de vuestro establecimiento por monseñor Molé de Bayeux, de modo que sois las hijas de la Reina del Cielo, y estáis obligadas a honrarla especialmente en su amabilísimo Corazón y a celebrarla de un modo especial. No temáis, pues, porque estáis fundadas sobre el Sacratísimo Corazón de la soberana Emperatriz del universo. No por obra de los hombres sino por intercesión especial del cielo. Todo vuestro, Juan Eudes».

La Hermana que leía cortó su lectura emocionada: estaban fundadas las hermanas del Refugio.

¿Cuándo los fundó el santo? ¿en qué momento de su vida tuvo la calma, el sosiego, para redactar las innovaciones constitucionales para organizar esta obra portentosa de dificultades y de bienes? ¿Durante sus luchas con monseñor Molé? ¿Durante sus misiones en medio de un trabajo absorbente? ¿Durante sus dificultades perpetuas con los jansenistas? ¿En medio de su brega por extender el culto de los Sagrados Corazones de Jesús y de María? Es un verdadero enigma.

En 1635-1636, San Juan Eudes predicaba en Caen y en toda Normandía renovando espiritualmente aquellas regiones y haciendo multitud de conversiones en todas las clases sociales.

A su púlpito elocuente se acercaban muchas mujeres que habían llevado vidas tortuosas apartadas de Cristo y entregadas al mal. Las pobres buscaban después de las pláticas al santo y le exponían su problema: no sabían ganarse la vida, todos las despreciaban y por otra parte no querían seguir por el camino del infierno. El misionero encontró algunas familias cristianas que hicieron la caridad de recibir a su servicio a algunas de esas jóvenes. Pero con la elocuencia y la gracia del predicador aquellas niñas desamparadas que a él acudían eran multitud y hubo

que pensar en organizar. algo más sólido. Una señorita, Magdalena Lamy, comprendió la trascendencia de aquella caridad y quiso secundar al santo.

En una casa de alquiler empezó la reeducación tardía de aquellas almas. Pero la obra funcionaba con muchas dificultades por la estrechez del local y por las angustias y gastos continuos que la iniciación de la empresa implicaba.

Un día, después de la plática de la misión, el Padre Eudes tomaba un corto descanso paseando por la salida de la ciudad en compañía del caballero Bernières, tesorero de Francia en Caen y célebre por sus buenas obras, y en unión con la señora de Camilly, notable matrona llena de piedad y de caridad. Cuando pasaron delante de la casa donde Magdalena Lamy cuidaba de aquellas infelices, oyeron su voz que tras una puerta les decía, llena de franca ironía: «a dónde vais? Seguro que a las iglesias a besar ladrillos y santos? Y os creéis muy devotos? No hay tal: no es ahí donde está la zorra... Lo que habéis de hacer en vez de todo eso es fundar una casa para estas pobres jóvenes que se pierden por falta de recursos y de dirección ... ».

Los paseantes rieron un momento de semejante recibimiento y luego caillaron. En sus almas se abrió paso la terrible verdad que encerraban aquellas palabras y ellas fueron una luz inesperada. El tesorero Bernières se encargó gustoso del alquiler de una casa mas amplia que la que ocupaban las pobres mujeres con Magdalena Lamy. La señora Camilly se comprometió en ser la proveedora de aquella casa y en ayudar con 40 sacos de trigo a la comunidad en ciernes. El padre Eudes se dispuso a enfrentarse a todas las dificultades que seguramente se presentarían en contra de semejante obra. De un vistazo pensó en obispos,

134 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

en jansenistas, en oratorianos, en calumnias, en abandonos. Pero por otra parte recordó sus propias palabras: «seamos animosos para formar grandes designios en servicio de nuestro amabilísimo Salvador y para emprender cosas grandes por su gloria, según nuestra capacidad y nuestra gracia». (Reino de Jesús, p. 241).

El Padre Eudes tomó bajo su cuenta organizar, planear, proveer, legitimar la empresa espiritual. No penso quiza que un día albergaría aquella comunidad incipiente 270.000 personas.

El primer cuidado del santo fué dirigirse a su amigo el obispo monseñor da Angennes. Le expuso el proyecto y los recursos con que contaba, entre ellos estaba la preciosísima ayuda de Margarita Morin, protestante convertida al catolicismo. La obra marchó al principio con extraña facilidad desconocida en las obras de Dios. Margarita tomó el hábito de la nueva comunidad el 8 de diciembre de 1641, pero al parecer tenía muy desarrollado lo que los teólogos ascéticos llaman «el sentido personal», el cual presenta a veces ciertos inconvenientes para la vida común. Ese espíritu se manifestó en la señorita Morin por su deseo terco de introducir en la congregación naciente las reglas de las ursulinas en lugar de la de San Benito que con muy buenas razones deseaba el Padre Eudes. Y tal fué su obstinación que hubo de retirarse y dejar huérfana la obra incipiente.

Ese año escribió San Juan Eudes a las religiosas la siguiente carta que es documento de actualidad siempre nuevo: «el diablo que se enfurece de todo lo que se hace por la gloria de Dios no dejará de desconcertaros y de haceros desistir de los buenos intentos, especialmente de los que habéis tenido y tenéis por la casa de Nuestra Señora del Refugio. Realmente se

desespera el demonio de que se le arranquen de sus mordazas a esas almas que le sirven para hacer perecer a otras muchas. Es el caso, hermanas, de que le hagáis ver que no tenéis menos entusiasmo por seguir al Divino Maestro, que ese desvelado espíritu tiene rabia contra El y contra las almas que le han sido rescatadas por su sangre... El demonio emplea tranquilamente treinta, cuarenta años para hacer caer un alma en el infierno, y cree que ese tiempo está bien empleado. No ahorremos nosotros tiempo, ni cuidado, ni dinero para destruir sus obras malignas. Aunque fuera impedir un sólo pecado mortal en la ciudad eso fuera mucho más que impedir todas las pestes, todas las aflicciones corporales, ya que el pecado mortal es peor que todos los males que se puedan concebir. Qué felicidad para vosotras ser escogidas de Dios y ser asociadas con El a la mayor de sus obras, a la redención del mundo. Librar a un Hombre de las manos de los bárbaros es cosa grande, pero librar un alma de la servidumbre de Satanás es más que libertar a todos los cautivos juntos. Por todas partes vemos hospitales para los cuerpos... ¿No es justo que haya también para las almas? Un alma valen más que mil mundos. Conquistarle a Dios un alma es más que conquistarle un millar de universos. No temáis ningún sufrimiento si por él apartáis de la impureza una sola alma. Sembrar, regar, es lo que debe hacer una obrera evangélica. Dios da el germinar... Cristo no dijo a los apóstoles, id y convertid el mundo, sino id y predicad».

Margarita Morin, hemos dicho, tenía sus puntos de vista perfectamente distintos a los del santo en algunas cosas de vital importancia, que la llevaron a retirarse de la comunidad en compañía de otras hermanas, pero es interesante y justo decir que la señorita

136-

RAFAEL GARCIA HERREROS

Morin fundó una casa de caridad en Bayeux y murió en olor de santidad: su inflexibilidad de carácter, de todo podía ser indicio menos de un alma débil o vulgar. Esta tormenta para el Refugio sucedió en 1654. Humanamente hablando, con la salida de la señorita Morin y de dos de las directoras la obra quedaba mortalmente herida. Pero quedó en casa la hermana Taillefer, que se dió cuenta de la gravedad de la obra, vió su responsabilidad ante las almas y ante Dios, y permaneció firme en medio de la borrasca salvando así la cuna de la comunidad.

El padre Eudes en tan dolorosa ocasión no halló mejor partido en el inminente peligro de fracaso que apelar a las visitandinas y pedirles prestada una superiora, que trajera a la nueva organización un espíritu y una fundación ya aprobadas.

Por consideración con el Padre Eudes, de quien había recibido muchos beneficios, le concedieron tres religiosas de las cuales la madre Patin fué nombrada Priora. Las visitandinas formarían novicias para la nueva comunidad, hasta que ésta estuviera apta para vivir de su propia vida, y para gobernarse por sí mismas. Sin embargo, las religiosas de la nueva orden añadirían a los tres votos ordinarios el de consagrarse a la obra de abnegación y celo que se había emprendido».

Por todas partes surgieron objeciones desconcertantes en contra de la empresa... ¿Cómo exponer a las jóvenes vírgenes al peligro, viviendo en una misma casa con pecadoras? El Padre Eudes no respondió: en primer lugar Dios estaba ahí que libraría a sus vírgenes de todo peligro, y en segundo lugar se tomarían providencias prácticas que apartarían todo riesgo. El vestido de las religiosas era un hábito blanco, símbolo de pureza, virtud que debían infundir a las

almas viciosas. Sobre sus pechos llevarían un corazón de plata con la imagen de la Santísima Virgen y del Niño en sus brazos, rodeado de un ramo de azucenas y de otro de rosas, símbolo místico del reinado de Jesucristo en sus corazones por la castidad, por la caridad, por la mortificación.

Hay a raíz de la fundación del Refugio, y en cierto sentido del Buen Pastor que habría de completar la obra maravillosamente, una parábola caída del cielo a los labios de María de los Vallées la cual la comunico como un divino y consolador mensaje a todas las hermanas del Refugio y a las que con un nombre no menos glorioso, el nombre del Buen Pastor continúan amplia y magníficamente la misma obra: «De mi parte decid a mis hijas: una Reina tenía muchas princesas por hijas... Una de ellas se perdió y por desgracia cayó en una hoyada sucia. Algunas personas caritativas la sacan, la limpian, la bañan, la visten de lino blanco, la adornan magníficamente y la devuelven a la reina madre que llara. ¿Cuál no será el reconocimiento de la Reina por ese servicio? Sin ellas su hija hubiera inevitablemente perecido... Pues bien, todas las almas son mis hijas... Las amo más que todas las madres del mundo. El pecado es la peor de las cloacas. Qué alegría me causan las que apartan y limpian y bañan y adornan a esas almas caídas antes. Decíles a mis hijas que todas sus acciones aun las más pequeñas me son muy agradables ... »

La obra marchó contra viento y marea desafiando toda clase de críticas, confiada únicamente en la voluntad manifiesta de Dios. Pero ella era un solo anhelo sin mayor consistencia mientras no existiera la aprobación de Roma, y en Roma ya los enemigos del santo se habían adelantado.

El Padre Eudes envió allí al Padre Manoury, quien

138 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

hizo el viaje a pie largas jornadas que indican la caridad siempre viva entre los dos institutos que poseen un mismo Padre, una misma mística y que unieron sus vidas en un principio, en una lucha indeciblemente difícil. El Padre Manoury no logró nada para las hermanas del Refugio. «Todos los vados, decía, se han tentado; hay que esperar ... » Esperar a que pasara la abundada de calumnias y de insidias que se habían hecho llegar hasta la misma cátedra de Roma.

Mientras tanto las pobres hermanas aspirantes temblaban de frío en su pobre casa de, Coutances [Caen] en aquel invierno de 1647.

Una tarde, después de comida, había anochecido muy temprano. La Madre Patin apenas dejaba ver bajo suxáido manto de abrigo, su pechera blanca de visitandina. La Madre era el tipo clásico de la abadesa, delicada, prudente, medida. Temblando de frío y con sus habituales achaques habló a las hermanas reunidas cerca de la candela moribunda. Allí estaban la Hermana Margarita Foy, taciturna y callada, aunque inteligente; la Hermana Asunción Eustaquio, de Taillefer, la Hermana Natividad Herson, jovencita de rostro alargado y blanco, entrada niña todavía al conirento por insinuación de su tío el Padre Eudes.

La Madre Patin no recordó esa tarde ninguna de las sabrosas anécdotas que sabía de memoria, leídas en las obras de su padre, San Francisco de Sales. Nada de eso, sino que con tono pesimista mientras chisporroteaba el resto de tronco con que habían calentado el invierno crudo, les dijo a las Hermanas:

-Francamente, hermanas, su servidora no -sabe hasta dónde vamos a ir... De Roma no aprueban esta comunidad: allá no admiten que unas religiosas vivan con jóvenes penitentes, con

mujeres inclinadas y acostumbradas a todos los vicios. Por otra parte Monseñor

SAN JUAN EUDBS

139-

de Bayeux, Molé, no acepta tampoco vuestra comunidad, él no se entiende con el Padre Eudes y se opone a su obra. Y yo realmente no le veo consistencia a esto. Esto es muy distinto de nuestro convento visitandino, tranquilo, sin un espíritu tan audaz como el que se le quiere dar a esta casa. De mi convento no quieren atraerse el disgusto de Monseñor Molé sosteniendo esta obra con mi presencia... Servidora se volverá a su convento... y servidora no sabe lo que harán ustedes... Esto es grave.

La Madre Patin calló un momento mientras afuera silbaba inclernente el Viento del invierno y adentro chisporroteaba magramente el fuego moribundo, no sin que alguna monjita poco valiente, de las que no hemos inentado, sacara su pañuelo para enjugar alguna lágrima de desconsuelo.

Pero felizmente quebrantó el silencio deprimente la voz optimista y alegre de la Hermana Taillefer:

-Pues yo me quedo, aunque me hiele y aguardo a que pase el viento de la tempestad... ¿Cómo nos vamos a ir? ¿Y las pobres penitentes? ¿Y las almas que quieren levantarse? ¿Y nuestra vocación? Me quedo aunque se acabe el calor de la estufa, aunque se nos hunda el piso de tablas pedridas. «Esta es una palma sembrada por Dios. Hay que cavarle profundamente, hay que cavar, hay que regar... Cavarla significa que las obras de Dios se fundan en el alejamiento y en la humildad. Cubrirlas de abono quiere decir que deben sufrir con paciencia, firmeza y constancia». Dijo esto la madre Taillefer inconscientemente sin recordar que estaba aludiendo textualmente a una carta del Padre Eudes hacía peco recibida en la casa.

Con esas palabras la madre Taillefer había salvado la obra. Tuvieron ellas el eco y el sonido heroico de

140-

RAFAEL GARCIA HERREROS

las palabras que han salvado las grandes empresas de un fracaso.

La madre Patin se quedó en silencio oyendo el viento que silbaba afuera y en el ruido del viento le llegó la voz de Dios, la voz del deber...

De un momento a otro Monseñor Molé cambió de parecer y firmó en 1651 la carta de institución y el contrato de fundación, el 8 de febrero, día del Sacratísimo Corazón de María; era evidente la protección de Nuestra Señora al instituto. Pero sobre todo quedaba firmado desde entonces un contrato de amor de parte de las religiosas con el Corazón de María.

El tenor de la aprobación de Monseñor Molé era así: «Deseando proveer a que este instituto tan santo y tan útil sea perdurable de modo que las religiosas que en él sean recibidas no desistan de su empleo tan caritativo, ordenamos y añadimos, con aprobación, por su puesto del Sumo Pontífice, que fuera de los tres votos ordinarios de religión hagan un cuarto, a saber, el de entregarse a la gran obra de Dios, con su gracia, a la conversión, instrucción y conducta de las jóvenes y mujeres que entraren a sus monasterios para cambiar de vida y hacer penitencia».

La madre Patin después de pasada la tormenta había vuelto a la naciente comunidad para continuar a su cabeza. En su ausencia había sido superiora la Hermana Taillefer que era simplemente

novicia.

La madre Patin era la mujer necesaria en tiempos de paz así como la indispensable en tiempo de borrasca era la joven Hermana Taillefer.

«Yo, hermana María de la Asunción Eustaquia Taillefer he celebrado por la gracia de Dios, hoy dos de junio de 1652, mis votos para vivir y morir en la congregación de Nuestra Señora de la Caridad... Quiera mi Salvador bendecir este día y hacérmelo provechoso

SAN JUAN J EUDES

1 4 1 -

para la eternidad ... » A pesar de tres siglos, a pesar de que de esta hermana no conozcamos su retrato, cuán suave, cuán agradable es su memoria valiente y generosa. A ella le debe la comunidad del Refugio y por consiguiente la del Buen Pastor su existencia.

La alegría que le causó al santo la profesión de la hermana no fué de larga duración. Bien comprendía que su vida debía estar unida al sufrimiento y a la cruz. Y vino la pesada cruz de verse separado por disposición de Monseñor Servien de las amadas hijas del Refugio. Monseñor instigado por los enemigos del santo le prohibió la dirección espiritual de aquellas sus hijas.

Las Hermanas de la comunidad escribieron al obispo una carta de una delicadeza perfecta en esta emergencia: «Monseñor, como suponemos que vuestra excelencia esté poco satisfecho en nuestra demora de escoger un padre espiritual, tomamos con todo respeto la libertad de confesaros nuestra irresolución sufriendo la mayor amargura al tener que resolvernó a escoger otro distinto director que aquel que hemos humildemente suplicado nos concedáis, que es el Padre Eudes. Nosotras bien comprendemos que con todo esto nos hacemos importunas pero preferimos pasar por ahí y evitar si es posible el dolor de dejar a nuestro Padre. Aparte de que el Padre Eudes es nuestro institutor, aparte del conocimiento que tenemos de sus méritos, estamos seguras Monseñor, deque no hay en la diócesis otro eclesiástico que lo sobrepase en afecto por vuestra persona.»

Después de la aprobación de Monseñor Molé vino el largo trámite que requería la aprobación de la comunidad en Roma. Fué enviado allí el Padre Bonifacio, hombre entendido en asuntos eclesiásticos y curiales. Meses pasó el delegado de parte del Padre

1 4 2 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

Eudes y de parte de la comunidad en busca de una aprobación que nunca llegaba. Mientras tanto se desarrollaba una interesante disputa entre el Padre Eudes y la Madre Patin que no comprendía la demora y que creía que estaba la comunidad lesionándose en sus intereses pecuniarios al sostener en Roma al mensajero que difícilmente lograba su cometido.

Al fin la Madre escribió al Padre Eudes una curiosa carta en que muy seria le decía que ella seguiría ayudando con dinero a obtener las bulas aprobatorias a condición de estar segura del éxito final.

El Padre Eudes quizás sonriendo le contestó: «Pero es posible que la Madre Patin tan virtuosa y tan cuerda siempre, salga ahora con ésta... Conque vuestros íntimos amigos se admiran de que se demore tanto un hombre en Roma encargado de estos asuntos? Ojalá que tomaran el puesto del señor Bonifacio, verían entonces cómo andan de despacio las obras en Roma, aun las más santas. Sepa también y que lo sepan los íntimos amigos que éste es uno de los asuntos más difíciles que se pueden ventilar en Roma, pues se trata del instituto de una nueva comunidad en que jóvenes vírgenes tienen

que aplicarse a la dirección de jóvenes arrepentidas que hasta ahora no ha sido presentada en Roma por nadie. Oh mi querida Madre, los santos jamás han excusado el dinero cuando ha sido necesario para las obras de Dios. Lo conseguisteis fácilmente para comprar la casa y lo vais a esconder para algo que es fundamento de la comunidad y sin la cual no podría subsistir?»

Al fin las bulas fueron concedidas merced a la intercesión del celeberrimo abad de Rancé, amigo del Padre Eudes, que había ido a la Ciudad Eterna en busca de la aprobación para su reforma de la Trapa. Obtenidas las bulas, ya la obra del Padre Eudes es

SAN JUAN EUDES

143-

taba coronada. No quedaba sino dejarla funcionar sola y que lentamente se extendiera por todo el mundo en su maravilloso anhelo de beneficio universal.

* * *

El 2 de enero de 1666 fué expedida la bula de aprobación por el Papa Alejandro VII para la comunidad del Refugio, en la cual se ratificaba el voto de entregarse al cuidado de las almas enfermas y débiles. El Padre Eudes estaba en París y escribió a la Madre Patin la siguiente carta:

«Amada Madre: os agradezco con todo el corazón la nueva que me dáis y de ella me alegro indeciblemente. Gracias infinitas a la Santísima Trinidad, gracias infinitas a nuestro adorable Jesús, gracias eternas a su Santísima Madre que es la nuestra. Gracias inmortales a todos los ángeles y a todos los santos especialmente a San Francisco de Sales. Bendiciones mil a todas las personas que han contribuído a este gran éxito. Alegrémonos en Nuestro Señor amadísima Madre, alegrémonos amadísimas hermanas y que estos favores del cielo nos animen a amar ardientemente y a servir a nuestro bondadoso Jesús y a su amabilísima Madre, por la práctica de sólidas virtudes especialmente de la humildad, de la obediencia, de la caridad y sobre todo el celo por las almas perdidas y abandonadas. Así es como podéis exteriorizar el amor hacia aquel que se ha sacrificado por ellas y el deseo que tenéis de agradar a su Santísima Madre».

La carta continúa entrecortada de agradecimiento, de alegría, de júbilo hacia Dios por el beneficio inmenso que parecía no había de llegar nunca.

144-

RAFAEL GARCIA HERREROS

El Padre Eudes había aguardado, había luchado durante 15 años seguidos y al fin había triunfado.

Dos años más tarde murieron la buena Superiora Patin y la noble y extraordinaria Hermana Taillefer, pero ya el árbol, la palma de que hablaba la Hermana María de los Vallées había arraigado, fortalecida por el propio vendaval. Durante la borrasca la Hermana Taillefer se había refugiado bajo sus débiles ramas y había abrazado mientras tanto contra su pecho a la ovejita perdida. Cada momento parecíales que el arbolito era arrancado de cuajo. Pero pasó la tormenta, arraigó la palma y ahora bajo su sombra se cobijan tranquilas multitud de almas.

De esta época en adelante no hay cosa extraordinaria acerca de las actividades del santo respecto de la fundación del Refugio, aparte de muchas cartas de dirección espiritual, de luces en todo momento, y de ayudas pecuniarias no pocas veces. Pero antes de cerrar lo que a San Juan Eudes se refiere es necesario copiar un artículo de su testamento que ha tenido una especial aplicación en la comunidad del Refugio, en las madres del Buen Pastor.

En el artículo X del testamento que el santo otorgó antes de morir escribió: «Con toda la extensión de mi voluntad me doy al amor incomprensible por el cual mi Jesús y mi bondadosísima Madre me han dado su Corazón de una manera especial y en unión de ese mismo amor doy ese Corazón como cosa que me pertenece y les ruego disponer por la gloria de Dios. Lo doy a la pequeña congregación de Jesús y de María para que sea su patrimonio, su tesoro, su porción principal, su ¡Corazón, su vida y su regla... Lo doy también a mis amadísimas hijas de Nuestra Señora de la Caridad».

Este artículo del testamento fué semilla que no se

SAN JUAN EUDES

145-

perdió sino que fructificó, espléndidamente, dos siglos después.

En 1805 una joven desde una costa de Noirmoutier miraba fijamente el duro oleaje del mar, descalza porque el agua salpicaba la peña donde se hallaba; con un vestido un tanto mojado por la brisa, la joven parecía no darse cuenta de nada en su contemplación del mar hirviente. Sentía una especie de anhelo no bien definido pero de todos modos grande como ese mismo infinito y sonoro piélago. La joven se llamaba Rosa Virginia Pelletier. No sabía lo que deseaba pero quería algo bello y magnífico en su vida y sobre todo amaba la tempestad y sentía un gusto extraordinario cuando de vez en cuando podía salvar alguna gaviota que cansada con la lucha contra el viento y golpeada por las olas se dejaba caer en la costa.

Rosa Virginia ya mayorcita estudió en Tours. A lo lejos, frente a su colegio se levantaba un convento del Refugio. Rosa muchas veces se había quedado mirando aquellos muros gruesos y antiguos, muchas veces había preguntado qué hacían allí las monjas y se le había contestado que se ocupaban en salvar las almas, en levantar las gaviotas desplumadas espiritualmente por el vendaval.

En 1814 entró Rosa en el convento del Refugio, el mismo que había fundado San Juan Eudes, aunque restablecido después de la Revolución Francesa. En él sobresalió por su energía, por su talento y sobre todo por su extraordinaria santidad. Fué designada como Superiora a pesar de su corta edad después de haber pasado por el cargo delicadísimo de Maestra de Penitentes.

Pero la Madre Pelletier tenía la obsesión del mar, del mar grande, tempestuoso, de las gaviotas temblorosas que había levantado agonizantes y soñaba algo

146-

RAFAEL GARCIA HERREROS

más grande. Soñaba con introducirle a la obra de San Juan Eudes algo que realmente le faltaba. Una administración centralizada que le diera más eficacia y más vuelo a sus empresas. La ocasión se presentó cuando la Madre Eufrosia fué nombrada superiora de la casa de Angers que en otro tiempo había ella organizado provisionalmente. Multitud de novicias llegaron a este convento de Angers atraídas por la santidad y por la caridad exquisita que allí se respiraba. Junto con este florecimiento de novicias la Madre Eufrosia aceptó valientemente algo que en el Refugio de Tours no se habían atrevido a realizar a pesar de estar determinado en las reglas de San Juan Eudes. La fundación de las Magdalenas, quiero decir, de un instituto para convertidas de la vida liviana que desean llevar vida religiosa y hacer penitencia.

Las novicias formadas por la Madre Pelletier tenían todas ellas un espíritu de conquista que les había infundido su maestra. De allí salieron otras fundaciones con nuevo aliento, con aspiraciones renovadas, conservando toda la tradición de santidad y de fervor que San Juan Eudes había infundido a

las primeras hermanas del Refugio.

Eran otros tiempos en 1835 y había que adaptarse a ellos. Las comunicaciones más fáciles que en tiempos de San Juan Eudes permitían pensar racionalmente en una comunidad que movilizara sus soldados a los puntos más necesarios o más desguarnecidos.

La casa de Angers llegó a ser casa Madre de la comunidad que se llamó del Buen Pastor y que cuenta con 349 monasterios, 39 provincias y con un personal total de 91.883 personas.

Era la obsesión del mar embravecido, el ensueño de grandeza, la ambición de salvar muchas almas que

SAN JUAN EUDES

147 -

había cristalizado magníficamente con la vida de la antigua Rosa Virginia Pelletier.

El testamento de San Juan Eudes en que dejaba a las Madres del Refugio su Corazón, el corazón que le había sido regalado por Dios, a saber, el de Jesús y de María, ese testamento estaba cumplido plenamente en el Buen Pastor.

Entre las almas que han tomado como cosa propia, y han aprovechado absolutamente la herencia de Jada por el Salvador, está en primera línea la extática, la incandescente Madre Sor María del Divino Corazón, en el mundo María Droste Zu Vischering.

Nacida en Munster en 1863 y muerta en Lisboa superiora del monasterio de Oporto, su amor al Corazón *de* Jesús fué increíble, apasionado, envidiable. Nada la arredró en su empresa, en su camino de ver consagrado el universo al Divino Corazón. Una pobre monja sumergida en un convento es quien mueve mil influencias hasta lograr que el Sumo Pontífice consagre el mundo al Divino Corazón, en 1899, El Sumo Pontífice se llamó el gran León XIII.

Imposible hacer mención de todos los heroísmos que Cristo en su Divino Corazón ha encontrado en las filas del Buen Pastor. Sólo hemos de decir que allá se ha tenido al adorable Corazón como cosa propia, como herencia magnífica legada por el santo.

¿Pensaría la hermana novicia Taillefer que aquella tarde fría de tempestad, su valentía iba a tener tales victoriosas consecuencias?

¿Supondría el Padre Eudes allá en su lucha contra todos los obstáculos a su pensamiento, que la palmera que tantos cuidados le pedía iba a ser tan frondosa e iba a aclar tales frutos?...

UN ORADOR PASMO DE SU SIGLO

Por las calles irregulares jalonadas de gradas se arrastra penosamente la procesión de la misión. Todas las casas están cerradas y sólo se oye el rumor de la gente que llora y que reza.

En medio de todos ellos el Padre Eudes sosteniendo en sus manos crispadas un Cristo y exclamando con profunda y comunicativa emoción: «¡Perdón, Señor, y misericordia!» A su lado mujeres y hombres, hijodalgos y caballeros, comerciantes y jueces, ricos y pobres, electrizados por la palabra elocuentísima del apóstol contemplan el denso humo de la hoguera en que se queman todos los libros malos y los cuadros obscenos.

Esta escena la vieron multitud de pueblos y de ciudades de Francia durante el fecundo y largo apostolado de 50 años del santo normando.

Si hay una cualidad, una tendencia, un distintivo en el ministerio de San Juan Eudes, es sin duda su aspecto como orador religioso. Tenía la noción clara y gloriosa de lo que es y debe ser un orador sagrado; de la dignidad eterna de la palabra sagrada, y poseía un maravilloso connubio de las cualidades que hacen al orador de la cátedra cristiana. Para San Juan Eudes, como para Santa Catalina de Sena, la predica

152-

RAFAEL GARCIA UERREROS,

ción es «la administración del sol». La palabra de Dios espléndida y eficaz: hablar de parte de Dios y hablar acerca de Dios.

Extraño concepto éste en una época como aquella del siglo XVII.

Para comprender y apreciar en su justo valor el esfuerzo y el mérito de San Juan Eudes conviene saber lo que era la predicación en aquellos tiempos. Maynard lo ha resumido en su vida de San Vicente de Paúl. Cuenta aquel escritor que los predicadores de ese tiempo tenían una verdadera manía de citar a los antiguos. Y no se oía sermón que no fuera un verdadero surcido de ideas y palabras heterogéneas. Figuraba Virgilio al lado de Moisés, Hércules cerca de David. Ocasiones había en que una frase comenzaba en francés, se continuaba en latín e iba a terminar en griego. Además de esta erudición todo el discurso y el gesto estaban llenos de afectación y amaneramiento, verdadero laberinto en que se perdían predicador y auditorio. Historias apócrifas, figuras y comparaciones cuya interminable abundancia sólo competía con su pésimo gusto.

Nos sería absolutamente imposible creer la degeneración del estilo y la profanación de la cátedra sagrada si no lo supiéramos por los historiadores perfectamente fidedignos y por críticas absolutamente fundadas de los contemporáneos.

Por curiosidad copiamos lo que el Padre Isla (1) pone en boca de uno de los predicadores del siglo siguiente, aunque tal vez no sin visos de exagerado. Es el exordio de un sermón sobre la Virgen del Carmen. «Fuego! fuego! fuego! que se quema la casa.

(1) Fray Gerundio de Campazas.

Domus mea, domus orationis vocabitur. Así lo digo porque tocar a fuego y tocar a muerto es una misma cosa, como dijo el discreto Pisinelo! Lazarus amicus noster dormit. Señores! Agua! que se abrasa el mundo. Quis dabit capiti meo aquam! La intellineal: qui erant in hoc mundo. Pagino: Et mundus eum non cognovit. Pero ¿qué veo? Ay, cristianos, que se abrasan las almas de los fieles y sirven de yesca a las voraces llamas de derretida pez: requiescant in pace, id est in pice, como lo expone Atablo.

Fuego de Dios! Cómoquema! Ignis ad Deo illatus. Pero albricias! Que ya viene la Virgen del Carmen a librar a los que trajeren su devoto escapulario. *Seapullis suis.* Dice Cristo: favor a la justicia; dice la Virgen: válgame la gracia. Ave María! ... »

Entre los títulos de los sermones de la época se hallaban las extravagancias más indefinibles: «ciencia de la ignorancia en la sabia ignorancia de la ciencia». «Elección de la rectitud para rectitud de la elección».

Todos o la mayor parte de aquellos sermones, tanto en España como en Francia «eran retruécanos, paloteo de voces y triquitraque de palabras».

En España comenzó la gran reforma de la predicación el maestro Juan de Avila, y en Francia, San Francisco de Sales y luego el cardenal de Bérulle. Este sintetizaba la esencia de la predicación en estas palabras admirables: «actualmente, cuando Cristo esta en el cielo, busca un espíritu, un corazón, una lengua para anunciar su palabra y su verdad a las almas, y esa lengua es vuestro espíritu, vuestra lengua, vuestros corazones para haceros órganos suyos, y servir así sus santas operaciones.»

Las oratorianos no predicaban sino el Evangelio. Prohibido les estaba citar a los paganos y en cuanto

154 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

a los Padres de la Iglesia sin dejar de hacerse eco de su enseñanza, no los debían citar sino discretamente. Pero sobre todo debían apartar las flores y adornos exagerados con que los predicadores de la época bastardeaban la palabra divina.

San Juan Eudes tenía la noción definitiva y nítida del predicador: el hombre que lleva un mensaje apremiante y angustioso a este inmenso desierto del mundo. El sabía que así como un ruiseñor es capaz de despertar todo un bosque dormido, así también un predicador con entusiasmo y con fe en lo que predica, es capaz de animar y resucitar un mundo.

Insistía él especialmente en la misión sobrenatural del predicador. Su fin es el de formar a Jesús en los corazones: «los predicadores son los ángeles encarnados del Señor, los mensajeros del cielo, heraldos de la Trinidad, trompetas del Padre Eterno y embajadores del Hijo de Dios, órganos del Espíritu Santo, y cooperadores de Dios en la obra de salvación universal».

El éxito y la base de la predicación es el silencio: *silentium pater predicatorum.* En el silencio y en el desierto prendieron las flores de Cristo; allí se tallaron las piedras angulares con que se levantó la ciudad de Jerusalén, deque habla el Apocalipsis. En el silencio se plasman las grandes almas: porque él concentra el espíritu en una idea y sólo las ideas son energía.

En el silencio acopió Juan Eudes todo el secreto de su elocuencia inmensa. Su formación en San Honorato fué de una grande, fecunda soledad. Después de ordenado en diciembre de 1624 [1625] Juan Eudes estuvo en una casi total soledad y retiro a causa de cierta enfermedad. Este retiro duró dos años y en él se dedicó exclusivamente a la contemplación que luego había

SAN JUAN EUDES

155-

de comunicar a sus oyentes: *contemplata aliis , tradere.*

Allí, sólo con Jesucristo se ofrecía sin cesar a El para ser instrumento de misericordia con los pecadores; se consagraba y se entregaba a su servicio y juraba en aquella soledad y en aquel retiro darse totalmente a la extensión del reino de Dios sobre la tierra.

Repartía el tiempo en meditación y en estudio de la Sagrada Escritura, la cual debía ser la fuente de su apostolado hablado. De la Sagrada Escritura habría de ser más tarde la materia principal de sus discursos, de ella tomaría su vocabulario, sus ejemplos, y en ella habría de beber la eficacia de su palabra.

Armado como atleta, denodado con las armas de la palabra divina, abroquelado, con un largo, y fecundo silencio, defendido por la santidad más probada de vida, Eudes se lanzó a la lucha por la verdad, por las almas y por Cristo durante cuarenta años de ministerio. Más de cien misiones, algunas de las cuales duraban varios meses, multitud innúmera de sermones, conferencias, exhortaciones, pláticas, fueron el fruto fecundo y eficaz de su celo incontenible e incontenido.

Su palabra divina se levantaba apocalíptica y trágica en contra de toda clase de vicios y pecados, tanto de las clases altas como de las clases humildes. A los hijos de la nobleza no tenía inconvenientes en enrostrar sus libertinajes y sus pasiones no refrenadas, especialmente el vicio del duelo. En una de aquellas misiones se hizo una procesión final con el Santísimo Sacramento como era de costumbre, y en ella alcanzó el santo a divisar un caballero que miraba pasar el Santísimo de pie, con semblante arrogante e incrédulo. Verlo y trónar con voz poderosa: «arrodiílese miserable

156-

RAFAEL GARCIA HERREROS

gusano de la tierra, porque está pasando el Rey del Universo», fué todo uno.

En 1663 lo vemos evangelizar la diócesis de Saint Malo. Allí fué mal recibido, porque, como él escribía: «los unos me han dicho que soy el precursor del anticristo y otros que soy el mismo anticristo en persona; algunos dicen que soy un seductor y un diablo. Todo lo cual no es sino rosas: las espinas que me punzan el corazón son las almas que me rodean a veces hasta ocho días sin poderse confesar aunque somos diez confesores».

En 1637 misionó en Ri; en 1642, acompañado de más de treinta sacerdotes trabajó en Ruan durante más de tres meses. Allí fué nombrado por letras patentes de Monseñor Harlay, jefe de todas las misiones de Normandía.

La misión de Valognes presentó especiales dificultades por el espíritu frívolo y burlón de sus habitantes en aquella época. Era Valognes en tiempos de San Juan Eudes cabecera de distrito y se ufana de haber sido testigo del paso de César. Cerca de cuarenta mil personas asistían a los sermones del santo que predicaba detrás del castillo de la ciudad.

La multitud de campesinos y aldeanos se apiñaba respetuosamente a oír al santo varón. Un día

mientras hablaba Eudes, un atronador chubasco se desató en las cercanías de la plaza, donde escuchaban las gentes la palabra divina. Todos se disponían a huir y guarecerse, pero el santo predicador les predijo que de ningún modo serían incomodados. Así fué: la tormenta mugidora y terrible no se atrevió a mojar a ninguno de los oyentes aunque alrededor de la plaza llovía torrencialmente.

También sucedió en esta misión de Valognes algo que no carece de cierto interés. Había en el pueblo

SAN JUAN EUDES

157 -

un grupo de señoritas un tanto desocupadas y presumidas que se las daban de sabihondas. No había predicador que llegare al pueblo a quien no le hicieran la más terrible crítica. Sentadas en los escaños cercanos al púlpito, figaban irrespetuosamente al ministro de Dios. Cuando algo no sonaba bien en sus oídos curiosos, todas se hacían señas y comenzaban a burlarse descaradamente. A tal punto había llegado la audacia de las señoritas que ya era una verdadera rareza que alguno se atreviera a predicar. Las damas no sedieron cuenta de que con el siervo de Dios no podían hacer lo mismo que con los demás predicadores y empezaron su chanza acostumbrada. El santo comisionó al P. Manchón que las refrenara y ese hombre muy inteligente y listo se encargó de hacerlo con gusto. Después de conciliarse la atención absoluta del auditorio el predicador continuó en estos términos: «todos saben, señores, la fama de que goza vuestra ciudad que encierra en su seno multitud de personas distinguidas por su nobleza y su cortesía y por la extensión de sus conocimientos especialmente a lo que toca a la literatura y al buen gusto. Pero tiene vuestra ciudad algo que me parece francamente peregrino, porque en el bello sexo y entre tantas personas que se dedican a las bellas artes existe un grupo de doncellas que hacen alarde continuo y no justificado de notable discernimiento. Desgraciadamente les falta a las señoritas un jefe que presida sus reuniones y esto me ha traído la idea de insinuarles uno que les conviene notablemente. Cavilando he hallado que nada mejor sería para presidenta de su asociación que la burra de Balaam..»

Todos, continúa el cronista, aplaudieron al orador menos las doncellas aludidas que quedaron profundamente confusas y no volvieron a alzar la cabeza

158 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

desde entonces. Esta misión concluyó como todas las otras con un auto de fe. En la mitad de la plaza se levantaba una gran pila de libros malos y se les prendía candela. Con los libros venían los malos cuadros.

El barón de Renty, de quien hablaré después, daba de la oratoria de San Juan Eudes el siguiente juicio: «sus sermones son rayos y centellas que no dan reposo a las conciencias. Habla piadosa, santa y fuertemente». Y relatando una misión del santo se expresaba así: «parecía el día del juicio, más de doce mil personas seguimos los ejercicios de la misión».

Todo en el hombre de Dios ayudaba en el éxito de la gracia, su bellísima voz, su rostro varonil y severo, su imaginación, su facilidad de expresión, pero sobre todo «un intransigente amor a los derechos divinos».

En Beaune existía la perniciosa e irrespetuosa costumbre de mezclarse todos los jóvenes y las muchachas en la Pascua cantando aleluya y profanando la canción *Oh filii et filioe*. Aquel canto se volvía una verdadera locura, un escándalo, desde la iglesia, que se iba a continuar burdamente en las calles. San Juan Eudes dejó que se empezara el desorden anual y luego subió al púlpito. Con su voz

magnífica domina el tumulto y exclama: «Los ángeles y los arcángeles, los poderes y las dominaciones, los querubines y los serafines que son más puros que el sol y que jamás han osado ofender a Dios tiemblan sin embargo ante su poder. Y vosotros, criminales podridos mil veces de manchas y de vicios, entráis y os comportáis en el santuario de Dios sin ningún temor, vosotros, con las manos ensangrentadas con la sangre del Hijo único de Dios no palidecéis, no os avergonzáis, no tembláis sino que venís a charlar y a reír y a tomar posturas indecentes para ultrajar directamente a Dios y encen

SAN JUAN EUDES

159-

der el fue go de su cólera contra vosotros. El os ve y, El os considera y El os soporta por un tiempo, pero sabe que estáis amasando cólera, castigo y maldiciones que se han de precipitar como un rayo sobre vuestras cabezas...

Parece que vinieran a la iglesia a protestar, a abjurar de las promesas hechas en el santo bautismo de renunciar a todas las pompas y vanidades. Oh desvergüenza, oh impudicia, ver a cristianas presentarse ante Jesucristo coronado de espinas, despedazado a golpes y azotes, dislocado y crucificado, cubierto de sangre, verlas digo, vestidas con las pompas de Satanás, con las armas de la vanidad y de la impureza, volviendo a coronar de espinas, volviendo a crucificar a ese Dios de quien ellas reniegan».

El señor Olier (1608-1657), celeberrimo fundador del Seminario de San Sulpicio llamó a San Juan Eudes para predicar en el barrio de San Sulpicio.

«No creo -se expresaba después- que hubiera en Francia en aquel tiempo uno que poseyera en más alto grado el don de anunciarla palabra de Dios y de obrar grandes conversiones como ese hombre de Dios que era en verdad la maravilla de su siglo». San Vicente de Paúl escribía a cerca de San Juan Eudes: «algunos sacerdotes de Normandía han venido a París a predicar una misión cuyos frutos son admirables». San Juan Eudes no temió nunca anunciar la palabra divina a los grandes. Aquellos grandes de Francia del siglo XVII que dejaron también cuentas pendientes con la historia.

No era su elocuencia la genial y un tanto cortesana de los Bossuet sino la elocuencia de la verdad dicha sin eufonias y sin palliativo. Ante la reina Ana de Austria predicó muchas veces y aquella señora, indigna tn su vida privada y en su vida pública, gustaba

160-

RAFAEL GARCIA HERREROS

sin embargo de oír la palabra ardiente y sincera de Eudes. «Es una cosa deplorable, señora, con ágrimas de sangre ver perecer tantas almas que han costado la preciosa sangre de Jesucristo y ver cómo el mal crece y cuán pocas personas trabajan por impedirlo. Cuando se trata de los intereses temporales de un príncipe o de los reyes del mundo ¿qué no se haga? Pero los intereses del Monarca del Universo son abandonados. En vano nos matamos nosotros gritando en las misiones contra multitudes de desórdenes existentes en Francia y por los cuales Dios es extremadamente deshonrado y ofendido. Yo estoy seguro, señora, que si quisiérais emplear el poder que Dios os ha dado podríais hacer mucho más por la destrucción del mal que todos los misioneros juntos... Queréis saber cuál es el gran medio pararemediar esta catástrofe? Os lo diré sin ambages. Es proveer a las diócesis de buenos Obispos, porque buenos obispos harán buenos curas y éstos formarán buenos cristianos. Esa es vuestra mayor obligación y ese el mejor beneficio que le podéis hacer a la Iglesia. De tal gravedad es el asunto que es necesario que vos, señora, lo atendáis personalmente y no lo dejéis al cuidado ajeno». (Mazarino).

Hay que saber lo que era la inaccesible majestad de las reinas de Francia en aquella época para calcular la audacia santa del misionero al hablar con esta princesa. La reina, al escucharlo un día hablándole con esta sinceridad absoluta, hizo, el siguiente comentario: «Así se debe predicar. Los que nos adulan nos enganan; debieran decirnos la verdad sencillamente. Yo lo escucho con gusto porque nunca me ha adulado y porque siempre me ha dicho la verdad sin respeto humano».

SAN JUAN EUDES

161 -

«El Padre Eudes no procede como otros que sólo gustan agradar y sólo están a caza de aplausos.»

Donde refulgió con su autoridad sobrenatural, con su indomable audacia, con su encendido ardor el santo misionero fué en las grandes misiones de San Germán del Prado y de San Germán en Laie y de Versailles. Luis XIV estaba en todo su apogeo; su corte era la más brillante y la más vanaque la historia haya conocido. Tal era el auditorio mundano y refinado ante el cual tenía que enfrentarse el hombre de Dios con su austero bagaje de verdades terribles, de dogmas rígidos e intransigentes.

Podemos, gracias a una carta de un contemporáneo, escrita al día siguiente de la misión, revivir aquellas horas triunfales para la verdad y la virtud cruelmente ultrajadas por los escándalos de la época.

El gran sermón duró hora y media. Presente estaba la reina madre Ana de Austria. San Juan Eudes explicó ante ella que la salvación del pueblo y de sus majestades estaba en extirpar las herejías: la antigua, el calvinismo, y la moderna, el jansenismo: en reprimir el lujo que era la causa de todos desórdenes. Arremetió contra los expletadores del pueblo, los magnates que vivían en grandes y espléndidas mansiones mientras el pueblo de Francia moría de hambre. Habló en aquella ocasión de Mazarino... ¿Qué diría el santo del ministro? No lo sabemos. Pero seguramente su virtud y su libertad se opondrían a que el elogio lisonjero fuera a opacar o a manchar el brillo de la verdad y de la religión deshonrada por el sucesor de Richelieu.

Después de la función de la abadía de San Germán, la reina con todas las princesas fueron al claustro del seminario de San Sulpicio donde se había levantado

162 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

un preciosísimo monumento para la procesión con el Santísimo.

La Duquesa de Aiguillon desplegó allí todos los brocados y las riquezas del difunto cardenal Richelieu; la duquesa de Orleans, de Condé y de Conti habían traído también todo lo más precioso que tenían en sus palacios para adornar el regio altar. El trono de su Divina Majestad se elevaba sobre doce gradas en las cuales se fueron colocando de rodillas todos los eclesiásticos en número de quinientos. Todos ellos revestidos de riquísimos ornamentos y con un cirio en sus manos. La reina se colocó en la parte de abajo en un magnífico reclinatorio. San Juan Eudes cuando vió a toda la nobleza de Francia a los pies de su Señor adorado, tomó la sagrada Custodia en sus manos y sobre la alfombra de corazones que lo miraban extáticos exclamó con maravillosa elocuencia: «Vosotros todos, los que gritásteis entusiasmados hace poco cuando entraba vuestro monarca temporal y vuestra reina a la ciudad: ¡viva el rey y viva la reina! y llenásteis las calles con aquellas palabras de fidelidad y de amor, vosotros debéis gritar ahora con toda vuestra alma ante el Rey inmortal, ante el soberano monarca de todo el universo: Viva Jesús, viva Jesús».

Y de aquella multitud electrizada y transportada brotó el grito más sincero entrecortado sólo

por un llanto imposible de disimular: ¡Viva Jesús! Aún la reina profundamente emocionada gritaba ¡viva Jesús! y no podía contener sus lágrimas.

Aquel grito brotado de las entrañas mas puras de todos los asistentes se extendió por toda la ciudad y se prolonga aún a través de trescientos años hasta nosotros porque los hijos del Santo al saludarse no dicen otra palabra que: ¡Viva Jesús!

SAN JUAN EUDES

163-

El santo predicador no tuvo es cierto la majestad genial de Bossuet ni la delicadeza de Fenelón. No hay que buscarle par en la oratoria retórica y brillante. Su puesto se alinea entre los grandes apasionados de Jesucristo cuya elocuencia brotaba de lo más íntimo y de lo más fuerte del hombre, la profundidad, del corazón. San Vicente Ferrer, San Pedro Fourier, San Bernardo son sus compañeros de elocuencia.

OPORTET GLORIARI IN CRUCE

«La bondad infinita de Nuestro Señor Jesús, y la caridad incomparable de su divina Madre nos han hecho muchos favores... Pero uno de los más grandes y quizá el mayor de todos es el de haber fundado nuestra congregación sobre la cruz. Porque, de veras quien podrá decir todo lo que ha habido que sufrir, de todos modos, de todas partes por ese motivo durante treinta y tres años? ¿Acaso no hemos sido abandonados durante algún tiempo de nuestros mejores amigos? ¿No hemos sido tiznados y desacreditados con una infinidad de infamias, de calumnias, de libelos infamantes?

¿No vimos todos los poderes temporales y espirituales armados contra nosotros para destruirnos? ¿El mundo y el infierno no hicieron acaso todos los esfuerzos para aniquilar nuestra comunidad naciente? ¿Pero qué pueden todas las fuerzas del universo reunidas contra un gusano de la tierra, contra un átomo, si ese gusano, si ese átomo pende de las manos de Dios y de la omnipotencia de la Reina del cielo?

Aquí está la prueba: todos los medios empleados para destruir esta fundación no la dañaron, la fortalecieron, la beneficiaron. Cuanto más una obra

participa de la cruz de Cristo, tanto más se beneficia de las gracias que de ella poseen. Nos gloriari oportet in cruce Dni. Nostri J. C. per quem salvati et liberati sumus. Ipsi gloria et imperium in aeternum».

Este es el resumen sangriento de la vida de San Juan Eudes y de la existencia de su comunidad. El padre Bourgoing, superior del Oratorio desde la muerte del padre Carlos de Condren, había recibido las súplicas del padre Eudes respecto de la formación de sacerdotes y de la erección de seminarios, pero, no había querido o no había podido realizar los legítimos deseos del santo sacerdote.

Cuando supo que se había retirado de la comunidad, fueron las cartas, las exhortaciones y las más exageradas promesas. El Padre Eudes había sufrido antes demasiado el mal: sabía que ya el Oratorio estaba muy enfrascado en la aventura jansenista para tomar en serio la obra y el deseo primitivo del cardenal de Bérulle.

Y estaba también sostenido por una fuerza íntima, por el convencimiento pleno de que era la voz de Dios, de que era voluntad divina lo que iba a hacer.

Aquel hombre era de granito cuando se trataba de la voluntad divina. Podía volverse pedazos el mundo, podía quebrantarse el alma pero cumplía inmovible la adorable voluntad.

Los padres del Oratorio, en cuyo supremo consejo, ya lo hemos dicho, había dos jansenistas francos, tomaron las represalias con el «tránsfuga, con el ambicioso, con el expulsado, rayándolo de los catálogos de la sociedad». Estos fueron los nombres que le dieron al que hasta entonces fué uno de los miembros más importantes de la comunidad.

El Padre Eudes soportó en silencio toda aquella avalancha de injurias, pero no perdió tiempo: obtuvo aprobación para su comunidad de los obispos de Lisieux y de Coutances.

Estas diligencias las hizo a su regreso de su misión de Valognes. Monseñor Matignon escribió a Urbano VIII pidiendo la autorización de la nueva comunidad. Por su parte el padre Eudes personalmente fue a París en busca de la aprobación real. El gran Vicente de Paúl que gozaba de gran influencia en la corte lo presentó, pero nada se logró aquella vez. Nadie quería malquistarse con la poderosa comunidad del Oratorio.

Roma por su parte iba lentamente. El 21 de junio de 1651, el Padre Santo se dirigió al Nuncio Pontificio en Francia para ser informado. Mientras tanto los enemigos del santo, que eran todos los jansenistas y muchos oratorianos, aprovecharon el tiempo para difamar al Padre Eudes. Este, sin dineros, sin esperanzas humanas, todo lo aguardaba de la Providencia y Esta no lo abandonó.

Se encuentran en el archivo nacional de Francia tres libelos contra el santo fundador que nos dan idea de lo que fué la tormenta que se desató por aquella época. «El señor Juan Eudes habiendo sido recibido mozo en la congregación del Oratorio, habiendo en ella aprendido lo que sabe, se ha separado después de abusar de los cargos y empleos que se le habían confiado sólo por obrar sin dependencia de nadie. Y ahora mueve cielos y tierra con el objeto de llegar a ser jefe independiente y general de alguna compañía que pretende establecer so pretexto de seminario ... » Copiamos otra carta llena de sofismas y exageraciones para darnos cuenta de la lucha desigual que tuvo que sufrir el fundador para salir airoso de su empeño:

170-

RAFAEL GARCIA HERREROS,

«En el oratorio adquirió (el padre Eudes) todos los talentos y buenas cualidades que lo han hecho considerable desde hace algunos años. Todos sus principales amigos eran amigos del oratorio y no se ligaron con él sino como miembro del Oratorio cuando trabajaba con bendiciones en el ejercicio de la congregación del Oratorio de Jesús. Y ahora, después de los beneficios de una tan santa vocación, después de haber recibido tantos testimonios de amor y de caridad, después del éxito que ha querido Dios darle en sus trabajos, dentro de la compañía, en lugar de considerar... han venido a él algunos pensamientos humanos de que si fuera libre y señor absoluto de su propia obra haría mucho por la gloria de Dios.

Con lo que se ha añadido el haberse juntado con algunas personas de piedad que impresionadas por ciertos proyectos y por ciertas revelaciones falsas ha resuelto hacerse independiente y erigir una congregación como el Oratorio cambiando sólo el nombre para ocultar la realidad ... »

San Juan Eudes contestó con el silencio y la perseverancia en su proyecto. Delante de Cristo crucificado se desahogaba de todas sus íntimas penas, de verse abandonado por muchos de sus antiguos amigos y sumido en mil angustias íntimas y exteriores. Pero sentía la tranquilidad de estar cumpliendo una misión divina y la satisfacción de estar participando de los dolores y sufrimientos de Cristo.

El barón de Renty defendió al padre Eudes aunque sin ningún resultado. Aun al superior del oratorio en Caen le escribió la carta siguiente en 1646: Reverendo Padre: He sabido que os ha llamado mucho la atención que yo haya escrito en favor del padre Eudes. Mi estima para vos y para vuestra santa compañía no permiten demorar la justificación de mi conducta.

Mientras oía hablar de una comunidad que pudiera tener diferencias con la vuestra, no gusté del empeño, pero ahora que veo sacerdotes reunidos que desean con el padre Eudes o sin él servir a la Iglesia según la intención del Concilio de Trento, en un seminario, quisiera yo contribuir a esa obra en todas las diócesis del mundo si me fuera posible. Y aunque vuestras casas se multiplicaran, todavía quedarían muchas necesidades espirituales a qué atender sin tener para qué ocuparse de los demás... Ojalá todos profetizaran... Con tal de que Jesucristo sea anunciado, esto es lo principal. He conocido los grandes talentos del padre Eudes en los empleos que le he visto y los grandes frutos que pueden dar también sus compañeros. Esto sin mermar el aprecio que le tengo a otros servidores del Señor.

Lo que sí me extraña es que vos digáis que el Padre Eudes tiene todo lo que sabe de vosotros y que va a distribuirlo lejos de vosotros. Perdonadme, padre, si os digo mi parecer, que por otra parte lo aprendí del padre Condren: sería una máxima gracia para la Congregación del Oratorio si pudieran dar multitud de buenos obreros a la Iglesia y dar miembros de su cuerpo para llenar útilmente puestos en la jerarquía! ... Yo sé que muchos lo hacen sin separarse de la Congregación.

Pero como hay toda libertad, no es ningún pecado el hacerlo partiéndose de ella, ni tampoco creo justo denigrar al que quizá ha tenido serios motivos para obrar de ese modo. Digo «quizá» porque sólo Dios conoce el fondo del corazón humano. - *Gaston de Renty*».

En 1647 murió Monseñor d'Angennes, obispo de Bayeux. Este obispo había sido el dique contra el cual se habían quebrado todas las persecuciones injustas levantadas en contra del padre Eudes y de su obra.

172 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

El padre quedaba solo con su esperanza en Dios y cara a la tormenta.

Hay un retrato característico del santo en aquella época atormentada y fecunda de su vida: Sus rasgos son duros y tranquilos. Todo el rostro es hecho de aristas prominentes. Los labios se aprietan duramente, los ojos tienen un brillo especial hecho de fortaleza y de dolor. Es el hombre que sufre sin quejas, pero que persiste en su obra tranquilamente y está resuelto a persistir cincuenta años todavía si Dios se digna concedérselos.

La primera embestida en contra del santo se hizo estando vacante la sede de Bayeux, por el capítulo catedral influenciado torcidamente. Se le retiraron los poderes al santo misionero para trabajar en la diócesis.

Este año fué nombrado como sucesor de Monseñor de Angennes, monseñor Molé.

Mgr. Molé tiene un nombre en la historia.

Nacido de una noble familia, abrazado al estado clerical, fué nombrado obispo por Mazarino que deseaba captarse las simpatías de su padre. Este era amigo de Saint Cyran y tenía una tendencia notable al galicanismo. Cuando el padre Eudes quiso ir a saludarlo, ya sus enemigos se le habían adelantado. Monseñor lo recibió fríamente, con frialdad que hacía presentir una posterior y abierta hostilidad. El electo obispo no carecía de méritos: era hombre de virtud y de buenos estudios. Pero tenía un carácter impresionable y débil. Era del primero que llegaba, y los primeros en llegar fueron los jansenistas y los oratoria, nos disgustados por la salida de su comunidad del padre Eudes. Monseñor Molé, hombre que no olvidaba fácilmente y que perseguía incansable a los que no

eran de su cariño, hacía sentir continuamente su autoridad.

Por eso no vio con buenos ojos las diligencias que el padre Eudes hizo por conseguir la aprobación de su instituto de parte del rey y de parte de Roma.

Su hostilidad se cebó en las dos principales obras del santo: la comunidad de las Hmas del Refugio, obra magnífica fundada por el padre Eudes en 1641 y contra la comunidad de Jesús y de María.

El padre Eudes hizo gestiones en París y en Normandía y logro letras patentes que aprobaban por la autoridad real su comunidad. Esto exasperó a Monseñor Molé a punto extremo de modo que no quiso aceptarlo siquiera en una audiencia en que el sacerdote deseaba darle explicaciones. Más tarde el padre se dirige a Monseñor Molé con un memorial en que deshacía todas las acusaciones contra él levantadas. Monseñor ni siquiera se dignó leerlas. Pocos días después vino la prueba durísima de la condenación del Padre Eudes. Expulsado de la diócesis, le fué cerrada la capilla a su seminario de Caen y se prohibió a sus hijos officiar en ella.

El santo insiste, envía nuevas cartas a Mgr. Molé con una terquedad típicamente normanda. Tres viajes hizo a París para verse con él y los perdió. La carta del padre Eudes dice así:

«Al ilustrísimo y reverendísimo obispo de Bayeux». «Suplican a vuestra excelencia humildemente Nicolás de Than, Antonio Bernard, Jaime Finel, Pedro Jordán, Simón Manoury, Tomás Manchón, Tomás Vigeon, Richard Le Mesle, Juan Bautista de Montagu, Jaime de la Boissière, Tomás Vaguel y Juan Eudes, que habiéndose reunido y asociado para vivir en comunidad y para trabajar en el ejercicio de los seminarios eclesiásticos de la ciudad de Caen de vuestra

174-

RAPAEL GARCIA HERREROS

diócesis, bajo la aprobación de Monseñor Bayeux vuestro antecesor de feliz memoria, quien les había dado el permiso para hacerlo en letras del 14 de enero de 1644, después de que él mismo hubo obtenido cartas patentes de su majestad cristianísima dadas en Saint German de Laie, el mes de diciembre de 1642 y verificadas en la corte del parlamento de Rouen el 23 de marzo. A fin de hacer este establecimiento más firme y seguro, los dichos padres os suplican humildemente, Monseñor, que queráis confirmarlo con vuestra aprobación, y beneplácito según los poderes que tenéis por el derecho canónico. Los arriba dichos protestan a los pies augustos de vuestra dignidad episcopal que no tienen otra intención que emplearse en dicho seminario, no para enseñar las letras humanas, porque se hace en los colegios y en la universidad de la dicha ciudad de Caen, sino a formar y enseñar a los eclesiásticos en lo que concierne a la vida y costumbres, a todas las funciones clericales, todo bajo vuestra entera y plena jurisdicción y dependencia y en todo el respeto y obediencia que os deben como al que ti elie el puesto y es forma viva de Jesucristo soberano sacerdote. De este modo quedarán los dichos padres más y más obligados a pedir a Dios que os conserve largos años para gloria de Dios y de la Iglesia ... »

Monseñor Molé leyó el pliego humilde y razonado y a pesar de todo siguió su camino de persecución contra la pequeña comunidad naciente. Proyectó nueva avalancha de rigores contra el padre Eudes y buscó todos los medios para destruir su sociedad cuando en 1652, 6 de abril, murió atacado fulminantemente por una enfermedad, y se fué al tribunal de Dios a dar cuenta de sus actos que no tuvieron en la tierra explicación cristiana.

El sucesor de monseñor Molé levantó la sentencia

SAN JUAN JEUDÉS

175-

injusta de su antecesor en contra de la capilla del seminario de Caen.

El santo, transportado de júbilo expidió a sus hermanos una carta de la cual extractamos este párrafo:

«Que todos los ángeles y santos bendigan para siempre a Jesús y a María, que Jesús y María con todos los santos alaben y glorifiquen al Padre Eterno, que todas las potencias y perfecciones de la Divinidad magnifiquen inmensamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

El misterio doloroso se alarga y prolonga a lo largo de toda la vida de San Juan Eudes con una intensidad nunca disminuía.

Enfermedades, luchas por la fundación de sus comunidades, destierro de París por malos informes ante el rey Luis XIV, expulsión de la diócesis de Bayeux, entredicho de su capilla del seminario, combate terrible contra los jansenistas por el establecimiento de la fiesta al Divino Corazón de Jesús, fracaso completo de la misión de Monsieur Boniface en Roma, encargado por el Santo Fundador de hacer aprobar sus dos Institutos por la Santa Sede... Este es, a grandes jornadas, el largo itinerario de su dolor y de sus penas.

Imposible terminar este capítulo humanamente sombrío en la vida del sacerdote Juan Eudes, sin transcribir algunos de sus sentimientos ante su dolor. Son simplemente la interpretación cristiana del sufrimiento. En esas palabras incomprensibles para quien no las lea con mirada sobrenatural, está la esencia íntima, el sello distintivo de la santidad del discípulo, de Cristo.

176-

RAFAEL GARCIA HERREROS

Aquel sacerdote, en medio de la prolongada angustia que fué su vida entera, en peligro de ver el fracaso total de lo que había sido objeto de su existencia, sostén de sus viglias y razón de sus luchas, a saber, el bien de la Iglesia promovido por la fundación de seminarios, ante la inminencia de la ruina de todos sus trabajos, sólo tenía una actitud: callaba... No sólo callaba, sino que se alegraba de que todo conjurara para arruinar su empeño.

«Bendito sea Jesús eternamente por compadecerse en darnos parte de su Cruz. Cuando podremos decir de veras: *Nobis autem absit gloriari nisi in Cruce Domini Nostri JesuChristo, per quem nobis mundus crucifixus est, et nos mundo?* Oh, qué cierto es que no hay nada de apetecer, en este mundo, sino ser clavado en la Cruz con Jesucristo»...

En verdad, no hay en la tierra ningún motivo verdadero de alegrarse sino el cumplir la divina voluntad, y ser despreciado y crucificado con Jesucristo ... » «Venid, cruces, venid, penas, para que yo sufra como mi Salvador y por amor de ese divino Jesús, que tanto sufrió por mí.»

«Es harto poco el tener un solo cuerpo que inmolar y una vida que perder y morir sólo una vez. Ay, amadísimo Jesús, si tuviésemos todos los cuerpos humanos que fueron, son y han de ser, muy gustoso quisieramos, mediante tu gracia, entregarlos por ti, a toda clase de tormentos; y si fuesen nuestras todas las vidas de los ángeles y de los hombres, con toda el alma te la ofreciéramos para ser sacrificadas a tu gloria. Oh, quién pudiera morir por tu amor tantas veces como momentos suman los siglos pasados, presentes y venideros ¡Quién hará que nos veamos rojos con sangre que escurre,

cubiertos de llagas y molidos de

SAN JUAN EUDEIS

177-

dolores por tu amor, como tú lo fuiste por el nuestro! «Oh, fuego, llamas, espadas, ruedas, patíbulos gehenas; oh, todas las confusiones, escarnios, vituperios, oh, todos los tormentos, rabias y crueldades de los hombres y de los demonios, de la tierra y del infierno, venid, acudid, y arremeted con nosotros con tal que nos cesemos de amar a nuestro amabilísimo Jesús, que vivamos y muramos amándole, que lo amemos al morir, y que por su amor muramos, a fin de amarlo por siempre en la vida perdurable.»

Y aquí debemos hacer alusión al voto heroico hecho por el santo «del Martirio». En él, con estilo incomparable de belleza y de sentimiento, adora a Jesús «como Hostia y víctima en el momento de la encarnación a fin de ser inmolado por la gloria del Padre y por nuestra salvación, en el dolorosísimo martirio de la Cruz»»: «a Ti, oh Jesús, Señor mío, me ofrezco, me entrego, y consagro cual hostia y víctima, para sufrir en mi cuerpo y en mi alma según tu beneplácito, y mediante tu santa gracia, toda clase de penas y de tormentos, y aún para derramar mi sangre y sacrificar mi vida con el linaje de muerte que tu gustes: todo ello por tu sola gloria y por tu puro amor»...

Este voto, que invitamos a nuestros lectores a leerlo íntegro en las obras del santo, está firmado con su sangre.

Tenía San Juan Eudes una misteriosa inclinación a firmar todos sus contratos con Dios, con su propia sangre: era la manifestación perfecta de su entrañable deseo de dar la existencia por Jesucristo. No tuvo, es cierto, la alegría infinita de morir por Él, pero, sí lo deseó en lo más hondo y sincero del alma.

178-

RAFAEL GARCIA HERREROS

Fué durante su vida un inmolado a la Voluntad divina, y tuvo ese secreto y dolorosísimo martirio de deseo: el anhelo de morir por Jesucristo, y el penetrante dolor de no lograrlo.

Misterio doloroso necesario para engendrar el misterio glorioso de sus grandes realizaciones y de su heroica santidad.

EL PADRE, EL DOCTOR Y EL APOSTOL

Aquellas vigiliass en la abadía de Aulnay en la diócesis de Bayeux se prolongaban ordinariamente después de la cena por largas horas. Verdad que este año, de 1674 la noble abadía fundada cinco siglos antes no había entrado todavía en la reforma y renovación espiritual con todas sus exigencias austeras. Un vino caliente y animador daba aliento para la conversación alegre entre los frailes, hombres por lo general de muy buen talento y de muy buenas letras. El abad era Carlos du Four, de palabra fácil aunque de carácter extremadamente delicado y sensible. A su lado se sentaba un huésped agradable por su charla incesante, lleno de malicia y de insinuaciones paradójicas. Era un monje de otra abadía, la de Barbery, que pasaba algunos días con el buen abad de Aulnay. Otros conventuales tomaban también parte en aquellas tertulias no reformadas.

La charla terciaba ordinariamente sobre el tema de actualidad, las doctrinas de Jansenio. El abad se inclinaba a ellas por varios motivos un tanto personales. Y el monje de la abadía de Barbery, que pasaba sus días en Aulnay, ponía una malicia infinita en todos

sus decires en favor de la nueva herejía, y en contra de los detractores de ella. Entre estos últimos estaba naturalmente el Padre Juan Eudes y contra él se dirigían las más acerbas críticas y las burlas más amargas. Entre vaso y vaso, decía el monje de Barbery: «El bonachón del padre Eudes hace decir a su beata María de los Vallées que la fiesta del Sagrado Corazón será un día tan solemne en la Iglesia como la fiesta del Santísimo Sacramento... Pero ¿dónde encuentra usted, padre Eudes, los fundamentos de esa fiesta?

Y el monje, con su elocuencia natural, aumentada por el vino de la abadía, continuaba. «¿En la Sagrada Escritura? ¿en los Santos Padres, en los concilios? ¿en la tradición? ¿Quién le ha dado a usted esa autoridad para celebrar esa fiesta valiéndose de la ignorancia y de la simplicidad del vulgo?

«Oh, cuántas apariencias hay que sea el mismo diablo quien le inspira a usted la institución de esa solemnidad... Sin duda alguna que le hacía falta a la iglesia porque de otro modo ella estaría en las tinieblas sin el brillo de sus luminosas revelaciones». (Biblioteca, nat. Ms. núms. 11942, 44, 46).

El abad no dejó de respaldar las palabras irónicas del monje huésped diciendo con sentenciosa voz:

«Pura verdad, reverendo. Si no se apaga el monstruo de este error, ese padre Eudes continuará cada día estableciéndolo con todas sus fuerzas en el espíritu de sus discípulos y de sus confidentes. Temo que se forme un enorme escándalo. Por la gloria de Dios, por el interés de las almas, por el honor de Jesucristo, debemos descubrir y desenmascarar este misterio de iniquidad para que todo el mundo se horrorice y la Iglesia lo condene» (Boulay III, pág. 327).

Y el abate satisfecho contaba los estragos que estaba haciendo a la reputación del Santo con un libelo llamado «carta a un doctor de la Sorbona», en que lo delataba ante todos los conventos y todas las comunidades, como propagador de una doctrina, de una devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, extravagante, supersticiosa, baja y grosera.

«Gracias a Dios lo hemos echado a pique, le hemos volcado sus carretas de herejía y de superstición, le hemos hundido la canpa de engaños y falsedades ... »

El abad se levantó de la mesa, dobló su gran servilleta de lino y se glorió una vez más de *l'avoir coulé a fond*. . .

Mientras esto se conversaba alegremente en la abadía, San Juan Eudes en Coutances, en Caen, en Normandía entera, predicaba incansable la devoción al Corazón de Jesús y de María.

Cuando se entra un primer viernes en alguna de nuestras iglesias y se ve el magnífico concurso de almas que se acercan a comunicar con el Corazón adorable de Jesús, no se suponen los trabajos y las penalidades que implicó el establecimiento de la devoción oficial y pública al adorable Corazón.

Esta devoción es la cadena de oro que teje, une y fortalece la vida del Padre Eudes desde el año 1643, a través de todas sus iniciativas, en el fondo de todas sus empresas, como un basamento inmovible y poderoso.

Para estudiar la parte que le toca al santo en la institución de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, debemos tomar como punto seguro de partida la enseñanza infalible y solemnísima del agusto pontífice Pío X, que en el decreto de beatificación lo proclamó: «Padre, doctor y apóstol del culto litúrgico del Sagrado Corazón».

184 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

El Santo Padre al decir estas palabras solemnes sabía perfectamente que había otros santos y santas que emulaban noblemente con San Juan Eudes y le disputaban el noble y extraordinario título. Sabía que entre esos santos estaba la dulce y ardiente vidente de Paray le Monial en primera línea. Sin embargo el Sumo Pontífice desde su silla, adonde el error y la pasión no pueden llegar, otorgó el título a nuestro santo únicamente.

Partiendo de este principio debemos preguntarnos en qué estado halló San Juan Eudes la devoción al Corazón adorable de Jesús y al suavísimo Corazón de María, cuando llegó a darle el empuje definitivo que lo llevó a la perfección.

En vano quisiéramos hallar el momento determinado en que nace y se desarrolla la devoción a los Sagrados Corazones. Poco a poco, en crisol de silencio, se desarrolla y se precisa con períodos sucesivos de institución global, de fermentación mental, de desarrollo teológico.

Para la devoción a la Santísima Virgen en su Sagrado Corazón se encontraron ciertas bases en la Sagrada Escritura como mojones de pórfido resistentes y brillantes: *Maria autem conservabat omnia verba haec conferens in corde suo. (Luc. II) - Pone me ut signaculum super cor tuum (Cant. IV.) - Ego dormio et cor meum vigilat (ibid. IV).*

Después los Padres y escritores de la Iglesia instituyen algo de la devoción al Corazón de María. San Agustín, Ricardo de San Víctor, San Buenaventura, consagran a la Madre de Dios en su corazón acentos encendidos de elocuencia y de piadoso lirismo. Pero sobre todo Matilde y Brígida, las dos videntes, las dos enamoradas de Jesucristo y confidentes de su ternura

celebran el corazón de Nuestra Señora con acentos incomparables de alabanza.

Pasan los años, las relaciones místicas se tamizan en la criba teológica hasta que llegamos al siglo XVI en España. Luis de Granada y José de la Cerda lanzan sobre esta devoción los lampos de su inteligencia y de su gran piedad.

La devoción al Corazón de Jesús viene paralela con la del Corazón de María. La Sagrada Escritura deja también escapar sobre ésta un rayo, de luz reveladora, *Deus caritas est... et aperuit latus ejus et continuo exivit sanguis et aqua.*

«Hasta el siglo X, dice, el sabio Padre Bainvel, ningún testimonio acerca de la devoción al Corazón de Jesús se puede considerar como concluyente. Más exactamente, ninguno tiene el sentido que se le da actualmente a la devoción al divino Corazón.

San Juan Eudes es *padre* de esa devoción, como lo dice el Pontífice, por ser el que organizó litúrgicamente años antes de que esa devoción tuviera la magnífica y sublime confirmación en los jardines privilegiados de Paray-le-Monial.

Doctor porque fué el que buscó los fundamentos y evidenció la verdad de esta devoción con argumentos teológicos, ya que nunca una devoción se funda en revelaciones privadas solamente; y apóstol, porque durante cuarenta años con un entusiasmo nunca en receso, nunca desmayado, predicó por gran parte de Francia esta dulce devoción.

Aparte de los estudios de los santos padres y de los escritores místicos, de la espiritualidad beruliana que alimentó a nuestro santo durante veinte años y en la cual estaba la devoción al «interior de Jesús»; aparte de sus largas meditaciones, tuvo San Juan Eudes una misión sobrenatural, confiada por Dios, para que

186 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

fundara en la Iglesia la fiesta sublime del Sacratísimo Corazón? ¿Una misión, una palabra puesta por Dios en su corazón y que explique su inquebrantable fe en la verdad que enseñaba y predicaba? Es muy posible y muy probable que esa palabra de parte de Dios la hubiera recibido el santo.

En verdad que nada dice de ello, pero todos sabemos que los hombres son mucho más reservados que las mujeres en narrar sus íntimos secretos. Las mujeres que se dedican a la vida espiritual están mucho más sometidas a la obediencia de sus confesores que los hombres en el mismo caso. De modo que bien pudo San Juan Eudes haber recibido una espiritual y sobrenatural comunicación y haberse guardado su secreto. Esta misión expresa recibida de parte de Dios parece insinuarla el Sumo Pontífice al decir que instituyó la fiesta de los sacratísimos corazones, «*Non sine divino afflatu*»: no sin divina inspiración.

PADRE DE LA DEVOCION A LOS SAGRADOS CORAZONES

Fué el padre de la devoción litúrgica a los Sagrados Corazones. «Esta afirmación suena ya como campana de oro forjada en noble hornaza y repulida a golpes de martillo. Toda una escuela pretendió o pretende negar ese título de gloria a San Juan Eudes. ¿Por qué? Na lo sabemos. Ni quisiéramos averiguarlo. Parece que muchos piensan que es mengua en la gloria de Santa Margarita María al decir que San Juan Eudes es el autor del culto litúrgico al Sagrado Corazón. Nosotros no creemos que sea así,

o mejor dicho, no es así. Se mengua lo que se divide y se divide

SAN JUAN EUDES

187-

lo que está entero. La gloria, el alcance, el prestigio, lo maravilloso de las revelaciones de Santa Margarita y el papel de su ilustre confesor el padre Claudio de la Colombière, S. J., quedan intactos, sin división, sin mengua.

La obra de San Juan Eudes y su gloria, son dominio aparte. Una cosa es que un prestigio sea menor porque no engloba el que otros poseen, santa y legítima intocablemente, y otra cosa es que se mengüe un prestigio porque se le arrebató uno de sus propios fundamentos. El prestigio de España hubiera sido mayor si hubiera poseído al Brasil en su imperio americano. Pero el Brasil fué conquista de otro afortunado. El poderío de España fué por ello menor de lo que ésta hubiera podido o ambicionado lograr. Pero no sufrió mengua. Sufrió mengua cuando actuaron Bolívar, San Martín, Hidalgo y Morelos. Así decimos nosotros: el prestigio de Santa Margarita María habría sido mayor si ella hubiera instituido o hecho instituir primero que todos el culto litúrgico del Corazón de Jesús. Pero al no ser así, como de hecho no lo fué, su gloria es menor pero no ha sufrido mengua» (1).

En 1641 San Juan Eudes compuso el oficio de los Sagrados Corazones. Es el año misterioso en que el santo se resuelve a poner definitivamente su vida al servicio del adorable Corazón y a enfocarlo todo hacia El. En 1643 establece la Congregación de Jesús y de María y la dedica al Sagrado Corazón de Jesús y de María. Ese mismo año funda la orden de Nuestra Señora de la Caridad, y del pecho de las religiosas hace pender un corazón para que no olviden ellas

(1) Laús Pérez Hernández. Revistade los SS. CC. 1929.

188-

RAFAEL GARCIA HERREROS

que son las primeras hijas del adorable Corazón de Jesús y de María. Por esa época el Santo redacta una oración, que es la síntesis de toda la doctrina sobre el Corazón de Jesús y de María. «*Salve Corazón santísimo*», y el «*Benedictum sit*».

El escudo de la Congregación de Jesús es un corazón que contiene y guarda dos Personas, la de Jesús y la de María. Es esta la época de la devoción unida, en que se honra al mismo tiempo a los dos corazones que en verdad no son sino uno solo por el amor.

El 8 de febrero de 1648 el santo hizo celebrar la fiesta pública del Sacratísimo Corazón de María juntamente con el Corazón de Jesús en Autún al terminarse una célebre misión. Esta fiesta se celebraba ya desde el año anterior en los institutos del santo.

Entre 1663 y 1670 aparece definitivamente separado el Corazón de Jesús del Corazón de María en la devoción de San Juan Eudes. Ambos con su oficio propio, con su misa propia, con su fiesta propia. Es verdad que el santo escribirá en la circular de 1672 que nunca había querido separarlos en su culto. Pero bien comprendía que ese modo de honrarlos en un solo Corazón a Jesús y a María a pesar de ser una sublime teología nunca podría ser aprobado, para un culto público y popular.

El 29 de julio de 1672 el santo dirige a sus hijos una circular de un valor extraordinario, teológico e histórico, que de un modo definitivo le reafirma la paternidad de la devoción al Corazón, de Jesús y le asegura a la Congregación fundada por él la gloria insustituible de ser la primera depositaria de la adorable devoción.

He aquí el texto de ese documento trascendental: ; «Mis amados hermanos:

«Gracia incomprensible es la que nos hizo nuestro amabilísimo Salvador al dar a nuestra Congregación el Corazón admirable de su Santísima Madre; pero su bondad sin límites ha ido mucho más lejos al darnos su propio corazón para ser, con el de su gloriosa Madre, el fundador y el superior, el principio y el fin, el corazón y la vida de esta Congregación.

«Nos otorgó ese don desde que nació esta Congregación, pues, si hasta aquí no hemos celebrado una fiesta propia y particular del Corazón adorable de Jesús, nunca hemos tenido por ello la intención de separar dos cosas que tan estrechamente ha unido Dios, cual lo son el Augusto Corazón del Hijo de Dios y el de su Bendita Madre. Al contrario, nuestro propósito ha sido siempre, desde el comienzo de nuestra Congregación, el mirar y honrar a esos dos amables corazones como un mismo corazón en unidad de espíritu, de sentimiento y de amor, como lo demuestran la oración que diariamente recitamos al divino Corazón de Jesús y de María (Ave Cor.) y la oración, el oficio y la misa que celebramos en la fiesta del Corazón Sagrado de la Virgen.

Pero la Divina Providencia, que lo dirige todo con maravillosa sabiduría, quiso que viniera la fiesta del Corazón de la Madre antes de la fiesta del Corazón del Hijo para preparar el camino en el corazón de los fieles a la devoción de ese Corazón adorable y para disponerlos a obtener del cielo esta segunda fiesta, por la gran devoción con que celebramos la primera.

«Esta ardiente devoción de los verdaderos hijos de la Madre de amor es la que le ha obligado a obtener de su amado Hijo el muy señalado favor que ha concedido a su Iglesia, el de darle la fiesta de su Corazón de Rey, la que será nueva fuente de infinidad de ben

190 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

diciones para cuantos se dispongan a celebrarla dignamente.

Pero ¿quién no lo hará? ¿Qué, solemnidad más digna, más excelente que ésta, el principio de cuanto hay de grande, santo y venerable en las demás solemnidades?

¿Qué corazón más digno de adoración, admiración y amor que el Corazón del Hombre-Dios que se llama Jesús?

«Si en contra de esto se objeta lo, nuevo de la fiesta, diré que la innovación en lo tocante a la le es muy pernicioso, pero es muy buena en lo tocante a la piedad. De otro modo habría que censurar todas las fiestas que se celebran en la Iglesia y que han sido siempre nuevas cuando se celebraron por primera vez.

Reconozcamos, pues, amadísimos hermanos, la gracia infinita y el favor incomprensible con que nuestro Salvador honra a nuestra Congregación al darle su amable Corazón junto con el Corazón de su Santa Madre.,

«Son estos dos tesoros que encierran una inmensidad de bienes celestiales y riquezas eternas de las que El la hace depositaria, para que por ella vayan al corazón de todos los fieles.

«Humillémonos infinitamente al ver nuestra indignidad para cosas tan grandes. Tengamos una profunda gratitud por la bondad inefable de Nuestro Salvador y la incomparable caridad de su amada Madre y Madre nuestra. No cesemos de bendecirlos, alabarlos y glorificarlos e invitar a todos los Santos, a todas las criaturas a bendecirlos y darles gracias con nosotros. Acojamos con alegría y

júbilo la solemnidad del Divino Corazón de nuestro amable Jesús.

Allá os envío el oficio y la misa aprobados por todos

SAN JUAN EUDES

191 -

nuestros Prelados; pongamos todo esmero, diligencia y fervor posibles para celebrarla bien.

Para lograrlo: 1. Invitad a todos nuestros amigos y a todas las personas devotas; 2. Si recibís oportunamente lo que os envío, publicadlo; si tenéis tiempo predicad también. 3. Ayunad la víspera de la fiesta. 4. Invitad a comer a vuestra mesa a doce pobres, la víspera o antevíspera.

En fin, os suplico, amadísimos hermanos, que celebréis esta fiesta con toda la devoción y solemnidad que está a vuestro alcance y que me escribáis después para informarme cómo se llevó a cabo.

*JUAN EUDES,
Sacerdote de la Congregación
de Jesús y María.*

París, 29 de julio de 1672.

DOCTOR DE LA DEVOCION A LOS SAGRADOS CORAZONES

En uno de los últimos días de febrero de 1670 conversaban Monseñor de la Vieuville con el Padre Eudes en el salón íntimo del palacio de Reims [Rennes]. A través de la ventana volada se veían los techos agudos de las boardas, blancos por la nevada de aquel riguroso invierno.

San Juan Eudes con sus compañeros había predicado una gran misión en algunas parroquias de la ciudad con un éxito absoluto. Monseñor estaba feliz con su santo misionero. Le había ofrecido el seminario de la ciudad, le había brindado generosamente el alquiler

192-

RAFAEL GARCIA HERREROS

de una buena casa para su comunidad, y estaba también con el proyecto de beneficiar su ciudad con las hermanas del Refugio.

El Padre Eudes tenía una vigorosa ancianidad. Durante doce semanas había predicado diariamente a pesar de sus 69 años. El Padre conversaba con Monseñor de la devoción al divino Corazón de Jesús y al sacratísimo Corazón de María.

Mientras Monseñor jugaba con el anillo pastoral mirando a su interlocutor de hito en hito, el Padre le explicaba con encendido acento la teoría, la teología de su devoción.

«Podemos distinguir tres corazones en Jesús y en María. El corazón decarne, el corazón espiritual, que es el alma, y el corazón divino que en Jesús es el Espíritu Santo y en María es su Hijo que en verdad era para ella su vida y su ser».

Toda devoción se debe terminar en la persona, por eso aunque el corazón material de María merece todo nuestro amor y nuestro culto sin embargo en nuestra devoción no lo separamos de

ninguna manera de la persona de María, pero si queremos honrarlo de un modo excepcional, con respecto de las demás partes del cuerpo virginal de María a causa de ser el símbolo del amor y el órgano o, al menos, el sentido más sensible al amor. Allí repercuten, allí se registran todas las palpitations del amor sensible, todos los ritmos, todos los movimientos más íntimos.

El corazón de carne es el primero que vivifica la vida en un ser y es el último también que da la definitiva señal de la muerte con su inmovilidad.

En María el corazón de carne fué además de principio de vida en donde se preparó la sangre virginal de que se formó el sagrado cuerpo del Hombre-Dios».

-¿Monseñor conoce la historia de Aristóteles acerca

SAN JUAN EUDES

193-

del ave real que envía parte de la sangre de su corazón para formar sus polluelos?

Monseñor sonrió a las palabras del anciano sacerdote y éste continuó: la tercera prerrogativa del corazón corporal de María es ser el principio de la vida humana y sensible del Niño Jesús mientras estuvo en sus entrañas. Porque mientras el niño está en el vientre de su madre, el corazón de ella es la fuente de vida para aquel, que no depende menos de ella.

«Oh Corazón inmaculado, incomparable, que no tiene otra vida que la del Padre Eterno que es fuente de todo bien.» (Oeuvres VI, pág. 75).

Mientras el santo predicador le hablaba al obispo, accionaba con su mano flaca y temblorosa. Había venido a convencer a su excelencia que le permitiera establecer la fiesta de los Sagrados Corazones en su diócesis y quería darle claramente los motivos de la devoción al Corazón de Jesús y de María.

«No sólo, Monseñor, ese Corazón ha sido principio de vida para Jesús, durante nueve meses, no, sólo dió la sangre que formó el cuerpo de Jesús, sino que por muchos meses contribuyó a la conservación de la vida de Jesús ya que muchas veces del calor de ese corazón se calentó este cuerpecito del Hijo de Dios (pág. 76) y se alimentó.

De modo, Monseñor, que la devoción tiene por objeto material el corazón de carne, pero su objeto formal es :el corazón espiritual y divino.

El Corazón espiritual de María es «la parte intelectual de su alma que comprende su memoria, su entendimiento, su voluntad y el ápice supremo de su espíritu».

Pero sobre todo yo entiendo y deseo honrar en el corazón espiritual de Nuestra Señora su facultad de

194-

RAFAEL GARCIA HERREROS

amar tanto natural como sobrenaturalmente; todo, su interior, pero especialmente su amor.

Si el corazón virginal que palpita en el pecho de María es la parte más excelente de su cuerpo y un pasmo de todo el universo, cuáles serán las maravillas de su corazón espiritual que es la más noble porción de su alma santa? La bondad divina lo preservó del pecado, lo llenó de gracia, lo poseyó desde el primer momento.

No es cierto, Monseñor, «que aunque el cielo y la tierra y todo el universo se emplearan eternamente con todas las fuerzas a celebrar las alabanzas de este Corazón admirable y a rendirle gracias a Dios por, haberle llenado de maravillas, jamás podrían hacerlo dignamente?» (Pág. 90 y siguiente).

En eso tocaron a la puerta de la cámara episcopal. Entró un familiar a preguntar a Monseñor si iba a celebrar, porque ya eran las diez de la mañana. Monseñor le contestó que estaba preparándose a celebrar con devoción a la Santísima Virgen.

-Continúe, Padre Eudes, tranquilo.

-El tercer corazón, que quiero que se honre en la devoción al Corazón de María es el corazón divino de Nuestra Señora...

Monseñor se incorporó, un tanto admirado de la audacia de esta insinuación.

-¿Divino? ¿Padre? El término me parece un poco exagerado...

-Sí, Monseñor «Porque el corazón es el principio de la vida y qué es el Hijo de Dios para su Madre sino el espíritu de su espíritu, el alma de su alma, el corazón de su corazón y el sólo principio de todos sus movimientos y funciones? ¿San Pablo acaso no decía que no era él quien vivía sino Jesucristo quien en él vivía? ¿Quién puede dudar que más que en San Pablo

SAN JUAN EUDES

195-

vive en su Santísima Madre y es vida de su vida, alma de su alma, Jesús?

Monseñor, bien véis lo que incluye la devoción al Corazón de María.

Su corazón de carne símbolo y órgano tal vez, del amor; su corazón espiritual, y el corazón divino, es, decir, su Divino Hijo con su alma y su espíritu y su corazón.

Si Cristo debe ser nuestra vida, es decir nuestro corazón, si la vida de Jesús debe manifestarse en nuestra propia vida y ser el rasgo distintivo, la palpitación continua el ritmo de nuestra existencia, no lo habría de ser para la Santísima Virgen?

Monseñor se levantó de su silla donde había oído atento sin perder una palabra al santo misionero y fué a celebrar con una piedad que nunca había sentido tan íntima, el Santo Sacrificio en honor de la Santísima Virgen.

...Tres corazones que no forman sino un solo corazón -seguía diciendo cuando bajaba las escaleras de su palacio paradirigirse a su capilla- el corazón de carne, el corazón espiritual y el corazón divino. »

Esa noche volvió el padre Eudes a la alcoba del obispo. Estaba empeñado en sacar la aprobación para su devoción al Corazón de Jesús y de María y debía explicar detalladamente el objeto de la nueva devoción.

Tiritando de frío bajo su gabardina, el padre Eudes tocó a la pieza abrigada y amablemente alumbrada de su señoría. Lo encontró leyendo un bello infolio escrito en latín que trataba de Heráldica... Monsenor pertenecía a una noble familia de los duques de

Vieuville. De vez en cuando repasaba sus pergaminos y sus ascendientes.

Cuando sintió al padre Eudes cerró el libro y mandó sentar a su lado junto al fuego de su estufa al pobre anciano trémulo de frío y de años, pero con una energía y un entusiasmo en plena incandescencia.

Monseñor, de la devoción al Divino Corazón se puede decir lo mismo que del Corazón de María: tres corazones que no hacen sino un solo corazón: el corazón de carne, el corazón espiritual y el corazón divino de Jesús.

El corazón corporal de Jesús, que es la entraña que en su pecho latía al recibir y al enviar la sangre, es el símbolo, el elemento sensible de la devoción al Corazón adorable de Jesús.

«En Jesús adoramos tres corazones que no son sino uno solo, el primero el corazón corporal deificado como las demás partes de su cuerpo sagrado por la unión hipostática».

El segundo, su corazón espiritual, es decir, la parte superior de su alma santa que comprende su memoria, su entendimiento y su voluntad particularmente deificada por la unión personal.

El tercero es su corazón divino que es el Espíritu Santo del cual estuvo tan animada su alma, su cora, zón que fué la vida de su vida y el corazón de su corazón.

El objeto de esta devoción es adorar el corazón adorable. Adorarle en nombre de todas las criaturas que debieran hacerlo, ofrecerle las adoraciones que le han sido dadas eternamente y las que le serán dirigidas perpetuamente.

El segundo deber es alabar, bendecir, glorificar y agradecer este corazón infinitamente liberal por todo el amor que ha tenido y tendrá eternamente a su

SAN JUAN EUDES

197 -

Madre, a los ángeles y a todas las criaturas, particularmente a nosotros.

En tercer lugar pedirle perdón por todos sus dolores y agonías, tristezas y martirios que por nuestros pecados sufrió y en compensación ofrecerle todas las alegrías que le han sido proporcionadas por el Padre Eterno, por su santa Madre y por los corazones que lo aman ardientemente.

El cuarto deber es amar cordial y fervorosamente, a ese amabilísimo Corazón en nombre de los que no lo aman y hacer por extender su amor a todos los corazones.

Cuando el santo salió de la pieza de Monseñor después de haberle explicado el objeto material y fórmal de la devoción al divino Corazón de Jesús, al pasar por los corredores del palacio alumbrados por arañas antiguas, miró el cielo profundamente poblado de estrellas.

Un sentimiento de profunda alegría le llenaba el corazón como el de un soldado que después de una larga batalla siente acercarse la victoria. Sentía ganas infinitas de amar al Divino Corazón de Jesús. Por todas partes lo veía. Las estrellas, el cielo, el silencio, la inmensidad y la lobreguez de la noche eran para su piedad voces estimulantes.

APOSTOL DE LA DEVOCION A LOS SAGRADOS CORAZONES

En octubre de 1660 se notaba un silencio, una soledad inusitada en las calles de la ciudad de Fougères, porque todos los habitantes de la antigua y torreada villa se encontraban en la Iglesia. Desde el atrio oíase

198-

RAPAEL GARCIA HERREROS

la voz del predicador extraordinariamente convencida y fervorosa. Y en las naves del templo todos inmóviles, atentos, oían al Padre Eudes. Con las cabezas levantadas miraban fijamente al anciano predicador que hablaba poseído de un fuego, un entusiasmo que se lo envidiarían los más jóvenes, los más ardorosos.

El santo era flaco y caduco en su exterior, pero sus ojos le relampagueaban poderosamente. Su voz ya no era la de 1643, pero conservaba todavía vigor suficiente, una sonoridad y un sentimiento que sólo los años y la santidad y los sufrimientos dan a la voz del hombre. Las palabras del santo sedesprendían eficaces y magníficas del púlpito.

«Oh Jesús, único corazón del Padre y de la Virgen, que todos canten las alabanzas de tu admirable Corazon.

«Oh Corazón, todo amor por Dios, Corazón inflamado de amor por el Padre, calcinado de amor por la Virgen, herido de amor por nosotros.

«La esposa lastimada te hiere con una nueva herida; la muerte impía te quebranta, una lanza cruel te atraviesa.

Salve víctima de dolores, centro de la cruz, rey de mártires. Haz que la cruz sea nuestra gloria, nuestro amor, nuestra corona, nuestra alegría.

«Corazón herido de amor, hiérenos con tu amor. Néctar de vida para los que habitan el cielo, embriáganos de amor.

«Tú eres la hostia de amor, la salvación de los mortales, la gracia a todos abierta, la universal redención. Venid pueblos, corred al Corazón dulce de vuestro Padre.

Tened confianza que Aquel es ama. Es un incendio de amor.

«Ante mis ojos se abre el horno abrasado de amor.

SAN JUAN EUDES

199-

Quiero lanzarme a sus llamas; que la muerte me devore en su fuego.

«Amor Padre de clemencia, Amor redentor del mundo, Amor Dios fuente de gracia, reinad por todos los siglos.» (Himno de la fiesta del Sagrado Corazón. Vísperas.)

En silencio, después de la plática magnífica y encendida se retiraron los bretones. Por la noche volvieron a ella.

Otra vez su palabra era un himno de grandeza y ternura, una versión de sus íntimos ardores. Los jóvenes llenos de una juventud envidiable, los mozos, los viejos decaídos y tristes, los ancianos con sus ojos dulces y melancólicos escuchaban, al predicador en su oratoria acrisolada por los años. Ya no poseía la abundancia de antaño pero en cambio era dueño de una fuerza incontrastable.

En otra ocasión el Padre Eudes subió al púlpito después del catecismo y habló sobre el Corazón de Jesús en cuyo apostolado estaba empeñado.

«Oh Verbo hecho carne, rey de los corazones que por toda lengua sean cantadas las maravillas, los milagros de vuestro Corazón.

«Salve, Corazón único del Padre y del Hijo, origen del Espíritu Santo, lazo entre la tierra y el cielo.

«Qué grandes misterios guardáis, inmenso tesoro del cielo, arca regia de amor, santuario de la Iglesia.

«Oh herencia mía, oh esperanza mía, oh alegría mía, oh gloria de nuestra asamblea, corazón nuestro, vida nuestra, ley nuestra, oráculo nuestro, origen y fin nuestro y nuestro todo.

«Qué admirable es la gracia de Jesús, nos ama con todo su Corazón y para pagarle nuestra deuda nos ha dado su Corazón.

200 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

«Oh, qué liberalidad, hermanos, Jesús da a María y María da a Jesús su Corazón y ambos lo entregan a quien lo quieran.

«Oh, yo te quiero corazón de llamas, ven a quemar mi alma para siempre con tu fuego. Fuente de gracias, derrámate sobre todo el universo.

«Oh, mi Corazón, corazón único, virtud, salvación, confianza, tesoro, sol, júbilo, todo lo mío está en tí.»

El pobre anciano retorcido por el último incendio de que anhelaba incendiar el universo bajó del púlpito y cayó de hinojos ante el altar.

Para extender la devoción al divino Corazón fundó la Orden de nuestra Señora de la Caridad en 1641 y dos años más tarde la Comunidad de Jesús y María. De cada uno de los miembros de estas comunidades el santo quiso hacer un propagador de la divina devoción. En 1668 el infatigable apóstol tiene para su amada devoción una aprobación que lo llenó de alegría, la del cardenal de Vendôme, legado a latere del Papa Clemente IX.

En 1648 celebró con toda la pompa del caso la primera fiesta litúrgica del Corazón de María en Autun. Una serie interminable de súplicas y peticiones a los obispos, terminó en las aprobaciones episcopales del oficio al Corazón de Jesús con misa propia.

Y mientras el santo trabajaba y luchaba en esta obra divina sus enemigos lo sitiaban de panfletos que circulaban profusamente. Leamos algunos apartes de esos panfletos históricos:

«¿Para qué trabajaba: el Padre Eudes por degenerar el culto litúrgico exterior y supersticioso

como es el que ha establecido con tanto fasto y brillo en honor del Corazón de la Virgen?

«No se ha contentado con hacer de ese Corazón una fiesta principal en los seminarios episcopales que dirige

SAN JUAN EUDES

201-

sino que ha instituido una cofradía especial para lo cual ha hecho estatutos particulares llenos de poca superstición. Por ejemplo, la regla que manda a los cofrades llevar en el lugar del corazón la figura de un corazón con estas palabras: viva Jesús y María.

«No es esto todo. Ha establecido una religión de mujeres para honrar el Corazón de María, (las Madres del Refugio), ha inventado una especie de Tercera Orden cuyo oficio y fin consisten en practicar las devociones que ha inventado. Ha construido dos iglesias en honor de los Sagrados Corazones... Este hombre ha introducido en el culto todas estas supersticiones. Dice que Jesucristo le ha inspirado la fiesta del Corazón de María y que castigará a quienes se opongan a dicha fiesta. Trata de persuadir al mundo de que la conversión de los pecadores y su salvación están unidos a esta devoción.

«No puedo comprender cómo los obispos toleran que se llenen sus diócesis de tales novedades so pretexto de aumentar la devoción a la Virgen.»

Estas palabras de los detractores del santo son actualmente un trofeo victorioso de la antigua lucha que el santo tuvo que soportar en los comienzos.

Copiamos una carta del santo a una abadesa que quería suprimir la fiesta del Corazón de María en su Orden:

«Aunque no tengo el honor de conocerla a usted, señora, sin embargo me tomo la libertad de escribirle para manifestarle la pena que he sentido al saber que ha suprimido de su monasterio no sólo la fiesta del Santo Nombre de María, sino que aun está resuelta a suprimir la de su Corazón. Oh, señora, ¿qué es lo que hace? Las abadesas que la han precedido, mujeres llenas de prudencia y de virtud establecieron esa fiesta movidas por su piedad y usted va a destruir la

202 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

obra de su devoción? Mucho honor para usted... ¿Qué le dirán a usted el día del juicio? ¿La bondad divina había puesto esas dos fiestas en su casa como fuente de gracia y bendición y usted quiere cegarlas? El Sagrado Corazón de Jesús y el Sagrado Corazón de María eran dos atalayas que defendían su convento y usted ¿quiere demolerlas? ¿Se atreverá usted a herir lo más delicado del Corazón de María? ¿A excomulgar su nombre venerable y su amabilísimo Corazón? ¿Con que los rechaza de su casa? Y ¿como se va a atrever a presentarse ante su presencia?... »

En 1674 San Juan Eudes estaba recluso en Caen por orden del rey pérfidamente informado por los perpetuos e incansables enemigos del santo.

Parecía que en verdad lo habían echado a pique. Pero aquellos años no eran absolutamente inútiles. En esos años el santo trabajaba la obra magnífica acerca de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús y de María que iba a coronar su apostolado.

También en esa época enseñaba a sus hijos lo más secreto de esa devoción que los había de caracterizar y distinguir a través de los años. Quién hubiera presenciado aquellas íntimas pláticas del

Santo a sus continuadores en esos últimos años de su vida, cuando llegado a la plenitud de la virtud y el dolor, se preparaba a presentarse ante Dios y a recibir el premio de todas sus empresas y de todos sus amores hacia los divinos Corazones.

Doce densos libros son las columnas de alabastro que sostienen la insuperada catedral levantada por la erudición y por la piedad del santo en honor y en defensa de la devoción al Corazón de Jesús y al Corazón de María. En ellos se exponen con lujo de elocuencia todas las figuras que predicen la devoción o

SAN JUAN EUDES

203-

que la recuerdan tanto en la Biblia como en la naturaleza, se estudian pormenorizadamente todos los autores y todos los Padres de la Iglesia que trataron el asunto y que se pueden aducir como autoridad para respaldar la devoción. El estilo de la obra, elegante, fluído, piadoso, hace época en la literatura religiosa de Francia en el gran siglo.

Para terminar queremos deslindar sin ningún pensamiento polémico los límites de dos glorias, de dos esfuerzos en pro de la devoción al Corazón de Jesús: el de Margarita María y el de Juan Eudes.

Ya hemos dicho que la devoción al divino Corazón arranca de muy atrás, desde los grandes místicos de la Edad Media que vieron y pusieron las bases teológicas y, retrocediendo todavía más, desde la Sagrada Bibliadonde encontramos los primeros fundamentos. De modo que hacer comenzar la devoción al Corazón adorable de Jesús de las revelaciones de Margarita María es tan erróneo como hacer principiar la devoción a la Inmaculada Concepción de las apariciones de Lourdes. Así como las apariciones de Massabielle fueron la confirmación de esa devoción anterior, así también las revelaciones de Paray fueron la magnífica culminación de la devoción divulgada anteriormente por el santo normando.

Las dos devociones tienen por objeto al Corazón de Jesús y sólo pequeñas y más que todo aparentes diferencias las separan. San Juan Eudes recalca más sobre el amor que sobre la reparación mientras la Santa se complace en contemplar a Cristo que invita a participar de sus dolores. Estas diferencias son más que todo aparentes pues ambos ponen como principal actitud ante el Corazón de Jesús el amor que consuela, el amor que satisface y compadece.

204-

RAFAEL GARCIA HERREROS

Son pues dos glorias distintas. San Juan Eudes con prioridad de tiempo, con más pujante apostolado personal predicó, enseñó, propagó la devoción al corazón de Jesús y la llevó a la estructura litúrgica definitiva que posee actualmente. El hizo la síntesis doctrinal y teológica por la cual realizó como doctor la obra que San Bernardo define hermosa, exactamente: encontrar el Corazón de Jesús en el Verbo de Dios.

Santa Mariarita María, con las extraordinarias revelaciones de Paray, por misión divina confiada a ella y a la Compañía de Jesús, con más sonoro eco y más extenso influjo llevó a todo el mundo el mensaje del Corazón de Jesús y trajo a la tierra dos formas de devoción: la hora santa y la comunión de los primeros viernes.

Para terminar, queremos transcribir el cuadro cronológico que muestra y compara las dos actividades y las dos glorias.

CUADRO COMPARATIVO

San Juan Eudes

1601 Nace.
1643 Culto privado en la Congregación en honor de los Corazones de Jesús y, de María.
1644 Culto público en la Congregación en honor de los Corazones de Jesús y de María.

SAN JUAN EUDES 205-

Santa Margarita María

1647 Nace.
1671 Entra en la Visita ción.
1673 Diciembre 27, primera revelación.
1675 Junio 27,- última revelación.

San Juan Eudes - Santa Margarita María

1648 Fiesta pública y litúrgica del Corazón de María en la diócesis de Autun.

1655 Primera capilla dedicada a los Corazones de Jesús y de María.

1672 Fiesta pública y litúrgica en honor del Corazón de Jesús el 20 de octubre.

1674 Bula de indulgencias y de erección de la primera cofradía en honor de los Sagrados Corazones.

1680 Julio. Termina su libro sobre la devoción al Corazón admirable de María y al divino Corazón de Jesús.

Agosto 19. Muere.

1681 Publicación del libro.

1792 El Beato Francisco Hebert, eudista, inicia la consagración

1682 Muere el P. de la Colombière sin haber nunca celebrado misa del Sagrado Corazón.

1685 Culto privado en el oratorio del noviciado

1689 Misa «Gaudeamus», de San Juan Eudes en el monasterio de Dijón.

1690 Octubre 17. Muere a santa sin haber nunca asistido a una misa en honor del S. Corazón de Jesús.

206 -

RAPAE L GARCIA HERREROS

de las naciones al
:Corazón Real de Je-
sus, inspirando a
Luis XVI, rey de
Francia, a consa-
grarle su persona,
su familia y su
reino.

1765 C 1 e m e n t e XIII
aprueba el culto li-
túrgico y la devoción
al Sagrado Corazón
de Jesús.

1899 Sor María del Divi-
no Corazón, del Buen
Pastor consigue de
León XIII la consa-
gración del género
humano al Corazón
de Jesús.

1856 Pío IX extiende la
fiesta a toda la Igle-
sia.

EL ESCRITOR MISTICO

Una humilde celda del seminario de Caen oyó muchas veces la tos angustiosa del anciano padre Eudes meses antes de morir.

El santo írabajaba ansiosamente, momento tras momento temiendo no terminar su obra. El pulso tembloroso y caduco de la mano blanquísima iba escribiendo las últimas páginas de su portentoso libro «El Corazón de la Madre Admirable». Sentía el padre Eudes el misterioso martirio de un artista encargado solo de levantar una gran catedral suficiente para agotar el trabajo y la energía de un pueblo entero. Porque, en verdad, era una asombrosa basílica lo que estaba construyendo con su pluma en honor del Corazón de María y de Jesús.

Algunos años antes, en la soledad de Port-Royal, Blaise Pascal angustiaba también sus cartas con el temor de morir sin terminarlas. Dos actitudes aparentemente análogas aunque fundamentalmente distanciadas, nacidas en los dos corazones más selectos de la Francia del siglo XV11.

En el santo de Normandía era la angustia de un hijo fiel que quiere terminar la tarea de amor antes de llegar al Padre de la heredad; y en el solitario de Port-Royal nacía del temor al Juez eterno que le infundiera la terrible enseñanza de Jansenio.

RAFAEL G.ARCIA HERREROS

210-

Pero ambas actitudes eran dignas de la grandeza de Francia en el siglo de su apogeo.

El libro que el padre Eudes, imponiéndose sobre sudebilidad y sus achaques escribía, lo había comenzado años atrás.

Constaba de doce partes en que se trataba a fondo de la devoción al dulcísimo Corazón de María, e iba a ser la más considerable de sus obras.

La primera parte se consagraba a explicar lo que es el Corazón de María; en la segunda y tercera se trazaban doce cuadros de la naturaleza y del antiguo testamento en que se representaban las perfecciones de María; el cuarto y quinto hacían ver al Verbo mismo imprimiendo en el Corazón de María una imagen perfectísima de los atractivos divinos; en las tres siguientes se dejaba oír la misma voz del Espíritu Santo que por diversas bocas nos predica la piedad hacia el Corazón de María; el noveno era una suavísima recapitulación de todas las excelencias del Corazón de María; la parte décima se agotaba en la explicación mística del Magníficat; la undécima enseñaba la practica de la verdadera devoción al Corazón de María; la duodécima tenía por objeto el canto inspirado al divino Corazón de Jesús, cuya devoción sintetizaba de un modo definitivo y no superado después.

Cuando el santo terminó su obra escribió en el cuaderno donde llevaba apuntados todos los beneficios de Dios: «Hoy, 25 de julio de 1680, Dios me ha cedido la gracia de terminar mi libro «Corazón de la Santísima Madre de Dios».

«O sacrosaneta Trinitas,
aeterna vita cordium,
Cordis Mariae santitas,
in corde regnes omnium».

Era la coronación de su vida, el *nunc dimittis* definitivo de su pensamiento teológico y místico.

El Padre Eudes había iniciado su obra de escritor cuarenta y tres años antes, con su libro «Vida y reino de Jesús». Desde entonces se había alineado, en el puesto adelantado de los escritores ascéticos católicos de mayor relieve. «El Reino de Jesús» figura al lado de la «Imitación de Cristo», de la «Vida de Jesús» de San Buenaventura, de los «Ejercicios» de San Ignacio, de «La vida devota», de San Francisco de Sales.

La lógica característica de su pensamiento y de sus actividades, lo había de llevar a terminar su vida escribiendo el más hermoso tratado que ha salido de pluma humana sobre el Corazón de Jesucristo.

El título completo del libro del Padre Eudes era «Vida y reino de Jesús en las almas cristianas». Una vulgarización de la doctrina de San Pablo, sobre el cuerpo místico. La idea principal es «que la vida cristiana debe ser una continuación de la santísima vida que Jesús llevó en la tierra».

Después de probar la realidad de esa sublimísima tesis el santo pasa a metodizar ese ideal, a trazar el plan práctico de llevar a efecto esta obligación que arranca de nuestra incorporación a Cristo por el santo bautismo.

No es fácil dar una idea ni ponderar la obra; sólo el que ha cateado ese riquísimo yacimiento del más legítimo oro de espiritualidad cristiana puede saber del admirable contenido. Las numerosas ediciones que se han hecho, las varias versiones que ha merecido indican los méritos extraordinarios de aquellas páginas que debieran ser conocidas de todos los que desean hallar a Cristo en su íntima vida.

Junto con este manual del verdadero cristianismo, San Juan Eudes escribió otros tratados acerca de la

212 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

misma materia; pero debemos llamar la atención particularmente sobre el librito «Contrato, del hombre con Dios por el santo bautismo», que con un plan perfecto, y con una extraordinaria densidad de pensamiento subraya los sublimes deberes del bautizado de renunciar al pecado, y de adherirse a Cristo.

Un célebre místico francés, autoridad acerca de los caminos espirituales, declaró después de leer este opúsculo «que era el libro más lleno de unción del Espíritu Santo que había encontrado en su vida».

Después de escribir sobre el bautismo y sobre la vida que debe llevar un cristiano, San Juan Eudes pasó lógicamente a tratar sobre el sacerdocio.

¿Qué es el cristiano? La tradición lo ha sintetizado en una palabra que no por conocida es menos profunda. *Christianus alter Christus...* Otro Jesucristo! ¿Y qué es Cristo? Cristo es esencialmente el mediador entre Dios y los hombres. Es decir, el sacerdote. Esta es su primera cualidad, que fluye de su doble naturaleza divino-humana.

El cristiano participa realmente de la cualidad sacerdotal de Jesús. Pero sobre todo participan de ella los que por el carácter sacramental poseen el sacerdocio ministerial. Ellos son los llamados

más que nadie a continuar en la tierra el oficio de Cristo y a prolongar las virtudes del divino sacerdote del Padre.

Lógicamente pasó el padre Eudes a hundirse en el nuevo abismo, del sacerdocio del Cristo; a estudiar y a enseñar las obligaciones de los sacerdotes católicos. Este amor al sacerdocio explica casi todas sus actitudes durante lo largo de sus ochenta años de vida.

El segundo libro que lógicamente escribió fué el «Memorial de la vida eclesiástica». En él se explica lo que es y lo que exige el sacerdocio ministerial.

SAN JUAN EUDES

213-

Junto con el «Memorial», vinieron otros dos libros «El buen confesor», que es un corto tratado de moral practica; «El predicador apostólico» en el cual se dan las grandes normas de la predicación apostólica; un manual de oraciones para uso de una comunidad sacerdotal; «El oficio divino» y «El sacrificio admirable de la santa Misa».

La mirada del padre Eudes sobre Cristo para continuarlo en calidad de cristiano, la preocupación santa de revestirse de las virtudes de Jesús, lo llevó a descubrir que la primera cualidad de Cristo era su sacerdocio que se difunde en todos los cristianos y que se ejerce por medio de los que reciben el carácter de ministros. Un paso más en su lógica y en su fortuna divina, y el padre Eudes descubre las profundidades del Divino Corazón.

Su deseo de continuar a Jesús, de hacer todas las acciones, pequeñas y grandes «en su nombre» «en su espíritu»; ese seguir todos los más íntimos movimientos y procederes de Jesús para poderlo imitar, como es de obligación en un cristiano, lo lleva providencial y lógicamente a encontrarse ante el inexplorado continente del adorable Corazón. Como colón descubrió las Américas al remo de su lógica y al remo de su fortuna, el padre Eudes también descubrió los más íntimos -repliegues del Corazón de Jesús... El cristiano debe continuar a Cristo, para continuarlo debe estudiarlo íntimamente, y en primer lugar se halla con el sacerdocio de Jesús... y en lo más arcano, en las secreto del sacerdocio del Verbo humanado, halla su Corazón adorable que todo lo anima, que de todo ese portento de amor es único autor.

Tales son los tres jalones, las tres jornadas consecutivas de su pensamiento y de su apostolado oral y escrito.

214-

RAFAEL GARCIA HERREROS

La lista de sus obras que siguen fielmente ese plan es esta:

1. *La vida y reino de Jesús en las almas*, Poisson, 1637.
2. *Ejercicios de piedad*, compendio de las cosas más necesarias para vivir cristianamente, en 32o, Caen, 1841.
3. *El testamento de Jesús y el testamento del verdadero cristiano*, inc. 32o, 1642.
4. *Vida del cristiano o catecismo de la misión*, in 12 Poisson, 1641.
5. *Contrato del hombre con Dios por el santo Bautismo*, in 32o. Caen, Pierre Poisson.
6. *Meditación sobre la humildad o deliquios íntimos del alma cristiana con su Dios*, in 32o Caen, Poisson.
7. *El hombre cristiano*, (manuscrito no hallado).
8. *Todo Jesús*, en 12 libros «que dan el modo de conocer y de amar a Nuestro Señor y de honrarlo en todo, viviendo de su espíritu» (manuscrito perdido).

9. *Advertencia a los confesores misioneros*, in 12o. Caen, Pierre Poisson, 1643.
10. *El buen confesor*, cualidades que deben poseer los confesores, in 12o Caen, Poisson, 1660.
11. *Manual de oraciones para una comunidad eclesiástica*, in 12o, Caen, Poisson, 1668.
12. *Memorial de la vida eclesiástica*, in 12o Lisieux, le Boullenger, 1665.
13. *El predicador apostólico*, in 12o, Caen, Jean Poisson, 1665.
- Regulae Congregationis Jesu et Mariae*, in 32o, Redon, Guillet, 1872.
14. *El oficio divino*, (manuscrito perdido).
15. *El modo de ayudar a Misa*, in 12o, Caen, Poisson, 1660.
16. *El sacrificio admirable de la santa misa*, (Id).

SAN JUAM EUDES

215-

17. *La devoción al santísimo Corazón y nombre de la bienaventurada Virgen*, in 12o, Autun, Simmonot, 1648
18. *La infancia admirable de la santísima Madre de Dios*, in 12o París, Rene Guignard, 1676.
19. *La divina infancia de Jesús* (manuscrito no hallado todavía).
20. *El Corazón admirable de la Madre de Dios* in 4o, Caen, Jean Poisson, 1681.

Tales son las principales obras salidas de la pluma y del talento del santo.

Como escritor su estilo era sencillo; escribía el francés de su época. No es el estilo denso del cardenal de Bérulle, ni la erudición un tanto sofocante del padre de Saint Jure; ni es todavía la época de la majestad suprema del idioma en labios del obispo Mgr. Jaime Bossuet, ni de la elegancia refinada de Monseñor de Cambrai. El de Eudes es el estilo peculiar de los santos, que trasciende toda literatura con el peso infinito de Cristo. De San Vicente de Paul dice un biógrafo que escogía siempre la frase más humilde, menos elegante, cuando escribía. Lo mismo quizá se pudiera decir del padre Eudes. Sus páginas están lejos de oler a aceite, de llevar la delicadeza de lo pulido, no fueron, a la verdad, martilladas, por un orfebre. Traen sólo las muestras del yunque duro donde fueron golpeadas nerviosamente con la angustia de un alma inquietada por el infinito.

Tiene el santo un método peculiar en sus obras. Es original en la concepción general de su tesis. El plan de sus libros a veces es extraordinariamente sublime. Pero frecuentemente en el desarrollo de ese plan se deja llevar el santo por sus tendencias oratorias, y por cierta timidez que lo hace sacar las con

216-

RAFAEL GARCIA HERREROS

secuencias de todos sus puntos, aun evidentes, por temor que sus lectores las pretermitan.

Lo que le es propio, lo que lo constituye una figura de extraordinario relieve entre los escritores místicos, es la concepción de su obra, el plano magnífico de sus edificios espirituales. Recuerdan sus libros las grandes catedrales góticas, inmensas masas imponentes y originales en su trazo general, en su idea inspiradora.

Pero los detalles, las cornisas, los patules, etc., son simplemente hechos con sencillez y constancia.

Damos tres muestras del estilo de San Juan Eudes. Son tres épocas, y tres mojones de su vida.

Primero. La vida cristiana en su momento culminante, que es la recepción del Santo Sacramento. Es un trozo sacado del «Reino de Jesús». Tenía el santo treinta y siete años cuando lo

escribió, estaba en todo el esplendor de sus fuerzas, y en plena ascensión mística. Difícilmente se hallarán afectos más elevados, más dogmáticos para prepararse a la Divina Mesa. - El segundo, es una página del «Memorial de la vida -eclesiástica». Había llegado la inteligencia del Padre Eudes a la madurez, y su completo itinerario espiritual había adelantado a paso magnífico. - El tercer modelo es arrancado del último libro del santo sobre el Corazón de Jesús. Lo escribió tembloroso de ancianidad y al reflejo inmediato de la Luz indeficiente.

SAN JUAN EUDES

217 -

SENTIMIENTOS Y AFECTOS PREPARATORIOS

A LA SANTA COMUNION

¡Oh Jesús mío! mi luz y mi santificación, abrid los ojos de mi espíritu y llenad mi alma de vuestra gracia, a fin de que conozca la importancia de la acción que voy a hacer y la haga dignamente para vuestra gloria.

Oh alma mía, considera atentamente cuánta es la grandeza y maravilla de la acción que vas a ejecutar y cuánta la santidad y dignidad de Aquél a quien vas a recibir. Mira que vas a hacer la acción más santa y más divina que puedas hacer. Vas a recibir sobre tu lengua y en tu corazón, en lo más íntimo de tí misma a tu Dios, a tu Criador, a tu Salvador, a tu soberano Señor, a tu Jesús. Sí, vas a recibir en tu seno, real y actualmente a este mismo Jesús en persona que reside desde toda eternidad en el seno de su Padre. Sí, a ese mismo Jesús, que es la vida, el tesoro, la gloria, el amor y las delicias del Padre eterno; a ese mismo Jesús a quien tantos patriarcas y justos del Antiguo Testamento deseaban ver y no vieron; a ese mismo Jesús que la bienaventurada Virgen María tuvo tantas veces en su regazo y en sus brazos; a ese mismo Jesús a quien se vió marchar y vivir en la tierra, beber, y comer con los pecadores; a ese mismo Jesús que fué clavado en la Cruz; ese mismo cuerpo que fué destrozado e inmolado por tu amor, esa Misma sangre derramada en tierra; ese mismo Corazón que fué atravesado por una lanza, vas tú a recibir en tu corazón; esa Misma alma que el mismo en

218 -

RAPAEEL GARCIA HERREROS

comendó en manos de su Padre al morir en la Cruz, vas tú a recibir en tu alma. ¡Qué maravilla que yo reciba en mí al mismo Salvador, que subió glorioso y triunfante al cielo, que está sentado a la diestra de Dios y que ha de venir con poder y majestad, al fin de los siglos, a juzgar el universo!

¡Oh grande y admirable Jesús! Los ángeles, más puros que el sol, no se creen dignos de miraros, alabaros y adoraros; y hoy, no sólo me permitís miraros, adoraros y amaros, sino que deseáis que os reciba en mi corazón y en mi alma, y así tenga en mí toda la divinidad, toda la Santísima Trinidad, y todo el paraíso. ¡Ah, Señor, qué bondad! ¿de dónde me viene a mí esta felicidad, de que el Soberano Rey del cielo y de la tierra quiera hacer su mansión en mí, que soy un infierno de miserias y de pecados, a fin de cambiarme en paraíso de gracias y de bendiciones? ¡Oh Dios mío, cuán indigno soy de favor tan grande! En verdad reconozco a la faz del cielo y de la tierra que merezco más bien ser sumergido en lo más profundo del infierno que recibiros a Vos en mi alma, toda llena de vicios e imperfecciones.

Pero ya que os place, oh Salvador mío, daros así a mi, deseo recibiros con toda la pureza, el amor y la devoción que me sea posible. A esta intención os doy mi alma, oh buen Jesús, preparadla Vos mismo a la manera que deseáis; destruid en ella todo cuanto sea contrario a Vos; llenadla de vuestro divino amor, y de todas las demás gracias y disposiciones con que quereis que os reciba...

Mas oli Salvador mío, no hay lugar que sea digno de Vos sino Vos mismo; no hay amor con que podáis serrecibido dignamente sino con el que os tenéis Vos mismo. Por eso, a fin de recibiros no en mí, ya que

SAN JUAN EUDES

219-

soy demasiado indigno, sino en Vos mismo, y con todo el amor que Vos mismo os tenéis, yo me aniquilo a vuestros pies lo más que puedo, y todo cuanto es de mí; me doy a Vos y os suplico me aniquiléis Vos mismo y os establezcáis en mí, a fin de que viniendo a mí por la santa comunión, seáis recibido no ya en mí, sino en Vos mismo y con el amor que os tenéis. Amén. --(Royaume de Jesús, I part. pág. 141. Traduc. del R. P. Ambrosio Hays).

OH, SACERDOTES!

¡Oh sacerdotes, ¡Oh eclesiásticos! ¡A qué santidad tan grande estáis obligados! ¡Qué santa debe ser vuestra vida, santas vuestras costumbres!

Santidad interior y exterior: en el pensar, en el hablar, en las acciones, en el trato con el prójimo, siempre y en todo lugar, pero especialmente en el lugar sagrado y en el desempeño de las santísimas funciones de vuestro divino ministerio.

Dios por participación, Efectivamente, ¿quién debe ser mas santo que el que es Dios por gracia, y por participación?

¿Quién debe ser más santo que el asociado al Sant de los santos en sus más elevadas y santas operaciones como son borrar los pecados y producir la gracia, libertar del infierno las almas, reconciliarlas con Dios y devolverlas al cielo, trocar los hombres en hijos de Dios, formar a Jesucristo en los corazones, hacerlo presente en la Eucaristía, ofrecerlo en sacrificio a Dios Padre, distribuirlo a los fieles y dárselo a sí mismo?

220 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

uién debe ser más santo que

Angel de alabanza. ¿Qui quien está dedicado a lo que todos los ángeles y los santos hacen continuamente en el cielo, como es la alabanza por el oficio divino?

Anfora de santidad. ¿Quién debe ser más santo y puro de cuerpo, de corazón y de espíritu que quien recibe diariamente en su cuerpo, en su corazón y en su alma el santísimo Cuerpo, la preciosísima Sangre del Hijo de Dios, con toda la plenitud de la divinidad, ¡a Santísima Trinidad, fuente inagotable de toda pureza y santidad?

Testigo de los más puros misterios. ¿Cuál no debe ser la santidad y pureza de los ojos que diariamente reciben el honor de presenciar los tremendos misterios a los cuales las potestades del cielo asisten, ternblorosas? *Tremunt potestates.* La santidad y pureza de las manos que tocan con tanta frecuencia el objeto de las adoraciones ininterrumpidas de los serafines? La pureza y santidad de los labios y de la lengua empapados todas las mafianas en la sangre del Cordero sin mancilla?

Quien dice un sacerdote adornado de una santidad en proporción con su dignidad y condición, dice la mayor santidad que hay en la Iglesia, una santidad que es fuente y principio de toda la santidad cristiana.

No por voluntad de la sangre. Dice un hombre llamado a la dignidad sacerdotal, no por voluntad de la carne y de la sangre, por imposición de los padres, inspiraciones mundanas, ambición, avaricia, etc., sino por una real, poderosa, divina vocación.

Sin mancilla. Dice un hombre dotado de todas las cualidades señaladas por San Pablo en sus cartas a Tirnateo y a Tito: un hombre cuya vida es irreprochable y sin mancilla; sin avaricia, sin apego a sus

SAN JUAN EUDES

221 -

intereses, sin soberbia; no es ambicioso, turbulento ni pendenciero; no injuria ni ultraja, no se da al vino ni a la cólera; mas está adornado de justicia, prudencia, modestia, buena fama, sobriedad, pudor, castidad, ciencia, benignidad y santidad, es hospitalario y gobierna su servidumbre en el temor de Dios. Como observa el Apóstol, ¿podría conducir bien la Iglesia de Dios quien no sabe gobernar su propia familia?

Sin avaricia. Dice un hombre que emplea todas sus rentas, no en lujo y superfluidad de jardines, muebles, perros, caballos, criados, banquetes y cosas semejantes, no en gratificar, enriquecer y acomodar a sus familiares, sino en decorar las iglesias, vestir al desnudo, dar de comer al hambriento y de beber al sediento, libertad al cautivo y al prisionero, dote a las jóvenes pobres, ayuda a los seminaristas, recursos a los templos y hospitales y en toda clase de obras buenas.

Sin pereza. Dice un pastor que se da frecuente y cuidadosamente a considerar las obligaciones de su cargo; que se preocupa por reconocer y remediar las necesidades de sus ovejas; que averigua y corrige los desórdenes de su rebaño, y según todas sus posibilidades trabaja por la gloria de Dios y la salvación de los fieles puestos a Su cuidado, de los cuales ha de responder ante Dios, sangre por sangre y alma por alma.

Sin restricciones. Dice un hombre que emplea su espíritu, su corazón, sus pensamientos, sus afectos, su palabra, su acción, su tiempo, su vida y cuanto más tiene, lo que es, lo que sabe, lo que puede, en destruir la tiranía de Satanás y del pecado y en establecer sobre los corazones el reinado de Jesucristo.

Imagen viviente de Jesucristo. En resumen, quien dice un sacerdote santo, dice un ángel en pureza de

222 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

espíritu y de cuerpo, un querubín en luz y en ciencia, un serafín en amor y caridad, un apóstol en celo, en esfuerzo y en santidad, casi un Dios sobre la tierra por su poder, autoridad, paciencia y benignidad, una imagen viviente de Jesucristo, de Jesucristo en su vida mortal mientras vela, ora, predica, catequiza, trabaja, suda, llora, va de ciudad en ciudad, de villorrio en villorrio, sufre, agoniza, muere sacrificándose por la salvación de las almas, creadas a su imagen y semejanza.

Un sacerdote santo es la luz de los que gimen prisioneros entre tinieblas y sombras de muerte, el camino de los extraviados, el martillo destructor de los errores, del cisma, de la herejía, la conversión de los pecadores, la santificación de los que están en gracia, la fuerza de los débiles, el

consuelo de los afligidos, el tesoro de los pobres, la alegría de los buenos, el terror de los impíos, la confusión del infierno, la gloria del cielo, el pavor de los demonios, el gozo de los ángeles, la ruina del imperio satánico, el establecimiento del reinado de Jesucristo, el decoro de la Iglesia, la corona del Pastor supremo; en fin, un mundo de bienes, de gracias, de bendiciones para toda la Iglesia y en especial para aquella porción confiada a sus apóstólicas y santas solicitudes.

¡Oh! cuán grande será en el cielo la gloria de un sacerdote que haya atendido a la voz de la lógica, la gloria de un sacerdote santo! - (Memorial de la Vie Ecl. Chap. prélim). (1).
(1) Traducción del R. P. Félix R. Miranda.

SAN JUAN EUDES

223-

JESUS NOS DA SU CORAZON

El Hijo de Dios nos da su Corazón no sólo como modelo y regla de nuestra vida, sino también para que sea nuestro corazón y así podamos, con ese Corazón inmenso, infinito y eterno cumplir todos los deberes para con Dios y satisfacer todas nuestras obligaciones con su infinita majestad de un modo, digno de sus infinitas perfecciones.

Obligados estamos a adorarlo en sus divinas grandezas; a agradecerle los inúmeros bienes que continuamente recibimos de su bondad; a satisfacer su divina justicia por nuestros muchos pecados y negligencias; a amarlo por sus bondades incomprensibles; a orar para obtener de su largueza todas las gracias que, en nuestro cuerpo y en nuestra alma hemos merecido.

Ahora bien: ¿de qué modo podremos cumplir con estos deberes de una manera digna de Dios? Nos es humanamente imposible. Aunque tuviéramos los espíritus y los corazones, y las fuerzas de todos los ángeles y de todos los hombres, y aunque en adorar, y en agradecer, y en amar y suplicar las empleáramos, nada sería esto ante nuestras obligaciones infinitas.

Pues ved otra deuda infinita que hemos contraído con nuestro Salvador: que nos ha otorgado un admirable medio de satisfacer plena y cabalmente todos nuestros deberes. Y ese medio es su Corazón adorable, que nos da para que de él hagamos uso como de nuestro propio corazón: con él adorar a Dios en toda su adorabilidad; con él amarlo en cuanto lo exijan sus insondables perfecciones; con él satisfacerlo de una manera condigna de su infinita majestad.

Gracias eternas, infinitas os sean dadas, oh mi buen Jesús, por ese don preciosísimo de vuestro divino Corazón.

224-

RAFAEL GARCIA HERREROS

¡Qué felicidad y qué ventajas las nuestras al poseer tal Corazón! ¡Qué tesoro el que poseemos! ¡Qué gratitud os debemos, Salvador! Queréis ser nuestra cabeza y que seamos vuestros miembros, y que no tengamos sino un corazón y un espíritu en Vos... Por eso nos habéis dado vuestro Corazón, para que amemos a vuestro Padre con Vos, con un mismo Corazón:

¿Y qué debemos hacer para emplear este gran Corazón que Dios nos ha dado a fin de satisfacer a todas estas obligaciones? Dos cosas: cuando se trate de adorar a Dios, de alabarlo, de agradecerle o de amarle, o cuando es el caso de practicar una virtud, debemos renunciar ante todo a nosotros mismos, *abneget semetipsum*, a nuestro propio corazón viciado, a nuestro amor propio. Y después... darnos a Jesús para unirnos en lo que vamos a hacer, a su divino Corazón, al amor, a la caridad, a la humildad y a todas las santas disposiciones de ese mismo Corazón a fin de adorar, de amar, de alabar, de servir,

y de glorificar a Dios con el Corazón de un Dios.

Emplead Vos mismo, oh Salvador mío, el poder de vuestro brazo para separarme de mí mismo y para unirme a Vos mismo; arrancadme mi corazón miserable y en su lugar poned el vuestro para poder decir: *Confiteor, tibi, Domine in toto Corde meo, os* allabaré y os amaré, Señor mío, con todo mi Corazon, es decir, con el gran Corazón de Jesús, que es mi propio, corazon.

¡Corazón amabilísimo! Sed el corazón de mi corazón, el alma de mi alma, espíritu de mi espíritu, vida de mi vida, único principio de todos mis pensamientos, palabras y acciones. (*Le Coeur admirable*. Liv. XII, pág. 321).

S'ANÉANTIR SOI-MÊME.

1 Quizá no hay itinerario más intrincado y complejo que el recorrido por un alma santa en su viaje hacia Dios. Nos referimos a la auténtica historia de los que se han levantado hasta la perfección, no a las historias simplificadas hasta la ingenuidad que nos dan a los santos perfectos desde sus comienzos. Los grandes jalones de esa jornada espiritual son iguales para todos y el Término es inmutable: pero los senderos que llevan al mismo punto son innúmeros y cada santo se hace el suyo propio. Difícil es rehacer esas rutas misteriosas por donde se encaminan las almas dejando una huella menos visible que la que deja en cielo azul un ave.

Las almas santas se lanzan violentamente hacia Cristo en la altura inconmensurable. Suben al remo de sus alas y todas hallan a su tránsito los aterradores vacíos de las imperfecciones humanas, y todas se envuelven en oscuridades impenetrables a la luz.

¿Quién podrá enumerar los anhelos, los planes, las luchas, las dificultades, de quien mira constantemente a Dios y sólo desea hacer su voluntad? ¿Quién ha ponderado las exigencias cada vez más íntimas de Cristo a un alma verdaderamente fiel y generosa?

Esta marcha de un hombre «peregrino de Cristo», es individualmente distinta a causa de que cada uno posee su temperamento, y así marcha a paso desigual, por caminos diferentes, a jornadas inexactas.

San Pablo caminaba al paso incansable e incontenible de los exaltados; San Agustín y San Bernardo con la sandalia ágil y suelta de los apasionados; San Juan de la Cruz y Ruysbroeck, el admirable, con el pecho anhelante de los amantes, San Jerónimo, San Cipriano, por el camino duro y al paso marcial de los veteranos.

San Juan Eudes nos ha dejado algunas huellas de su camino hacia Cristo en sus libros que él realizó antes de escribir. En el «Reinode Jesús» nos dice que la vida cristiana es la «continuación de la vida santa de Jesús sobre la tierra ... » Este fué todo el ideal que se trazó desde su entrada en el Oratorio. Continuar la vida de Cristo sobre la tierra, hasta poder decir: *Vivo, jam non ego, vivit in me Christus.*

Este programa de vida implica un doble e inconmensurable trabajo... *Despojarse de sí mismo... y revestirse de Cristo.*

El despojarse de sí mismo, en todas las malas tendencias, de todas las inclinaciones incompatibles con la voluntad santificadora de Cristo, es el trabajo necesario, preliminar, indispensable para que la gracia nos revista eficazmente de Cristo, y nos conduzca a la perfección de la unión que es la transformación.

San Juan Eudes tenía un temperamento fuerte. Sus empresas desconcertantes de fortaleza no arguyen un carácter tornadizo o variable. Fundar tres comunidades religiosas, empeñar y proseguir una lucha encarnizada y nunca apaciguada contra el temible jansenismo de la época, y sobre todo, instituir y propagar una devoción, la del Sacratísimo Corazón, que

era una novedad en aquel tiempo, son empenos que no se logran por caracteres pacifistas ni pusilánimes.

Fué ante todo un luchador, convencido de su misión y resuelto a llevarla al triunfo, a todo trance.

Tales temperamentos de luchadores, cuando están al servicio de la santidad han de librar la primera batalla contra sí mismos, contra los peligros, y las exageraciones a que puede conducir un ánimo de grandes espacioses».

Dégagement de soi Abnégation, renoncement. S'anéantir soi-même, son términos de continuo uso en el vocabulario ascético del santo, y que indican su mayor lucha, su mayor preocupación personal. Para llegar al término de la transformación el santo enseña que es necesario perfeccionarse en la fe, apartarse de todo pecado, apartarse del mundo y despojarse de sí mismo.

Esta última condición para la unión entendemos que fué la que costó más luchas, y más esfuerzo al rudo normando que quería escalar la montaña, cortada a pico, de la santidad.

En su gravísima decisión de salir del Oratorio y de fundar una comunidad de sacerdotes, el santo se preguntó muchas veces ansiosamente si era voluntad divina...

El padre Bourgoing le ofrecía a última hora, tomada ya la resolución, todo lo que podía desear a condición de que se quedara en el Oratorio. Y el santo con una constancia inquebrantable seguía firme.

¿Qué lucha no sentiría, él que conocía todas las exigencias de la obediencia, todo lo que importaba el «despojo de sí mismo» él que sabía las argucias del demonio, y los disimulos del amor propio?

Cómo distinguir la divina de la propia voluntad

230 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

que es «un dragón lleno de malicia, un anticristo infinitamente enemigo de Jesús».

Cuando Mgr. Molé quería destruir y arruinar su obra del Refugio y su comunidad de sacerdotes... cuando le cerraba la capilla de su casa qué combate y qué dudas en su alma deseosa sólo de cumplir la voluntad divina...

¿Sería la voz de Monseñor la voz de Dios?

Esta es la parte más interesante de la santidad del Fundador... Su amor apasionado, lleno aún, de lirismo, por la divina voluntad «adorable, que es nuestra madre, que es el fundamento de nuestra Congregación... » y por otra parte hallarse casi perpetuamente en lucha abierta con los supuestos representantes de la voluntad de Dios...

Esto nos descubre la zona sangrienta, pedregosa que el santo tuvo que transitar para llegar al ideal que se había trazado de asemejarse sinceramente a Cristo.

En el otoño de 1650 en plena lucha con Mgr. Molé, dirigió el padre Eudes una carta, fiel expresión de su espíritu firme, al padre Manchon, rector del seminario de Caen.

«No se extrañe, amado padre; ésta es una tempestad que pasará; si le significan algo, no responda nada, sino diga, que como estoy ausente, no tiene nada que responder hasta mi vuelta. Sin embargo, si les mandan cerrar la capilla ciérrenla y váyanse a decir las Misas donde puedan. Fortalezca a sus compañeros, y exhórtelos a humillarse delante de Dios y a poner toda su esperanza en El, y en su santísima Madre. Empleen la mayor parte del tiempo que puedan ante el Santísimo Sacramento, y envíe algunos

SAN JUAN EUDES

231-

padres al santuario de Nuestra Señora de Librandia ... » (1) -

Esta carta en que se aconseja y se toma una actitud extraordinariamente vigorosa de resistencia pasiva, está suavizada por las últimas frases. Después de mandar al padre Manchon, que fortalezca a sus hijos en el vendaval, les invita a humillarse ante Dios y a poner la esperanza en la santísima Madre de Jesús.

¿No es éste el rasgo característico de sus actitudes, la típica posición de toda su vida de reformador y de apóstol? ¿Por el ideal íntimo, sufrirlo todo, soportarlo todo en silencio... pero persistir en el propósito!... No confundir jamás pusilanimidad con obediencia; ni temor a la lucha y retrocesos cobardes con humildad y mansedumbre cristianas.

Magnífica altivez ante los hombres que se oponían a su misión divina, y verdadera humildad ante Dios, fueron su norma de conducta. 1

Bourgoing, Molé, Mazarino, la reina madre, todos ellos supieron lo que es un santo que no puede transigir, que está resuelto a morir antes de abandonar vencido la voluntad divina que le confiara una grande y combatida misión.

Tal es la santidad verdadera... Llegar a la mayor adquisición, posible en el estado de humano, del criterio de Cristo, del sentido de Cristo. *Sentite in vobis quod et in Christo Jesu...*

Y acercarse así a la plena transformación con Cristo, realizable en la necesaria e indestructible distinción personal.

Poseer la mezcla misteriosa, la esquiva aleación en el corazón humano, de fortaleza y de humildad, de

(1) Lettres du Bienheureux. Lib(0 1, LX11, pág. 899.

232-

RAFAEL GARCIA HERREROS

inquietud y de paz; de prudencia y de audacia, de abnegación de la propia voluntad de inquebrantable energía en esa misma voluntad, divinizada por la gracia. . .

Al lado de esta fortaleza de carácter que hemos visto desplegarse incontenible a lo largo de toda la vida del santo, había en él otra extraordinaria fuente de acción, y era la compleción excepcionalmente capacitada para el amor, de que Dios lo había dotado, y que uso sólo para amar a Cristo.

Es éste un aspecto tan importante en la vida del gran apóstol, que sería incompleta cualquier

biografía que lo pretermittiera; sus propias palabras nos revelarán insuperablemente esta intimidad de alma. La sinceridad de sus afectos fué probada por la fecundidad de sus obras y la Iglesia la ratificó infaliblemente en la Bula de canonización.

«Oyeme, óyeme, oh gran hoguera de amor que una pajilla te suplica y se desvive por sey arrojada, hundida, perdida, devorada y consumida para siempre en tus sagradas llamas. Esa hoguera es el divino Corazón de Jesús y de María; sus ascuas y sus llamas sólo se alimentan de corazones! Dichosos los que se sumen en esas divinas llamas». (Carta a una religiosa de Montmartre).

Ah, Señor, quién lograra convertirse en anhelos y suspiros, en afán y languidez, para ansiar más y querer más amarte? Oh fuego consumiente y devorador! ay, dulce amor mío, ¿quién me estorbará que te ame? ¿Mi cuerpo?, antes lo haría polvo. ¿Mis pecados pasados?, en el océano de tu sangre los hundo, y además aquí tienes mi cuerpo y mi alma... hazme sufrir cuanto quieras para borrarlos del todo y que no me impidan amarte. ¿Pondrán acaso trabas al amor el mundo o las criaturas? Con todas mis fuerzas renuncio

SAN JUAN EUDES

233 -

todo afecto sensible a las cosas criadas, y quiero apaitarme del mundo como de un excomulgado, y tenerlo por un anticristo. Quiero aborrecer su espíritu, su conducta, sus sentimientos y sus máximas. Oh amor, oh amor!, o morir o amar... O más bien morir y amar... Amaros, oh amor! Basta de ingraticudes y de ofensas, cesen pecados e infidelidades. Y quede sólo amor.»

«Oh cielo, qué codiciable eres. En tí se ama a Dios perfectamente. En tí impera omnipotente amor. No hay en tí corazón que no esté transformado en ese amor divino. Oh tierra, oh mundo, oh cuerpo, mazmorra oscura de mi alma... qué insoportable te me haces. Desdichado de mí. ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? ¿Habré de quedarme aún mucho en este mísero destierro, en esta tierra extraña, en este lugar de pecado y de maldición? ¿No asomará pronto ese día, esa hora, ese momento tan deseable, y tantas veces deseado, en que empezaré a querer a mi Dios perfectamente? Ay, Dios de mi vida. ¿Lograré al cabo, algún día, amarte corrio deseo? Dios de misericordias! ¿no te apiadarás de mi dolor? ¿No oyes mis suspiros? ¿Dejarás de escuchar mis clamores? a tí clamo, Señor, a tí deseo, por tí suspiro, y bien sabes tú que nada quiero en el cielo y en la tierra, en la vida y en la muerte, sino tu puro amor ... » (Vie et Royaume de Jésus, 4 parte, pág. 404).

«Oh Jesús, mi buen Jesús, único mío, amado de mi alma. No quiero nada y lo quiero todo; Jesús es todo, sin El, todo es nada. Quitadme todo y dejarme a Jesús sólo, que todo lo tendré quedándome sin nada...»

«Si por mi fuera, querría que Jesús fuera mi único lenguaje, y no diría ni escribiría sino esta sola palabra, Jesús. Pues me parece que la lengua que ha dicho una vez, la pluma que ha escrito sólo una vez

234 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

este nombre adorable, esta divina palabra, Jesús, no tendrá qué servir, para otra cosa más. Diciendo «Jesús» se dijo todo, y dicho «Jesús», no queda nada por decir. Jesús, es una voz compendiada que encierra en sí todo lo grande que pueda pensarse, y decirse. Jesús, es un nombre admirable que llena en la inmensidad del cielo y de la tierra, el tiempo y la eternidad, los entendimientos todos de los ángeles y de los sanos, y aun ocupa y llena la cabidad infinita del corazón de Dios».

« ... Mientras me palpíte el corazón en el pecho, mientras pueda mi lengua moverse para

hablar, y mi mano para escribir, no debe predicar ni escribir sino Jesús. Y no quiero vida ni pluma sino para pregonar por palabra y por escrito las maravillas y las misericordias de ese nombre glorioso. ¿Quién me diera para ello una lengua, una pluma seráfica? Para pronunciarlo y escribirlo dignamente...

Pero mucho más quisiera corazón para amarlo que lengua y pluma para expresarlo.> (Oeuvres, Tome XII, pág. 190).

Miles y miles de veces los labios del santo repitieron la siguiente letanía del amor:

Amo te amantissime Jesu, amo te bonitas infinita, amo te ex toto corde meo, ex tota anima mea, et ex totis viribus meis, et magis atque magis te amare volo. («Te amo, amantísimo Jesús, te amo bondad infinita, te amo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, y quiero amarte más y más»).

O ignis qui semper ardes et nunquam extingueris, o amor qui semper ferves et nunquam tepescis, accende me totum ut totus diligam te. («Oh fuego que siempre estás ardiendo y que nunca te apagas, oh amor que siempre estás hirviendo y nunca te entibias,

SAN JUAN EUDES

235-

enciéndeme, enciéndeme todo para que te ame todo yo ...) .

Estas citas dan idea del fuego devorador que animó y calentó con inextinguibles ardores toda aquella vida.

El padre Eudes murió el 19 de agosto de 1680, a las tres de la tarde, en el seminario de Caen, con el estilo propio de los santos, «en medio de los transportes de una ardiente caridad» (Costil. Annales tom. 1, p. 637).

El mármol que guarda sus restos venerables tiene esta inscripción:

D. O. M.
HIC
E SACELLO SEMINARII
QUOD HIM EREXERAT
ASPORTATAE ET REPOSITAE
RELIQUIAE
VEN. PRESBYTERI JOANNIS EUDES
CONGREG. JESU ET MARIAE ET MONIALIUM
A CHARITATE
FUNDATORIS ET PRIMI SUPERIORIS.
ECCLESIASTICAE SCIENTIAE PROPAGATOR
FUIT INDEFESSUS!
ET CLERICALIS DISCIPLINAE
EXEMPLAR
QUA IN DEUM ET SS. VIG. DEIP. ARDEBAT
CHARITATEM
VERBIS ET SCRIPTIS PRAEDICAVIT
VITA COMPROBAVIT.
PIE VIXIT,
SANCTE OBIIT
DIE 19 AUG. 1680 ANNO AET 79.

Un gran silencio se cernió después sobre su tumba. Por parte de sus enemigos era el silencio del rencor y de la envidia que quería amortiguar y hacer olvidar los méritos de una vida; y por parte de sus hijos era el silencio de la modestia, del trabajo y de la proeza.

Así pasaron los años... Los sacerdotes de la Congregación de Jesús y María hacían su callada y delicadísima obra de formar el clero en varias diócesis de Francia.

En ese empeño los sorprendió la revolución francesa, que suprimió la comunidad, no sin haberla honrado - involuntariamente- con la sangre preciosa de cuatro mártires pedidos a ella.

En 1826 la obra del P. Eudes, tronchada por la Revolución Francesa, volvió a florecer. Los hombres de que Dios se valió para, con su cuidado, hacer revivir el noble árbol ardecido, fueron los padres Blanchard y el santo e inteligente padre Angel le Doré.

Actualmente la obra del padre Eudes, llena de vida, y con un fervor renovado, trata de realizar el portentoso ideal que le dejó su Fundador en la formación del clero en algunas diócesis de Francia, Italia, Canadá, Venezuela y Colombia.

El silencio que había hecho ronda perpetúa alrededor del nombre, en vida tan discutido, del padre Eudes, se quebró en mil pedazos cuando en 1925 las trompetas del Vaticano anunciaron al mundo que el gran perseguido, el gran calumniado del siglo XVII había tenido razón. La Basílica de San Pedro de Roma, paramentada con esplendor trasunto del cielo, escuchó las palabras infalibles del sumo pontífice Pío XI que justificaba definitivamente la vida y las actuaciones del padre Juan Eudes.

El gran templo del cristianismo, estaba colmado de fieles y de peregrinos venidos de todo el mundo (1).

En tribuna de honor, quebrantados por, un largo viaje, y enternecidos hasta las lágrimas, los hijos del santo: algunos padres eudistas, venidos de lejanos seminarios, las hermanas del Refugio y del Buen Pastor, tocadas con su manto de coro, que las dibuja como antiguas madonas; y las terciarias del corazón admirable, «las hermanas eudistas» fundadas por el santo en una época desconocida y que tienen por distintivo característico hacer el mayor bien con toda la modestia y humildad posibles, y ser las más eficaces auxiliares de los párrocos en las obras de más delicadeza y más abnegación.

En tribuna especial estaban también los grandes del mundo... para probar cómo Dios engrandece a los humildes, a los que por lema de su vida toman aquellas severas palabras *s'ánéantjr soj-même*.

El rey Jorge de Grecia, la reina Isabel, el duque don Felipe Alberto de Wurtemberg, la archiduquesa doña Inés de Toscana, el príncipe de Bourbon...

En otra, la familia del Soberano Pontífice, el gran maestro de la orden de Malta, el cuerpo de diplomáticos, la nobleza romana, la orden del santo Sepulcro; la familia del padre Eudes: el señor y la señora Eudes de Mallevoue, descendientes de Carlos Eudes y de don Pedro Eudes, tío del glorificado.

Ante todos ellos, dominadora como la figura de Cristo, pasó en su silla gestatoria la majestad del pontífice Pío XI, trazando la bendición papal sobre las cabezas doblegadas por el amor y por la fidelidad,

(1) Cfr. Saint Jean Eudes. Georges. 473 y sig.

SAN JUAN EUDES

239-

de 50.000 fieles que traían en sus ojos las lejanías de todas las distancias del mundo.

La Iglesia toda de la tierra estaba allí reunida. Aquel esplendor único en el orbe, daba idea de la unidad y de la catolicidad y del poder de nuestra santa religión. Era aquella la feliz visión de paz: beata pacis visio, cantada por el poeta cristiano.

Cuando el indescriptible desfile hubo terminado, el pontífice descendió de la sedia, y comenzaron las ceremonias solemnísimas de la canonización.

Después de las letanías de los santos y del Veni Creator Spiritus cantado con toda la magnificencia del coro de San Pedro, el Doctor y jefe de la Iglesia universal declaró en alta voz y de manera infalible:

«En honor de la Santísima Trinidad, para exaltar la fe católica y aumento de la religión cristiana con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, os bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo; desde maduro examen y de múltiples plegarias; con onsejo de nuestros venerables hermanos Cardenales, Patriarros, Arzobispos, Obispos de la santa Iglesia romana, residentes en la ciudad, decretamos y definimos santo al Bienaventurado Juan Eudes.

«Los inscribimos en el atálogo de los santos, decreto inscribimos en al mismo tiempo que su memoria sea celebrada en la Iglesia universal con piadosa devoción, cada año el día mismo de su

natalicio, es decir, el 19 de agosto, bajo el título de confesor no pontífice.
«En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.»

240 -

RAFAEL GARCIA HERREROS

Desde entonces, de todos los puntos del orbe se levanta la misma plegaria litúrgica, gloriosa y eficaz:

«Oh Dios que inflamaste con maravilloso ardor al bienaventurado Juan, tu confesor, para promover el culto litúrgico de los Sagrados Corazones, y que quisiste, por su intermedio, suscitar en tu Iglesia nuevas familias religiosas: concédenos, te lo suplicamos, que nos instruya y nos fortifique por su ejemplo y virtudes, aquel cuyos piadosos méritos veneramos. Amén».

F1N

I N D I C E

I.-El Abate don Pedro Bérulle	7
II.-Primeros rasgos	23
III.-La casa de San Honorato	39
IV.-El P. Condren	51
V.-Las empalizadas de la Rochelle ..	63
VI.-Dos herejes que llegan	73
VII.-Hermana María de los Vallées	87
VIII.-Ante el cardenal Richelieu	97
IX.-La fundación y la mística de una comunidad	105
X.-Los seminarios	119
XI.-El Refugio y el Buen Pastor	131
XII.-Un orador Pasmado de su siglo	151
XIII.-Oportet gloriari in cruce	167
XIV.-El Padre, el Doctor y el Apóstol del culto a los Sagrados Corazones	181
XV.-El escritor místico	209
XVI.-S'anéantir soi-même	227

241-

Este libro se terminó de imprimir el
día 28 de noviembre de 1946, en la
Imprenta Olivieri y Domínguez
calle 4 Núm. 525, La Plata
Rep. Argentina

